

A TRAVES

**de la Europa
en Guerra.**

*Conferencias dictadas en
Santiago por el distingui-
do orador y político, don
Guillermo Cox Méndez,
a su vuelta de Europa.
- - - Mayo - 1916*

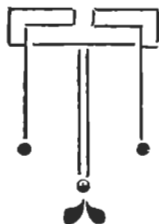
A TRAVES
DE LA
Europa
— EN —
Guerra

CONFERENCIAS DE DON
RICARDO COX MÉNDEZ
A SU VUELTA DE EUROPA. MAYO DE 1916

Versión taquigráfica revisada por
el autor y editada por

O. L. S.

Casilla 3591



035245



DOS PALABRAS

EL enorme interés que han despertado en Santiago y ciudades de provincia las conferencias dictadas en un club de la capital por el ex-Ministro de la Guerra, don Ricardo Cox Méndez, a la vuelta de su reciente viaje a Europa y cuya versión taquigráfica publicó el diario «La Unión», nos ha movido a editarlas esmeradamente corregidas, y revisadas por el autor, en un libro cómodo y barato.

Creemos con esto hacer un servicio al público, y en especial a las colonias extranjeras residentes, que no lograron leer toda la versión de «La Unión». A ellas interesa más que a nadie la obra del señor Cox Méndez, que con un talento superior y un espíritu de observación admirable pudo ver y juzgar, con toda imparcialidad, la verdadera situación *actual* de Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Polonia. Sabido es que lo que dicen los diarios y los libros no es toda la verdad; cuando menos no es imparcial. En cambio estas

anotaciones del libro de viaje del reputado político, son enteramente exactas, llenas de novedad y de colorido; bebidas en los sitios mismos de la guerra o de los labios de los autores y jefes de la contienda. Son, en una palabra, la verdad desnuda. Desnuda del apasionamiento y desnuda del ropaje literario que muchas veces sirve para ocultar, en vez de lucir mejor, los hechos. Estas conferencias son en efecto muy sencillas; sin altisonancias ni flores; pronunciadas en amigable charla sin que el autor se preocupara en ningún momento de la forma literaria, puesto que jamás las llevó escritas.

Entregamos pues nuestro trabajo al público en la convicción de que encontraremos favorable acogida.

O. L.

CASILLA 3591



SUMARIO

A fin de dar a los lectores solamente lo que tiene verdadera novedad, hemos suprimido la primera conferencia, parte en que se relata el principio del viaje hasta Nueva York, que es donde empieza ya lo interesante.

- 2a. CONFERENCIA.—Arribo a Inglaterra.—Londres.—La guerra.—Southampton.—Los heridos.—York.—Escocia.—Irlanda.—El Ejército Inglés.
- 3a. CONFERENCIA. — Viaje a Francia. — París.—El Ejército Francés.— El General Joffre y la batalla del Marne.—La ofensiva de Setiembre.—Los parlamentos de Francia e Inglaterra y el conflicto.—Teatros.—La Pascua en París.
- 4a. CONFERENCIA.—Alemania.—De París a Gottmadingen.—A Berlín.—La alimentación en Alemania.—Los Teatros.—Las bajas de la guerra.—Situación económica: con von Helfferich.—La cirugía.—Campos de prisioneros.—Las crueldades del Ejército Alemán.
- 5a. CONFERENCIA.—La Crisis de la Carne.—La batalla del Marne por el lado alemán.—En viaje a Polonia.—Varsovia.—El avance de Hindenburg.—La debilidad militar de Rusia.—Visita a Novogeorgewski y las fortalezas.—Las mujeres en la guerra.—Vuelta a Varsovia.—Lo que dice el Emperador.—Situación de Polonia.—Vuelta a Alemania.—Viaje a Bélgica.—Bruseñas.—El campo de Waterloo.—Las ruinas de Lovaina.—La Universidad y las Obras de Arte.—Reedificación.—Regreso a Berlín.—Historia del Dr. Tornau.





SEGUNDA CONFERENCIA

En Inglaterra.—Dificultades de un encargo

Arribamos a Falmouth a las 10 de la noche del 2 de Noviembre, día de difuntos.

Yo había conversado a bordo con muchos amigos yanquis e ingleses y les había contado que llevaba una carta, talvez un poco comprometente. Era una carta para los hijos de un caballero alemán, residente en Santiago, a quien le había prometido entregarla a su familia en Alemania; porque, debo decir de paso, que mi plan era ir de Estados Unidos a Dinamarca, pues pensaba en las dificultades que encontraría en los países aliados para entrar en Alemania. Después, por consejo de un amigo con quien me comuniqué cablegráficamente, me dirigí a Inglaterra.

Cuando supo que llevaba esa carta, un caballero, en quien encontré a un fiel amigo, me aconsejó que la destruyera y la echara al mar, porque las autoridades británicas seguramente iban a descubrirme la carta y yo iba a pasar un mal rato.

—No es posible hacer pedazos, le dije, una carta

de un padre para sus hijos. Soy una persona que invisto carácter diplomático; voy a hacer estudios a Inglaterra a nombre de mi Gobierno; soy descendiente de ingleses. Creo, pues, que tengo derecho para llevar esta carta, y si las autoridades me preguntan, les confesaré que la llevo.

Así lo hice.

Como tenía pasaporte diplomático, no me hicieron ninguna pregunta y ni se fijaron que en la parte superior del pasaporte estaba el sello de la Legación alemana, lo que significaba que yo tenía la intención de entrar a Alemania.

Me escapé muy bien por el momento; pero, ignorando a qué clase de registro iba a ser sometido después, me dije: «Es más prudente que yo mismo me denuncie; así no hay peligro alguno.» Llamé entonces a uno de los oficiales ingleses que asistían a las autoridades civiles en este registro, y le dije: «Señor, tenga la bondad de oírme una palabra. Hágame el favor de imponerse de este pasaporte y ver que está firmado por el Ministro de Alemania, e imponerse igualmente de una carta escrita por el padre a un hijo que está en Alemania». — «Estos dos documentos no puede llevarlos; su pasaporte y esta carta van hoy mismo al Ministerio de lo Interior en Londres; usted queda libre por el momento, pero ha infringido los reglamentos y las leyes de este país y tiene que presentarse mañana al Ministerio de lo Interior en Londres».

— Perfectamente, le contesté.

Simpatías por Chile

Yo había conocido en el «Finlandia» a una persona que me había hablado con mucho cariño de Chile. Era una señorita llamada M. Ogle.

— Usted es el segundo chileno que conozco, me dijo. Había conocido ya a otro, a quien le debo

muchas atenciones. Su país me inspira grandes simpatías. Tengo por Chile verdadero cariño.

—¿Quién es ese caballero chileno?, le pregunté.

—Don Augusto Villanueva, lo conocí a bordo, en circunstancias que viajábamos de Londres a Nueva York, en esos días que celebraba sus sesiones el Congreso de Finanzas.

—Me alegro mucho que haya conocido usted a don Augusto.

Viajaba Miss Ogley con su madre en uno de los peores camarotes y como el señor Villanueva les ofreció el suyo, le quedaron muy reconocidas a su amabilidad.

Al descender Miss Ogley en Plymouth, me presentó a su esposo, un distinguido oficial de la Marina británica, que también hizo muy buenos recuerdos del señor Villanueva.

La superioridad británica

Cuando tomamos el tren para dirigirnos a Plymouth, Miss Ogley me hizo con mucha insistencia esta pregunta:

—¿Qué le ha parecido Inglaterra?

—Hasta aquí no encuentro cosa alguna que sea superior a mi país. El muelle no es un modelo. Tendrá bien sus cincuenta años de servicios y tiene muchos machones en mal estado.

La población es modesta. La única novedad que encuentro es que los techos de las casas son de pizarra, pero la verdad es que todavía Inglaterra no me deslumbra.

Conversamos después en el tren sobre los paisajes que se nos presentaban.

Los campos de Inglaterra son muy conocidos por su división tan característica y tan regular que los hace semejar un tablero de ajedrez.

—¿Y ahora qué le parecen los campos de Inglaterra?, me preguntó.

—Muy hermosos, pero no se parecen a los campos de mi país. Si usted viera esos preciosos fundos de más de mil cuabras de extensión por lo general y que pertenecen a uua sola persona... ¿T.e-ne idea usted, Miss Ogle, de lo que son mil cuabras cuadradas? Por eso estos campos no me deslumbran.

Y así, mientras corría el tren, me hizo muchas preguntas, en la esperanza de causarme una derrota y de ver que Inglaterra me había, por fin, deslumbrado. Pero sólo cuando llegamos a Plymouth, y desde la estación, alcancé a divisar el puerto, las casas de obreros y la población misma de Plymouth, que es una de las más importantes bases navales de Inglaterra, y ví cuatro o cinco acorazados de más de 20,000 toneladas y en seguida doce torpederos y cuatro o cinco submarinos. Entonces le dije:

—Ahora sí que reconozco la superioridad de Inglaterra.

Era la primera vez que le reconocía esta superioridad.

En Londres

Llegamos a Londres a las 10 de la noche.

Nos habían hecho cerrar las ventanillas del tren con mucha anticipación, porque desde que empezaron los raids de zeppelines en Inglaterra, los trenes llevan las ventanillas con sus cortinas corridas, y cuando no tienen cortinas, llevan las luces apagadas.

De modo que con esta medida, los trenes no pueden ser reconocidos de lejos durante la noche.

Llegamos a la estación de Victoria, que está medio a medio de la ciudad, y lo primero que me llamó la atención fue la manera de recibir y distribuir las maletas. No me habían dado boleto por

mi equipaje. Atribuí el hecho a algún olvido y cuando ví desembarcar numerosas maletas, me dirigí a buscar las mías. Se formó al rededor un cordón de policiales y en seguida éstos decían:

—“Caballeros y señoras, vengan a reclamar sus maletas”.

Cada uno indicaba cuáles eran las suyas y se las entregaban bajo la fe de su palabra. Yo también dije: «Éstas son las mías», y me las entregaron en el acto. Al retirarme pensaba en este procedimiento que manifiesta la confianza que se tienen mutuamente en aquel país los empleados de los ferrocarriles y los pasajeros, confianza derivada de las costumbres honorables de un pueblo donde nadie toma lo ajeno, al revés de lo que ocurre en otros países... A este propósito, un poco más adelante verán ustedes el concepto en que se tiene a ciertos países americanos en un pequeño pueblo de Escocia por donde anduve algunos días.

Tomé un landeau tirado por un caballo de no muy buen aspecto y le dije al cochero: «Al Hotel Saboya». Y comencé a caminar por las calles céntricas de Londres; los faroles estaban tapados con una especie de pantalla, las ventanas de las tiendas estaban con los transparentes corridos, lo que daba a la ciudad un aspecto un tanto fúnebre. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, alcancé a divisar más o menos las gentes que iban por la calle y me llamaron la atención, entre ellas, los soldados vestidos de kaki que se ven por todas partes en Inglaterra.

Los hoteles ingleses

Al llegar al Hotel Saboya sufrí un cierto desencanto. Sabía yo que se trataba de uno de los hoteles más elegantes de Londres y comparándolo con el que ocupé en Nueva York, noté que había una gran

diferencia. El servicio, la cortesía de los empleados, el confort, todo era mejor en el de Nueva York. Habiéndoselo hecho notar al sub-administrador, éste me dijo: «Debo confesarle que no sólo Inglaterra, sino toda la Europa le debe sus progresos en materia de hoteles a Estados Unidos. Hace algún tiempo no había en los departamentos del hotel ni lavatorio con desagües independientes, y todavía en la mayor parte de los hoteles ingleses, en los hoteles más aristocráticos, donde no se cambia nada, se está a la antigua». Así en algunos de ellos encontré el antiguo sistema del lavatorio con el depósito de agua al lado del agua caliente traída en tetera. Bajo ese aspecto, la Europa se encuentra a una distancia colosal de los Estados Unidos. Igual cosa ocurre en cuanto a otros aspectos, sobre los cuales no es dado insistir en esta conferencia.

En dirección al Ministerio de lo Interior

Esa misma noche me puse en comunicación con nuestro Ministro en Londres, señor Edwards, para darle parte de lo que me ocurría y manifestarle que debía presentarme al otro día, a las 12, en el Ministerio del Interior.

Al día siguiente fuí a la residencia del Ministro de Chile, y entonces, por primera vez en mi vida, pude observar a la gran metrópoli en toda su enorme magnificencia.

Como la mañana era bastante clara, empecé a ver distintamente lo que en la noche anterior había visto en medio de sombras.

Preparación militar en Inglaterra

El treinta por ciento de las personas que iban por las calles, en todas direcciones, eran soldados vestidos con traje color kaki; unos con sombreros australianos; otros con sombreros de otras formas;

pero nadie llevaha espada, ni los oficiales; la mayor parte usaba una huasquita en la mano.

Pasé por la plaza de Trafalgar, donde se alza la inmensa columna de Nelson, con sus cuatro leones, en actitud magnífica y serena.

Por todas partes se encuentran soldados que hacen ejercicios, preparándose para cumplir su deber con la patria.

Cuando la Francia exigió a Inglaterra que aumentara sus efectivos en el campo de batalla; cuando el primer ejército británico fue destrozado con el choque con las tropas alemanas en Charleroy y en el Marne, este ejército inglés tenía que transformarse de un pequeño ejército profesional en un numeroso y preparado ejército.

Las dificultades de la censura

El señor Edwards me prestó un empleado, con el que me dirigí al Ministerio del Interior.

Allí el sub-secretario del Ministerio me dijo: «Tenemos que hablar. Ud. ha cometido una falta. Ha pasado por sobre las leyes, porque traía una carta para Alemania.»

—¿Es grave esta falta?—le pregunté.

—Muy grave, señor.

Le dije que me habían aconsejado a bordo, varias personas que para evitarme molestias rompiera la carta y la arrojara al mar. Pero tratándose de una carta de un padre para sus hijos, no tuve valor para romperla.

—¿Es usted casado, señor?—le pregunté.

—Sí—respondió

¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor.

—¿Habría roto esta carta?

—No

— ¡Entonces! . . .

—Váyase usted tranquilo, me agregó; la carta la tengo aquí. La mandaré a la censura y tenga usted la seguridad de que la censura la enviará a su destino.

Ignoro si la carta llegó o nó a su destino.

Al mismo tiempo me devolvió este funcionario mi pasaporte, que el señor Edwards cambió por otro de mejor aspecto, con muchos timbres y sellos y redactado en francés. Además de este pasaporte, me dió una carta dirigida a Mr. Grey. De modo que con estos documentos quedé completamente tranquilo, ante la seguridad de que podría andar libremente en Londres o por donde quisiera.

Ese mismo día el señor Edwards, que tuvo para conmigo deferencia y que me atendió con exquisita amabilidad, como lo hace con todos los chilenos que llegan a Londres, me acompañó al Ministerio de Relaciones, al Foreign Office. Yo no tenía intención de visitar al Ministro de Relaciones; sabía que este funcionario, tiene su tiempo muy ocupado y a lo más me creí con derecho para hacerle perder cinco minutos al sub-secretario.

Llevaba una carta del Ministro británico en Santiago para Mr. Langley, a quien fuí a visitar. Estuve cinco minutos conversando con él y nos fuimos en seguida al War Office, Lord Kitchener estaba a la sazón en Grecia.

Mi pretención no pasaba más allá de presentarme ante quienes debían hacerlo. El jefe de los servicios sanitarios del Ejército inglés me concedió unos cuatro minutos, y quedó notificado de que yo estaba nombrado por el Gobierno de Chile para hacer estudios sanitarios en Inglaterra. Pero al mismo tiempo le dije que me permitiera algunos días de libertad porque deseaba conocer la población de Londres y que en seguida me pondría a las órdenes del Ministerio para el desempeño de mi comisión oficial.

Impresiones sobre Londres

Saliendo del War Office tomé hacia las orillas del Támesis y entonces encontré a un soldado que había sido herido en la guerra. Este, que era el primer soldado herido que veía en Inglaterra, había recibido un casco de granada en la espalda, tenía la pierna derecha encogida y para andar usaba muletas. Le pregunté el nombre de su regimiento y la acción en que había sido herido, porque la impresión que tuve fué grande, pues era la primera víctima de la gran guerra que tenía delante de los ojos. Había sido herido en la batalla de Loos.

Al día siguiente me dediqué a conocer Londres, siguiendo el consejo de Mr. Gladstone, según el cual, la mejor manera de conocer a Londres es tomar la imperial de los auto-ómnibus que corren en todas direcciones y desde la cual se domina todo. Efectivamente, durante dos días enteros me dediqué a recorrer la ciudad en distintas direcciones y, al cabo de ellos, pude conocer a Londres a vuelo de pájaro en sus distintos barrios, por más enorme que sea.

De la espléndida y soberbia ciudad de Londres, cuya magnificencia no puede describirse, porque no hay ciudad más imponente que ésta, tengo el recuerdo más grandioso. No hay nada en Europa comparable a Londres, no en hermosura, sino en la soberbia majestad de sus edificios. En estilo y en magnificencia, el primer edificio de la ciudad es el Parlamento británico. El Parlamento británico visto una tarde un poco velado por la neblina que se levanta del Támesis, a distancia suficiente para alcanzar a distinguir las piedras ennegrecidas en sus cantos por la lluvizna, es un espectáculo soberbio y único en el mundo.

Después de este edificio, creo que la Abadía de Westminster es la que llaman más la atención. Siguen el del Royal Exchange y el de la Catedral de

San Pablo, que tiene el mismo aspecto que la Abadía de Westminster. Es, como ella, de piedra y de una belleza insuperable. Yo he leído mucho sobre Inglaterra y nunca había encontrado descripto el estilo de este hermoso modelo de arquitectura, ni el aspecto original que da al observador.

Uno de los grandes edificios que merece también mencionarse por su belleza incomparable, es el Buckingham Palace.

Durante los días que estuve en Londres visité todos los locales abiertos: el Hide Park, el Green Park, el James Park y todas las plazas y paseos, y en todas partes vi hombres vestidos con trajes color caki, que hacían ejercicios. Llamaba la atención la desconformidad de los contingentes, porque se veía a hombres jóvenes al lado de hombres viejos, hombres flacos al lado de hombres gordos, a hombres chicos al lado de hombres grandes. Esta desconformidad daba mal aspecto a estos contingentes; pero no puede negarse la buena voluntad con que se dedicaban a aprender el manejo de las armas para acudir al llamado de la patria.

Desde el hotel en que yo estaba alojado divisaba tropas haciendo ejercicios en los patios del gran palacio del Duque de Devonshire, que fué el primero en ceder los patios de su histórico palacio para que los soldados hicieran ejercicios. Más allá, el Duque de Landsdowne también había cedido sus patios para que hicieran ejercicios militares. La visita de tantos hombres me confirmó la noticia publicada en los diarios de Chile, de que el ejército inglés podía llegar a ser de dos a tres millones.

Recuerdo que antes de salir de Chile se hacían comentarios, que más bien eran desfavorables sobre el ejército inglés. Oí, aún, ciertas expresiones sobre su valor militar.

Yo no quiero hacer apreciaciones, pero tengo el deber de exponer los hechos tales como son, para que los juicios que Uds. hagan estén fundados en la verdad.

Después de haber presenciado este espectáculo por todas partes, fuí a conocer el ferrocarril subterráneo, y por todas partes no ví sino hombres vestidos de militares, haciendo ejercicios.

Fuí a ver al Cónsul de Chile, don Vicente Echeverría. Desde que salí de Londres hasta que llegué a Newbeckenham, no ví sino soldados haciendo ejercicios.

Fuí a ver a la señora María Lyon, que tiene una regia residencia en Latherhead, a dos horas de Londres, y ví el mismo espectáculo por todas partes. Fuí a visitar a la señora Swinburn de Burns, y ví la misma cosa. Pero aquí encontré algo que me tocó más de cerca.

Un día en que se verificaba una gran procesión en Londres, en honor del nuevo Lord Mayor, encontré muy contenta a la señora Swinburn, con sus dos hijos, en la casa del Cónsul de Chile señor Echeverría.

Al día siguiente, cuando fuí a visitar a esta señora que es chilena, hija de don Carlos Swinburn, la encontré anegada en llanto, con motivo de que uno de sus hijos había sido llamado a combatir en Flandes.

Episodios trágicos de la guerra

Esa misma tarde ví en la residencia de la señora Swinburn de Burns a una señorita vestida de negro, que estuvo muy callada y triste durante toda la comida. Cuando ella se retiró, la señora dueña de casa me dijo: «Esta niña estaba de novia con un capitán del ejército inglés, y debía haberse casado en Junio de 1915.»

Saben Uds. que esta guerra tiene la siguiente característica: los soldados que están en el frente no pasan en las líneas de fuego sino un cierto número de días. Porque como el trabajo es tan intenso y

la tensión de los nervios es tan espantosa, se ha visto que nadie le puede soportar sin volver por algún tiempo a descansar. De manera que hay una corriente constante de las trincheras hacia Inglaterra y vice versa. Pues bien, el capitán que era novio de esta señorita había estado poco tiempo antes en Inglaterra y había fijado la fecha de su matrimonio. En seguida volvió a la línea de fuego, y como era aviador, tomó un oficial observador en su aeroplano y se lanzó hacia las líneas alemanas. De repente, una granada le hizo explosión en la misma rodilla y le destrozó la pierna derecha. Se comprenderá el estado en que quedaría aquel hombre. Sin embargo, aún tuvo dominio sobre sí mismo y pudo calcular que si aterrizaba en aquel momento caería con el oficial observador en las líneas alemanas. Para salvar al aparato y al oficial, debía navegar por el aire media hora más, a fin de llegar al campamento de los belgas. No se detuvo sin embargo, y perdiendo mucha sangre, con una gran hemorragia, se dirigió a las líneas belgas, donde cayó exánime después de haber aterrizado suavemente, salvando al aparato y al oficial que había en él. Pero la hemorragia que había sufrido era tan grande que perdió el conocimiento. Lo llevaron al hospital, le hicieron las primeras curaciones y le amputaron la pierna; más su organismo había quedado tan extenuado, que se fué agotando poco a poco y murió en los brazos de su madre y de su novia y rodeado de todos sus amigos.

¡Piensen Uds. cuántos casos de estos ocurrirán en las batallas que diariamente se libran en Europa!

Me encontraba entregado a los placeres del turismo, visitando monumentos e iglesias y haciendo una agradable vida social entre ingleses y chilenos, cuando recibí esta carta del War Office:

«War Office. — Londres, 24 de Noviembre. — Con referencia a la comunicación recibida del Foreign Office me dirijo a Uds. para poner en sus manos

el adjunto permiso para entrar a los docks de Southampton, con el objeto que ahí se indica, y para informarle a Ud. que el Director General de los servicios Médicos y del embarque en Southampton, cirujano general Donovan, ha sido solicitado para que tome las medidas necesarias a fin de que Ud. pueda inspeccionar un buque hospital que estará en los docks el sábado 27.

Me permito rogarle que si le fuere posible, hiciera su visita en esa fecha, partiendo de Londres en un tren de la mañana.

También en la misma fecha podrá Ud. visitar el Hospital Real Victoria en Netley, comunicándose con el diputado director de los servicios médicos, sección del sur, Salisbury.

Soy de Ud. su Atto. y S. S.—M. RUSSELL, Cirujano General de los Servicios Médicos.»

Tan pronto como recibía esta comunicación, me despedí de todos mis amigos y del ministro de Chile, y por el primer tren me dirigí a Southampton.

Visita a la Abadía de Westminster

Pero antes de entrar a referir lo que ví en Southampton durante los tristes, los melancólicos días que permanecí en los hospitales de aquel puerto, quiero hacer un recuerdo de mi visita a la Abadía de Westminster.

Visité la Abadía de Westminster, que es el monumento religioso más importante de Inglaterra. Cuatro veces pasé allí horas de horas visitando las tumbas y copiando las inscripciones que hay en los monumentos de los grandes hombres ingleses. Tengo copias de las inscripciones de Watt, el descubridor del vapor; de las notables inscripciones de los más grandes políticos y poetas de Inglaterra. Igualmente tengo copia de la conmovedora inscripción de María Stuardo. La tumba de María Stuar-

do se halla detrás del altar mayor de la abadía, y se encuentran frente a frente las cenizas de su rival en vida, la Reina Isabel de Inglaterra. Todos conocen la historia de estas dos mujeres y saben la rivalidad que existía entre ellas y que terminó con el sacrificio cruel de la reina de Escocia, por orden de su prima hermana la reina Isabel de Inglaterra. Todos saben que María Stuardo no tiene popularidad en Inglaterra y la ha perdido mucho en Escocia. En cambio Isabel, no como mujer, sino como estadista, tiene una popularidad inmensa. La historia parece que ha sido más justa con María Stuardo. Un gran poeta, porque no puede haber sido sino un poeta, ha grabado en el sarcófago de María Stuardo una sentidísima inscripción que recuerda la memoria de esta mujer desgraciada y artista como pocas. En cambio, el sarcófago de Isabel no tiene más que la fecha de su nacimiento y la de su muerte, y ni una palabra de admiración y de cariño de sus súbditos ingleses.

Pero lo que me llevó allí fué principalmente el deseo de visitar la tumba de un personaje al cual Chile debe grandes servicios. Me refiero a Lord Cochrane. Hice una peregrinación piadosa a la tumba de este marino y copié la inscripción que hay en ella. He aquí su traducción, porque está en inglés:

“Aquí descansa en el 85º año de su edad Tomás Cochrane, décimo conde de Dundonald, barón Cochrane de Dundonald, de Paisley y Ochildtree en la Paería de Escocia, marqués de Maranham en el Imperio del Brasil, almirante de la flota, quien con la confianza que su genio, su ciencia y su extraordinaria audacia inspiraron por sus heroicos esfuerzos por la causa de la libertad, y sus espléndidos servicios prestados conjuntamente á su propio país, a Grecia, Brasil, Chile, Perú, se labró un nombre ilustre en todo el mundo por su coraje, patriotismo y caballerosidad.—Nació—Diciembre—14—1775—Murió—Octubre—31—1860.”

Yo quería traer este recuerdo, porque tengo la certidumbre de que es grato para todos los chilenos.

En Southampton

El día 27 o 28 fui a recibir instrucciones al General Donovan, a quien hace alusión del documento leído.

De la estación pasamos al hotel, que está separado de ella sólo por una mampara de vidrio.

Fui presentado al General Balfour, jefe de la plaza, y a numerosos oficiales de marina, de quienes recibí una afectuosa bienvenida.

Al día siguiente me presenté al cirujano jefe doctor Donovan para comenzar mis estudios.

Le hice una confidencia que voy a repetir aquí.

—Es cierto que soy médico, le dije, pero hace muchísimos años que recibí el título y que no ejerzo la profesión. Y que voy a confesarle con franqueza que el fin que persigo es ver el curso de la guerra lo más cerca posible. Esto de los estudios sanitarios es solo un honorable pretexto para satisfacer mis deseos. Ud. comprende que si yo deseara hacer verdaderos estudios sanitarios me incorporaría a un hospital.

—Le comprendo, dijo el doctor Donovan. Lo que haremos, entonces, será mostrarle hoy mismo el buque hospital y todo lo que desee conocer. Mañana llegan a los docks dos vapores que vienen de la costa de Francia y de los Dardanelos cargados con enfermos y heridos y podremos ver las instalaciones interiores en los buques. En seguida visitaremos el hospital de Netley.

Así lo hicimos.

Todas estas investigaciones y estudios que hice sobre estos servicios los expondré más detalladamente en una memoria que tengo la obligación de

presentar al Ministerio de la Guerra en cumplimiento de la misión que se me encomendó.

Los heridos de la guerra

Ustedes comprenderán lo que pasaría por mí espíritu al tener que familiarizarme, después de tantos años que había abandonado la profesión, con los sufrimientos y angustias de aquellos hombres y que vivir en medio de todos los horrores de la guerra; y al tener que visitar los barcos que llegaban de los Dardanelos y que traían heridos de granada, de shranells, de grandes proyectiles y de una cantidad enorme de enfermos de desintería, de aquella terrible enfermedad de la cual venía afectado el 78 por ciento.

Los que salvaban de estas afecciones estéricas quedaban completamente inútiles: bastaba verles la cara para comprender que no podían seguir prestando ningún servicio.

El triste secreto del fracaso de la expedición contra los Dardanelos, fué esta mortífera epidemia.

Encuentro conmovedor

Después visité otro buque y en seguida los que venían de Francia. En éstos la proporción era contraria; el número de enfermos era casi nulo y el de hombres destrozados por las balas de fusil y de la artillería era enorme. Noté igualmente que los más presentaban heridas en las manos y en los ojos. La explicación es perfectamente lógica. La mayor parte de estos hombres son heridos en las trincheras, en las cuales no hay sino pequeños agujeros por donde los soldados sacan su rifle. Por eso el único blanco que presentan a las balas enemigas

son los ojos y las manos puestas sobre el rifle. Una que otra bala suele penetrar por el agujero de la trinchera y herir a los soldados que en ella se encuentran. En todos los hospitales donde anduve, el número de heridos en las manos y en los ojos era enorme; en algunos, ví hasta diez camas seguidas ocupadas por hombres que habían recibido balazos en los ojos. En el hospital de Netley ví los mas grandes horrores. Allí estuve conversando con un pobre oficial al cual en la batalla de Loos le habían volado la mitad completa de la cara, que la tenía cubierta con un pañuelo. Al parecer, este oficial debe haber sido de buena figura. Cuando se sacó el pañuelo ví que no tenía cara; una sonda entraba por lo que le quedaba de cara para que pudiera alimentarse; pero no podía pronunciar ni una sola palabra porque no tenía ni labios, ni dientes, ni lengua, ni garganta. Sin embargo, tenía esperanzas de salvar la vida; y cuando le preguntó el cirujano si estaba conforme con su suerte, le respondió con signos afirmativamente.

Fué esta una de las primeras impresiones que tuve y la figura de este oficial la tengo grabada en la retina como si la estuviera viendo.

Después pasé a otros hospitales dedicados especialmente a oficiales, donde ví las cosas más tristes Pero como no quiero dar un mal rato a nadie con estos recuerdos, voy a pasar por encima de ellos.

Después de estar cinco días continuos en los hospitales, vendando con mis propias manos a los heridos no pude adquirir la costumbre de la sangre, ni la de ver sufrir; declaré terminados, por el momento, mis estudios sanitarios y me puse a las órdenes de mi acompañante para que hiciéramos una excursión a otra parte. Se fijó el día del viaje.

Un encuentro inesperado

El Sábado en la noche, víspera de mi partida, de Southampton, estaba yo solo en mi hotel tomando el té a las cinco de la tarde, cuando veo entrar a un oficial seguido de cinco o seis marinos de alta graduación, el cual en seguida se sentó en una mesa.

Pero antes de seguir adelante, voy a hacer un recuerdo. El año 91 yo me dirigí a tomar parte en la revolución contra Balmaceda en un buquecito de guerra inglés. A mediados de Marzo y mediante pequeños arreglos que personalmente hice con el Ministro inglés que había en aquel tiempo conseguí ser admitido a bordo del buquecito en referencia y partí al Norte. Dos o tres días después fui recibido por la oficialidad del buque con la mayor benevolencia. Me acuerdo de los nombres del capitán, del segundo jefe, del primer ingeniero, etc., y sobre todo de un muchacho inglés, de unos 22 años, rapado, coloradito, muy popular en Valparaíso, que había estado enfermo en el hospital inglés de ese puerto y había conocido a la mayor parte de la alta sociedad porteña. Este oficial que era el teniente Douglas, se condujo de una manera muy amable para conmigo, nos hicimos muy amigos y cuando llegamos a Antofagasta, donde yo debía trasladarme al «Blanco Encalada» se me acercó y me dijo: «Vengo comisionado por todos los oficiales a rogarle que no deje el buque y siga con nosotros a las islas de Vancouver. No tome parte en la revolución, me agregó, porque lo van a matar, mientras que si va con nosotros a Vancouver llegará a Chile cuando la revolución esté ya terminada.» 'Pero ¡como voy a hacer eso! le contesté, cuando no llevo ni el dinero necesario para los gastos. Insistió el teniente Douglas, diciéndome que entre todos me pagarían los gastos. Estuve ten-

tado de sacarle el cuerpo a la revolución; pero después me dije: "es ridículo que habiendo venido a esto, me vaya ahora a pasear." No acepté, en consecuencia, el ofrecimiento y me despedí de la oficialidad del buque. Entonces Douglas me dió su tarjeta con su dirección en Londres. Tuve guardada esa tarjeta durante algunos años; pero después la perdí. Cuando pasé en Londres por la plaza de Trafalgar, que era donde vivía Mr. Douglas, según la tarjeta que me había dado el 91, me acordé de él, pero luego pensé: "han transcurrido veinticuatro años desde aquella fecha y probablemente Douglas habrá muerto o será almirante de la marina inglesa".

Pues bien, como ya había dicho, tomaba yo el té en el hotel de Southampton a las 5 de la tarde, cuando entró un oficial seguido por cinco o seis marinos de alta graduación. El oficial era colorado como Mr. Douglas, rapado como Mr. Douglas, y esto me hizo acordarme de él, pero después vi que tenía el pelo blanco y eso me hizo dudar de que fuera mi antiguo conocido. En esos momentos se me acercó un mozo del hotel y le dije: "hágame el favor de averiguar discretamente el nombre de aquel oficial." El mozo se dirigió a donde su compañero que estaba sirviendo a los marinos y éste sacó un lápiz y escribió un nombre que decía: "Comandante Douglas". Yo me impresioné porque no me cupo la menor duda de que se trataba del teniente que conocí el 91. No me atreví a dirigirme a él, pero le dije al mozo: "Hace veinticuatro años que he conocido a este oficial en la costa de Chile." Vi que el mozo atravesó el comedor y dijo algunas palabras en la mesa donde se encontraban los marinos. Entonces Douglas se puso de pie y se dirigió hacia mí y yo le dije: "Comandante Douglas, ¿no me conoce usted?" — "No lo conozco, me repicó, pero ahora, por su voz, me estoy reconociendo." "Yo soy, le dije, Ricardo Cox, el que se fué en su buque el año 91, desde Valparaíso

hasta Antofagasta, y a quien tanto invitó para que siguiera hasta Vancouver ” Entonces me abrazó y me preguntó por toda mi familia; por las señoritas Seaman y Arlegui, de Valparaíso. Se acordaba de todas ellas, del Blanco, de Valparaíso, del monumento a Prat, etc., etc.

—“Y que hace usted por aquí, me preguntó. ¿Y qué es usted ahora?”

Yo he subido un poco. Usted me dejó de estudiante de cuarto año de medicina, cuando viajábamos al Norte. Después he subido; he sido elegido varias veces diputado; hace poco dejé la cartera de Guerra, y ahora vengo comisionado por el Gobierno para hacer estudios sanitarios.

—Yo no he tenido la suerte que usted. Sólo tengo unos cuantos galones más; ahora soy comandante.

Convinimos en comer los dos juntos.

Como la noticia se había esparcido por todo el hotel, a la hora de la comida, cuando el extenso comedor estaba lleno de gente, especialmente de oficiales de la Marina y del Ejército, y cuando vino el momento de ofrecer la copa de champagne, el General Balfour y todos los presentes brindaron juntos con nosotros por los dos amigos que habían estado separados durante veinticuatro años.

Cuando terminó la comida, recuerdo que el general Balfour, apoyando las dos manos sobre la mesa me dijo: El mundo es demasiado pequeño. ¡Véan ustedes cómo se han encontrado estos dos amigos después de tantos años!”

En verdad, yo pude ser destinado a cualquier otro puerto, de los muchos en que se reciben heridos y enfermos de los campos de batalla.

El comandante Douglas pudo también haber ido a tomar el té a otra parte, o no haber entrado en este hotel precisamente a esa hora.

Quizás para algunos estas cosas no tengan importancia ni interés. Pero, ¿pero por qué no podía ser la Providencia que se preocupa de todo hasta de la

hojita desprendida del árbol, la que se haya preocupado también de que estas dos almas amigas pudieran encontrarse en el mundo:

En la noche conversamos más largamente. Yo le expresé cuáles eran mis doctrinas y mi modo de pensar. Y comprendiendo entonces que se encontraba con una alma religiosa y católica, me dijo:

—Vea, amigo: en aquel tiempo yo pertenecía a la iglesia anglicana, como la mayor parte de marinos; pero ahora soy correligionario suyo.

—¿Cómo se ha verificado esta conversión?

—No ha sido una conversión.

—Es muy curioso. ¿No habrá habido alguna persona que haya influido, que le haya hecho volver los ojos en este otro sentido?

No. Ha sido una simple evolución de mi pensamiento. Y esta evolución se ha verificado espontáneamente dentro de mí, sin la invención de nadie.

Acordamos oír misa a las 11, juntos, al día siguiente, que era Domingo.

Yo llegué un poco atrasado, porque estuve en otra seremonia preliminar, y me tocó oír aquella misa entre Mr. Donovan, cirujano general, y el comandante Douglas.

El templo estaba completamente lleno y la misa fue muy larga. El sacerdote pronunció uno de esos sermones, sencillos en su forma, de los sacerdotes ingleses, pero admirables por su fondo, por la sinceridad, por el celo apostólico y por el buen sentido.

Comenzó refiriéndose a los muertos en la guerra, y en aquel auditorio, compuesto en la mayor parte de las mujeres, de las madres, de los hermanos y de los hijos de oficiales o soldados muertos, el orador sagrado arrancó muchos sollozos e hizo derramar muchas lágrimas, al pintar con vivos colores los horrores inexpresables de la gran guerra.

Al día siguiente me despedí del comandante Douglas, el cual me escribió una amable carta, que conservo con cariño. Pasé enseguida unos cuantos días en Londres, dedicado a visitar los hospitales y

tomar apuntes para la memoria de carácter técnico que, en la forma más científica en que yo pueda hacerlo, presentaré al Gobierno en el momento oportuno.

Después de esto, di por terminadas mis tareas, me declaré independiete de toda autoridad extraña y resolví lanzarme en jira, como simple turista, al norte de Inglaterra.

Voy a ser muy rápido en esta jira.

Visita al Cardenal Bourne

Pocos días antes de partir le rendí a Agustín Edwards un servicio. Le dije. «En Estados Unidos he hecho muchísima vida social y aquí en Londres quiero conocer solamente a dos personas, y para eso voy a solicitar dos buenos oficios. Una de esas personas es el Cardenal Bourne y la otra es el duque de Nordfolk, jefe social del catolicismo en Inglaterra. No sé si lo ponga en aprietos, continué, al solicitar sus buenos oficios para hacer estas visitas. El señor Edwards, con la buena voluntad que lo caracteriza, me dijo: «Absolutamente; no conosco al Cardenal Bourne, pero sí al duque ds Nordfolk, mas con la situación que ocupo en Londres, me considero autorizado para dirigirme a aquel.

Efectivamente, el mismo señor Edwards me llevó a la casa del Cardenal Bourne un día, a las 11, de la mañana, después de habernos puesto de acuerdo naturalmente con el Cardenal. El señor Edswrds estuvo diez minutos con nosotros: en seguida se retiró, y quedé yo con el Cardenal, ocupado en ciertas materias que llevaba especialísimo encargo de tratar con él. La entrevista duró hora y cuarto. y en ella el Cardenal Bourne me dió sus opiniones más o menos en la misma forma en que me las había dado el Cardenal Gibbons. Me hizo una serie de preguntas sobre el protestantismo en Estados Uni-

dos, y entre ellas una que pude contestar por esta especial circunstancia: Yo había recordado en un diario de Filadelfia una información sobre un congreso de anabaptistas celebrado en Estados Unidos. Según ella en aquella reunión los jefes de esta secta se uejaron de los pocos progresos y de la decadencia visible del anabatismo en Estados Unidos. Así se decía: En la época tal había en aquel país tantas iglesias y tantos ministros anabaptistas, y hoy sólo hay ese misma número de iglesias pero tantos anabaptistas menos. Se hacía también una comparación con el resto del protestantismo había un gran número de iglesias que no tenían servicio religioso por falta de ministros.

El Cardenal, que no pensaba que yo pudiera darle datos tan exactos, se interesó vivamente por informaciones, me dió sus agradecimientos por ellas y comparó las cifras que le daba con el incremento que día a día toman en Estados Unidos los ministros de la religión católica

El duque de Nordfolk le contestó a Agustín Edwards desde el puerto de Scarabouh. Había estado enfermo, lo habían operado y estaba de convalesciente. Antes de partir al Norte, le escribí una carta al duque para manifestar e el sentimiento que me causaba el hecho de no poder hablar personalmente con él y para presentarle un saludo que llevaba de parte de los católicos de Chile.

En la ciudad de York

En seguida, me fuí a la ciudad de York, una de las más antiguas de Inglaterra. Allí pasé momentos agradabilísimos. Siguiendo mis inclinaciones, un día visité la iglesia católica de York, que es una de las ciudades más protestantes del Reina Unido. La Iglesia católica está situada en la misma plazuela de la gran catedral de York, uno de los edificios

más célebres de Inglaterra. Apenas había amanecido, el sacerdote empezó a decir la misa; sin embargo, a esa hora ya había en la iglesia treinta i siete personas, en un día de trabajo, y comulgaron quince, entre ellas, los niños de un colegio.

Después de la misa, me fuí a dar algunas vueltas por la ciudad de York, que se encontraba llena de soldados, y en seguida volví a la casa parroquial con el propósito de conversar algunos momentos con el párroco. Entonces tuve la triste noticia de que había oficiado en la mañana el sub-párroco, porque el párroco se encontraba moribundo en esos momentos. Tuvimos una corta conversación con el sub-párroco, quien me cijo: «Ud. no puede imaginarse las luchas del catolicismo en este pueblo de 80 mil habitantes, donde solo hay cuatro mil católicos. La catedral, que es un monumento católico, debe ser nuestra; sin embargo, no nos pertenece desde os tiempos de Isabel, época en la cual el obispo de York fue ahorcado en esta plaza, y desde entonces la religión reformada se adueñó de ese monumento. Fuí a visitar la catedral de York, y debo decir con sinceridad que estimo que, fuera de la catedral de San Pedro en Roma, y la de San Marcos, ni la misma abadía de Westminster puede soportar una comparación con aquel famoso monumento.

No encontré a nadie en el interior. Eran más o menos las 11 de la mañana; pero sí oí un coro de voces masculinas que salía del interior de un recinto cerrado, en la mitad de la inmensa basílica.

Terminado el cántico, el coro de clérigos protestantes desfiló hacia la sacristía, en larga y pausada procesión; y despojados allí de sus rojas y cortas sotanas, salieron a la calle a ocuparse de sus familias y negocios del siglo.

Terminado el oficio, le pedí al rector de la iglesia que me mostrara la catedral y la visité detenidamente, previo el pago del emolumento correspondiente.

Le dije quien era y se interesó por mostrarme todo. Me mostró todo lo que era digno de verse. Allá, el altar donde se hacían sacrificios humanos en tiempo de los paganos y que se exhibe en la parte más profunda de la cripta; acá me indicó el sitio donde se ponían las entrañas de la víctima, etc.

Después de subir doscientos y tantos escalones de piedra, llegué a la cúpula. El cicerone me dijo que subiera solo.

El panorama que se divisa desde allí es uno de los más hermosos que he podido ver en Inglaterra. De ahí puede verse toda la parte principal de los edificios medioevales y murallas de la ciudad de York, que es muy interesante para los turistas y personas que tienen algún espíritu de estudio y de observación.

He dicho que por todas partes no se veía en Inglaterra sino el espectáculo de los militares. En York ocurría lo mismo.

En New-Castle

Después fui a visitar a New-Castle, donde se construye el dreadnought *Lord Cochrane*.

Como saben ustedes, el Gobierno ordenó la construcción de dos grandes acorazados, el "Almirante Latorre" y el "Cochrane", y uno de ellos fue adquirido por el Gobierno inglés.

Los miembros de la Comisión naval chilena, que estaba a cargo de la vigilancia de la construcción de esas naves, que me fueron a visitar y almorzaron conmigo ese día, me impusieron de los tropiezos con que se han encontrado para llevar a cabo las construcciones navales, encargadas por Chile, pero no hay que hacer ahora mención de esos asuntos.

Penetré en el interior del Cochrane.

Es una nave enorme como nunca había visto. Tiene 28,000 toneladas. Me dijeron los miembros de

la Comisión: “Tenemos todos los planos y cálculos terminados, pero no sabemos, me agregaron con tristeza, cuándo tendremos concluida la nave, y según los rumbos que tomen las cosas, quizá si Inglaterra también la adquiera”.

A mi juicio sería lo más conveniente para nuestras finanzas que tuviera esta nave el mismo destino que la anterior, tanto más cuanto que una vez que esté terminada será probablemente un modelo anticuado; y aquí noto que me estoy poniendo indiscreto.

Mi persona inspiró confianza, porque se me mostró todo el astillero, todo el inmenso departamento donde se construyen y reparan numerosas máquinas de guerra.

Ahí pude ver un submarino de 1,500 toneladas, que se construye al lado mismo del *Cochrane*.

En el submarino se trabajaba febrilmente. En nuestra nave no se daba un martillazo.

El duque de Nordfolk

Hice todas mis diligencias en aquel día para partir a Francia el Domingo o el Lunes. En seguida me fui a la Universidad de Oxford, y cuando volví en la tarde, noté que los empleados del hotel y los porteros estaban más atentos que antes conmigo, sus reverencias eran más profundas.

La explicación de ese cambio la tuve cuando después un mozo me trajo una bandeja de plata y me dijo: “hay aquí una tarjeta de su gracia el Duque de Nordfolk para usted.” El Duque de Norfolk, el segundo personaje de la nobleza británica que forma inmediatamente después del Rey, el mismo personaje que en el entierro del Rey Eduardo iba detrás del Rey Jorge y delante de treinta reyes, el Duque de Nordfo'k, heredero de 500 años de nobleza, de títulos y de sacrificios por la causa ca-

tólica, había estado a hacerme una visita. Yo le había escrito una amable carta saludándolo, como emblema a la fe católica. Desgraciadamente, no me había encontrado; me vestí en el acto y fui a verlo a su casa; pero no lo encontré y le dejé mi tarjeta, manifestándole al mismo tiempo que partiría al día siguiente. Pero el Lunes cuando amaneció comencé a pensar y me dije: ¿Cómo es posible que si el Duque de Nordfo:k me viene a ver, me contente con dejarle mi tarjeta en su casa?. me voy a quedar algunos días más para verlo.

Pero antes de seguir adelante, voy a contarles algo que se relacione con el Duque de Nordfolk. Había sido invitado yo, en cierto modo oficialmente, a una ceremonia en la Catedral católica de la ciudad. Se trataba de una misa solemne, porque ese día se inauguraba el altar de San Andrés. Una de las cosas que más me llamaron la atención en la ceremonia, fué la actitud del Duque de Nordfolk, a quien no conocía todavía. Voy a referirme a ella, por tratarse de uno de los personajes más conspicuos del mundo europeo, para que no miremos en menos a los de Chile que reciben el calificativo de pechoños porque tienen la valentía de hacer actos públicos de piedad.

Me tocó oír misa al lado del Duque de Nordfolk; yo estaba en una silla como cualquier prógimo y el Duque estuvo de rodillas durante la misa entera. Después de terminada ésta, hubo una procesión al pequeño altar de San Andrés que se había inaugurado; toda la gente se dirigía allí; también fue allí el Duque con su señora y con algunos niños; se arrodilló delante el nuevo altar y permaneció en esa actitud durante largos minutos. En seguida acompañó a su señora hasta la puerta del templo y él volvió al interior y se arrodilló delante la imagen del Salvador, que está siempre llena de cirios encendidos.

No he tenido tiempo para hablar de las manifestaciones religiosas de los soldados ingleses; pero

debo decir que son los oficiales y los soldados los que allí encienden los cirios a las imágenes.

Decía que el Duque de Nordfolk arrimó un reclinatorio delante de la imagen del Salvador y se arrodilló. Entonces yo saqué mi reloj para ver cuánto tiempo iba a estar arrodillado. Alcanzó a estar siete minutos en el reclinatorio; en seguida se bajó, se arrodilló en las tablas y permaneció durante 20 minutos más en la misma actitud. En seguida pasó delante la procesión del Santísimo Sacramento y el Duque siguió detrás. En esta procesión, toman parte muchos personajes de la nobleza británica y todos responden a los cantos que entonan los sacerdotes. Terminada la procesión, el Duque se fué hacia la imagen de San Pedro, besó los pies del santo, sacó un grueso puñado de monedas del bolsillo, las echó en la alcancía de San Pedro y a continuación salió de la iglesia con su sombrero de paño suelto.

Este personaje piadoso era quien me había ido a ver al hotel. Para corresponder a su atención, me quedé hasta el día Lunes en el puerto. En la mañana le escribí diciéndole que había quedado muy agradecido de su visita y aunque tenía el viaje preparado para ese día, a fin de corresponder a su atención, había resuelto quedarme 24 horas más, para tener el honor y el gusto de saludarlo.

Después que hube mandado la carta, me puse a leer los diarios y en esto estaba cuando me golpearon la puerta y me dicen. «El Duque de Nordfolk está abajo». Yo que estaba en cama, contesté: ¿Cómo es posible? Me ha entendido mal, dígame por todos los santos que no puedo recibirlo, que yo creía que me iba a llamar a su casa. Me vestí a la carrera y bajé. Otra vez los sirvientes casi se quebraron el espinazo y me dijeron: «El Duque de Norfolk le ha dado cita a las 12½. La frase en inglés resulta ambigua y yo la interpreté que me daba cita en su casa a esa hora. A las 12¼, el estúpido portero del hotel me vió salir encolerizado como se dice aquí a la casa del Duque de Norfolk, y no me dijo nada. Llegué

a la casa, no hay allí ni golpeador, ni campanilla. ni nada; la puerta estaba entreabierta y yo dije, me está esperando el Duque. El sirviente que me salió a recibir, me dijo, la familia del Duque está en el campo, pero si en realidad le ha dado cita en la casa, pase para acá, me abrió una puerta doble y me entró al escritorio. Dejé mi sombrero y comencé a mirar los muebles y un cuadro que representaba la toma de Constantinopla por Mahomed V. Dieron las 12, las 12½, las 12.50 y el Duque no llegaba. En vista de ésto dejé mi tarjeta y me volví a mi alojamiento. Cuando llegué al hotel salió una procesión de empleados, diciéndome, «el Duque de Norfolk lo ha esperado durante media hora. De manera que pasamos jugando a las escondidas con el Duque. Ya esto es ridículo, me dije; pero habiendo encontrado mi tarjeta, él comprenderá que yo entendí mal.

Creo que todas las almas católicas han de experimentar una emoción grande, cuando sepan que nuestra fé, que nuestra religión inmortal— que va teniendo poco prestigio, en concepto de ciertas personas, de ciertos círculos y de ciertos partidos chilenos—en los viejos países de la Europa, en los países que van a la cabeza de la civilización, goza de la Libertad más completa y omnimoda, y sin limitaciones, se propaga, como propagaba en los primeros siglos del cristianismo, después que la instituyó su fundador: por su propia virtud y fuerza, sin auxilio pecunario de los gobiernos.

En los países que hay otras religiones dominantes, esas religiones las respetan, sin embargo, porque en ellas se respeta la virtud y la nobleza de las armas conque los católicos combaten.

De Lames-Belbats pasé al día siguiente a Dublín, donde se ha estado desarrollando un movimiento revolucionario de que ha dado cuenta la prensa en estos últimos días.

Yo conocí toda esa parte de Dublín, donde han

tenido lugar los sangrientos combates entre las tropas inglesas y los rebeldes.

Visité en Dublín todos los edificios y monumentos más importantes; pero no conocí a nadie.

Me puse en comunicación con una agencia de intitutrices, pues necesitaba contratar una, pero me fué mal.

Me fuí enseguida para Inglaterra, de donde debía dirigirme pronto al continente.

Pasamos, en el mar de Irlanda, a dos o tres millas del lugar donde fué hundido el gran trasatlántico «Lucitania».

Navegamos en un vaporcito llamado «Prince Maud», a razón de 24 millas por hora y luces apagadas, con un mar endemoniado.

El buquecito iba lleno de militares, como ocurre allá en todos los vapores.

Me acuerdo que le manifesté a un sacerdote protestante mi sorpresa por el hecho que todos los vapores en que viajaba encontraba militares, y enseguida le agregué: ¿cómo quieren que los submarinos enemigos no torpedeen en los vapores de pasajeros, si en todos viajan militares?

—Todos vemos el peligro, y por eso vamos con luces apagadas.

A poco de salir del puerto comenzó el barco a tener un balanceo terrible. Era tal la violencia del balanceo, que nadie se podía tener en la cubierta. Los pasajeros se fueron a los camarotes, al interior del vapor.

Yo me dije: «Aquí hay para pasar un buen rato».

Efectivamente hubo una serie de incidencias divertidísimas.

Llegamos a las 11 de la noche a Holyhead.

Durante dos días hicimos excursiones en automóvil al pueblo de Durham, en el cual hay un famosísimo castillo que visitamos en las últimas horas de la tarde. Después, cuando volvamos a toda velocidad por un camino de maccadam tuvimos un

choque con un carricoche abandonado. Si le pagamos el golpe medio a medio, no sé qué habría sido de nosotros. Por fortuna el accidente no tuvo mayores consecuencias y después del susto consiguiente, seguimos nuestro camino.

Hacia Edimburgo

Al día siguiente, me dirigí a la capital de Escocia, Edimburgo, que es una de las ciudades más pintorescas del mundo, porque tiene esa circunstancia, que favorece tanto a algunas ciudades como Roma, de estar edificada sobre colinas, lo que le da un precioso aspecto, sobre todo en la noche. Allí visité algunos famosísimos castillos como el de Edimburgo, edificado en la cumbre de la montaña, que circunda la ciudad por el lado Norte y donde fue muerto el Rey Jacobo, y me mostraron también la ventana de una torre por donde en una noche fue bajado en una canasta el Rey Jacobo, para que un sacerdote católico le pusiera el sacramento del bautismo. Visité, igualmente, diversos sitios que están llenos de recuerdos históricos.

Debo advertir que, lo mismo que en todas las ciudades inglesas el elemento militar domina por completo en la capital de Escocia: en los hoteles, en los tranvías, en todas partes no se ven más que soldados.

Pasé a la gran ciudad industrial de Glasgow, el 7 de Diciembre, es decir, en la víspera de la Inmaculada Concepción. Mis recuerdos me trajeron a la memoria la fecha religiosa que ningún buen católico deja pasar inadvertida, y me dije: ¿Dónde me tocará confesarme y comulgar el 8 de Diciembre? Poco impuesto de los itinerarios, creí hacerlo en Dublín, y así debiera haber sido. Llegué en seguida a una pequeña aldea de pescadores que hay en Escocia, pueblecito presbiteriano, según

mis informaciones, y quise pasar del tren al vapor; pero cuando subía con mis maletas al buque, el capitán me dijo: Ud. no es inglés y todo extranjero para pasar a Irlanda necesita una autorización especial del Ministerio del Interior, sin la cual no puede pasar. Mostré mi pasaje diplomático, pero no conseguí nada y hube de quedarme en aquel pueblecito.

Opinión sobre la honradez de los sud-americanos

Me alojé en un hotelito muy confortable, y a la hora de la comida tuve de compañero de mesa a un joven que se ocupaba en la casa que fabrica cierta clase de whisky, que se consume mucho en Sud-América. Al principio creyó que yo era francés y no le observé nada. Después supo que venía de Norte América y me preguntó si había viajado por Sud-América. Le contesté afirmativamente, y entonces él me dijo: ¿Conoce usted la costa occidental del Pacífico?—Bastante, le dije.—Es indudable, me agregó, que si ha estado usted por ahí y no le ha pasado nada, ha andado con suerte, porque toda esa costa es una cueva de ladrones.—¿Como es eso, le dije; yo soy turista muy conocedor de esas regiones, y hágame el favor de decirme en vista de qué consideraciones hace usted esta afirmación.—Soy miembro, me dijo, de la firma que fabrica el whisky tal; vendemos buenas cantidades de este producto para la costa occidental del Pacífico y siempre las compañías de seguros nos cobran el doce por ciento y nosotros le recargamos a nuestros agentes un tanto por cierto más para pérdidas, porque sabemos que los ladrones de esa costa se roban de cada cajón por lo menos tres o cuatro botellas. Esa es la consideración que tengo para hacer aquella afirmación.—Entonces le di-

je: Señor, yo creo que las cosas no serán tan graves en Chile como en el Perú.—Son peores, me contestó. Vaya, le agregué, yo tengo algún conocimiento de lo que ocurre en Chile y voy a explicarle por qué ocurre eso. Ustedes están acostumbrados a los puertos con magníficas instalaciones, donde los vapores se atracan a los mismos muelles y así la mercadería se saca de los mismos vapores al muelle. En Chile ocurre una cosa muy diversa; allí los vapores fondean a larga distancia de los muelles y la mercadería es conducida a éstos por medio de lanchas y en el trayecto los lancheros, que son pobres y tienen necesidad, roban algo.—No, me dijo, es en las aduanas donde nos roban. Y en seguida me contó que de un cargamento de corbatas de seda, por valor de ciento noventa libras esterlinas, que había enviado a una firma que se halla en Concepción, le habían robado mercadería por valor de noventa libras esterlinas. ¿Conoce usted a Concepción?, me dijo.—Sí, le contesté. —Pues bien, ese es el punto donde roban más en todo el mundo, terminó el otro.

Cosa distinta pasa en la costa oriental, en Uruguay, Brasil y Argentina. Los seguros marítimos allí son iguales a los de Europa.

Hasta el momento en que me despedí de este joven, él no sabía mi nacionalidad; pero, desgraciadamente, nos encontramos a bordo del mismo barco, cuando yo me dirigía a Lorne, en la costa de Irlanda, y como había averiguado quién era yo, no me dió la cara en todo el viaje.

El día siguiente era Domingo y, cuando desperté, todavía de noche, en el hotelito en que me hospedaba, sentí que llovía a cántaros, y por la chimenea de mi cuarto entraban violentas ráfagas de aire helado. Yo me dije: “Sin saber si hay iglesia católica en este pueblo y dado el estado del tiempo, creo que no tengo obligación de ir a misa,” y me volví al otro lado para dormir. Pero la conciencia no me dejó en paz y salté de la cama. Le pregun-

té a una sirvienta, que estaba aseando los pisos a la luz de las lámparas, si había alguna iglesia católica en el pueblo.

Sí, hay una sola, me contestó; pero está muy lejos y no va a dar con ella.

—Indíqueme al menos dónde queda.

Llovía chuzos, y en la obscuridad tuve que ir pisando en charcos de agua, mientras la violencia del viento me volvía el paraguas al revés varias veces.

Comencé a andar por esas calles oscuras y solas. Anduve unas cuantas cuadras, siguiendo los puntos que me había indicado la sirvienta, hasta que ví a lo lejos unas dos o tres ventanas debilmente alumbrada en su interior.

Era la pequeña y única iglesia católica en Strurnes; sólo estaba abierta una de las ojas de la puerta.

Entré, estaba desierta. Únicamente había en medio de ella un ataúd alumbrado por seis cirios, cuya rojiza luz era tan débil y vacilante, que no alcanzaba a iluminar las murallas. De modo que no se alcanzaba a ver las imágenes y objetos que había en la iglesia. No se veía más que el ataúd y los cirios.

Fácilmente puede calcularse mi impresión ante tan inesperado y fúnebre espectáculo.

¿Quién había abierto la puerta? Movidó por la curiosidad y no sin ningún recelo, me acerqué hasta el ataúd y leí esta inscripción: "Annite Mc. Kleland. --Murió el 6 de Diciembre de 1915."

Estábamos a 8. Además, se podían leer estas palabras: "The spirit rerit returns to God who gave." "El espíritu vuelve a Dios, que lo da."

Tomé asiento en una banca, al lado mismo del féretro, para poder leer a la luz de los cirios mi libro de oraciones, y me preparé para la confesión y comunión.

No se sentía un ruido en aquella iglesia: era un silencio de muerte, como que era la muerte misma

que estaba representada por el cadáver de Miss Mac-Kleland.

Como media hora después me levanté.

La abnegación de los sacerdotes escoceses

Me puse de pie y quise dirigirme a la sacristía para ver si había algún sacerdote en ella. Avancé por dentro del templo y derrepente topé con algo que cayó y produjo un gran ruido en la iglesia. Se me heló la sangre y me volví para ver si se había levantado Miss Mc-Kleland. En seguida dije: esto no puede continuar. Por aquí debe estar la casa de algún sacerdote. Salí del templo y entré a un jardincito, y en medio de las sombras de la noche ví una casa que daba a la puerta trasera de la iglesia. Golpeé la puerta y me salió abrir una muchachita de unos diez años, con quien entabé el siguiente diálogo:—¿De quién es esta casa?—Del señor Cura, me contestó. — Y éste, ¿a que hora se levanta?

— Se levantó temprano y anda en el campo auxiliando a un moribundo.

—¿Y a que hora hay Misa?

—A las 9 de la mañana.

—¿Quién es la muerta que hay en la iglesia?

— Es Miss Mc-Kleland. ¿No conoce a Miss Mc-Kleland, el ángel de caridad en este pueblo? Murió de repente en una tienda.

Como la Misa era a las 9, me volví a sentar al lado de Miss Mc-Kleland para continuar en mis meditaciones. A las 8 de la mañana ya había luz y entonces pude ver bien la iglesia y darme cuenta de que el féretro, que parecía negro, estaba forrado en una tela de color café. A las 8 se abrió la puerta de la sacristía y entró el párroco. Como yo sabía que éste se había levantado a las 5 de la ma-

ñana, con una lluvia torrencial, para asistir a un moribundo, me lo imaginaba un hombre joven y robusto; pero con sorpresa ví que era hombre de unos 60 años; vestía de levita y llevaba unos zapatos gruesos embarrados. Me preguntó si deseaba confesarme y como le contestara afirmativamente me hizo pasar a la sacristía; allí se quitó la levita y se sentó y yo comencé a buscar las palabras inglesas para decir mis pecados. No venían a la mente con facilidad, cosa que el sacerdote atribuyó a cortedad, y entonces tomó una rejilla de alambre y la colocó entre él y yo. Una vez que me hube confesado, él se revistió de sus ornamentos y me dió la comunión. A las 8 y media de la mañana me fuí al hotel, tomé desayuno y volví a Misa a las 9. Encontré la iglesia llena de gente.

A las 3 de la tarde fuí a hacerle una visita al párroco, quien me contó la lucha que durante catorce años había tenido que librar él solo en aquel pueblo un poco hostil. Cuando llegué, me dijo, no había en el pueblo sino unos cuatro o cinco católicos dispersos, actualmente formamos una comunidad respetable; tenemos iglesia, escuela y conventos de monjas. Soy de opinión, me agregó, de que la influencia contraria al catolicismo viene de Irlanda y de Francia. Antes éramos nosotros los dueños de los grandes monumentos que ahora están en poder de la religión reformada; pero en este mundo no hay injusticias perennes. Esos templos que los católicos han edificado con su esfuerzo, esas magníficas catedrales que están en poder de la iglesia reformada, volverán a manos de sus legítimos dueños. — Así lo espero, le contesté yo.

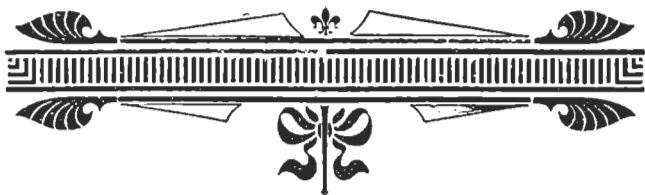
Después visité el convento de las monjas y tengo en mi poder una comunicación de ellas en que se me da cuenta de que se ha celebrado una Misa por el señor fulano de tal, ex-Ministro de Estado de la gloriosa y próspera República de Chile.

Señoras y señores: si he contado con tantos detalles mi estada en esa pequeña a'dea escocesa, no

ha sido para presentarme ante vosotros como un modelo de católico. De ninguna manera, cualquiera otro que hubiese tenido la educación que yo he recibido y los antecedentes que yo tengo, habría hecho lo mismo.

El día Martes tomé el vapor y me fuí a Folkestone.





TERCERA CONFERENCIA

Improvisación*

La improvisación tiene defectos infinitos. Pero si lo acabo de ver hoy mismo; mi propia conferencia publicada en "La Unión", me hizo el efecto de un mamarracho desastrozo, en el fondo y en la forma. ¿Cómo es posible, pensaba, que habiendo prometido hacer una descripción de Nueva York, no la haya hecho? Quería hacer la descripción de la principal calle de Nueva York, que en la noche aparece alumbrada de la manera más extraordinaria, que jamás la imaginación podrá concebir, y no la hice tampoco.

Había prometido, igualmente, algunas notas sociales interesantes, y al leer la versión del diario, vine a darme cuenta que se me había escapado la nota especialísima de la baronesa de Rokendorf, celebérrimo personaje, que en esa época ocupaba la atención de Nueva York y a la cual me hice presentar por medio de un ruso, esposo de una sobrina del Embajador ruso en Londres.

No hablé de Mr. X. ni de Mr. Z. y, sobre todo,

se me quedó en el tintero el representante de la República de Méjico, personaje bastante curioso, que se hizo muy amigo mío, y hasta el punto de pedirme que autorizara con mi firma un telegrama para enviarlo a Carranza.

Me pidió esto con insistencia, pero hube de negarme a ello, por n útiples razones.

Al hablar de Londres, se me quedó también en el tintero una nota todavía más interesante: el señor Edwards me invitó a asistir a una sesión en el Parlamento inglés. Fue una celebérrima sesión de la Cámara de los Comunes. En ella usó de la palabra el primer Lord del Almriantazgo, que había dejado su puesto.

Todos los diarios habían estado censurando la actitud del primer Lord del Almirantazgo, Mr. Churchill, tanto por la acción ineficaz de la escuadra en los Dardanelos, como por lo ocurrido en el combate de Coronel, entre la flota inglesa y la alemana, donde fueron hundidos dos buques británicos.

Protesta cariñosa

Esta sesión fue memorable, y hemos oído con el señor Edwards todo el debate, desde la primera hasta la última palabra. Creo que no se me ha escapado una sola, porque el caso era, como he dicho, en extremo interesante. De modo que tuve oportunidad de conocer de cerca las costumbres y prácticas del célebre Parlamento británico. Y eso olvidé referirlo. Por esto se me hallará razón cuando protesto, aunque cariñosamente, de que se me taquígrafíen estas conversaciones. Parece que el orador, *diré mejor el hablador*, no ha tenido criterio para seleccionar y ordenar sus temas.

Un viaje de esta especie da material para un libro entero, y yo tengo material de sobra para completar una obra en varios tomos; pero para ello hay

que seleccionar las materias y llenar las deficiencias, y esto requiere tiempo y cuidado especial.

Partida de Londres

Partí de Londres el día 11 a las 11 de la mañana.

El único que fue a despedirme a la estación — y esto no es una censura para mis distinguidos amigos chilenos que estaban en Londres — fue un caballero inglés que conocí en el vapor “Finlandia”, Mr. Gray, y con quien me hice muy amigo.

Me llevó a su casa y me presentó a su distinguida familia y a su padre, que ocupaba una situación elevada y pertenecía a uno de los más aristocráticos clubs de Londres. Habíamos hecho una verdadera y firme amistad.

Habiendo sabido, por una carta, en que se lo había comunicado que me retiraba de Londres, con gran sorpresa mía, fue a despedirme a la estación y allí estuvo conmigo, hasta que a las 9 A. M. partió el gran expreso para Folkestone.

Mi asiento en el pullman estaba frente a una mesa y al lado había otro asiento. Y aquí voy a hablar otra vez de las misses inglesas.

Algo que llama la atención es la facilidad y la naturalidad con que en los países anglo-sajones se establecen relaciones de amistad entre caballeros y señoras.

Una compañera de viaje

Momentos después ocupó el asiento que estaba al frente, una elegante y distinguida dama.

Pedí algo que servirme al mozo, al mismo tiempo que la miss hacía igual cosa.

El mozo nos sirvió a los dos y, en seguida, me

pasó la cuenta también por los dos, lo que era muy natural.

Me sentí un poco confundido, y estuve con la cuenta en la mano sin saber qué hacer. Por una parte, no me atrevía a pagar por los dos porque no conocía a la dama y, por otra parte, no podía dividir el gasto, porque la proporción no era igual. Entonces dije a la dama: "Si usted me da autorización, le pagaré la cuenta".

La señora dijo que no.

Yo le manifesté, sin embargo, que el gasto era muy insignificante y que me dejara pagar. Entonces consintió.

Me dió su nombre y yo le pasé mi tarjeta. Se llamaba miss Archibal Freeman.

Al imponerse de que yo era chileno, se interesó mucho por Chile y conversamos largamente sobre nuestro país. Fue ésta otra conferencia que tuve en tren, como otra que antes he narrado.

Sorpresa inesperada

En el momento en que bajábamos del tren, ella me rogó que le llevara una pequeña caja; yo la tomé y de repente se abrió y apareció un perrito que me mordió los dedos. Durante todo el camino esta dama estuvo conversando conmigo sobre la guerra, y ella, que pertenecía, no diré a la alta aristocracia, pero sí a la gran burguesía de Londres me expresó que el duelo era la nota general de Londres, después de transcurrido un año de la guerra.—Probablemente no habrá, me dijo, una sola familia inglesa que no haya tenido un deudo muerto, mutilado o herido en esta espantosa guerra. Toda la sociedad de Londres está de duelo, pero no lo manifiesta, y sólo una que otra persona viste de luto.

Debíamos tomar el vapor «Sussex», este mismo que fue torpedeado hace pocos días y cuyo hundi-

miento ha producido la amenaza de una ruptura de relaciones entre Estados Unidos y Alemania; pero no pudimos hacerlo inmediatamente porque en el muelle estaban atracados cinco vapores destinados a llevar tropas de Inglaterra a Francia. Por eso nos tocó ver desde las 1 de la mañana hasta las 3 de la tarde, desfilar a los soldados ingleses. Pasaban delante de nosotros con la cabeza inclinada, pero con la cara sonriente, llevando armas y paquetes, los últimos obsequios de sus familias. A medida que los vapores completaban el número de soldados que debían llevar, iban saliendo hacia el continente. La mar estaba bravísima, de manera que nos esperaba una navegación formidable. Yo, que hasta entonces no había sufrido las molestias del mareo, me dije: aquí sí que voy a caer. Porque las olas se levantaban a enorme altura y a corta distancia de la bahía.

Militares en todos los vapores

A las 3 de la tarde atracó al muelle el «Sussex» y se embarcaron todos los pasajeros, la mayor parte de los cuales eran señoras inglesas. Porque es de advertir que las inglesas y las norte-americanas, que son aficionadas a los viajes, no porque haya guerra quebrantan el sport de viajar y de ir al continente europeo.

En seguida, ví con sorpresa y disgusto, que muchos oficiales de alta graduación se embarcaban también en el «Sussex», porque comprendí que si en ese vapor destinado a pasajeros civiles entraban también militares, por lo menos había un pretexto para que los submarinos también lo atacaran ya que, al fin y al cabo, los oficiales son fuerza armada y dan motivo para que la guerra se lleve hasta el último extremo.

Digo esto, porque acaso el hundimiento del «Sus-

sex». ocurrido hace pocos días, tenga por causa la circunstancia, si es que se ha convertido en contumbré permanente el hacer viajar militares en los vapores destinados a los civiles.

Salimos a las 3 y media del puerto, después de haberse servido a bordo un lunch abundantísimo. El vapor era pequeño, viejo, estrecho y con pocas comodidades. Los pasajeros de segunda clase sel instalaron en la popa, en un lugar enteramente descubierta. El viento nos tomaba del lado derecho y pronto los pasajeros abandonaron ese lado y se fueron ese lado y se fueron al izquierdo, porque las olas lo barrían por completo. Entro en estos detalles por una razón que ustedes an a ver en seguida.

Habían comenzado por sentarse en sus *chaises-langues*, y como la chispería que producían las olas al quebrarse en el costado los mojaba por completo, tuvieron que abrir sus paraguas.

Actividades que origina el mareo

A la media hora, más o menos, de haber salido del puerto, todo el mundo estaba mareado y a cada momento, señoras, señoritas y caballeros, tenían que hacer viaje al costado del barco, obligados por los efectos del marco. Se me imaginaban personajes de teatro que a cada momento salían al proscenio y regresaban para volver a salir. Recuerdo que una señora, hizo treinta y tantas veces esa peregrinación.

Un pasajero que vió que no me sentía mal en toda la navegación, se acercó a mí y me preguntó que era lo que hacía para evitar el mareo. Le contesté no comía nada y no me sentaba un momento, a fin de sacarle el cuerpo al balanceo.

Un comerciante italiano que tiene su negocio en Londres, y que acababa de ser llamado a prestar sus servicios en el Ejército italiano, me dijo:

«¡Felices ustedes los americanos que no están en guerra! Yo tengo un negocio brillante en Londres, donde vivo con mi familia. He sido llamado a incorporarme a las filas del ejército de mi patria. He tenido que abandonar mis intereses para ir a la guerra y probablemente a morir.

U na monjita sin recursos

En un momento miré hacia la parte donde iban los pasajeros de segunda clase, completamente empapados por las olas que barrían la cubierta, y entre ellos divisé a una pobre monjita, no sé de qué comunidad, que no había tenido el dinero suficiente para pagar el pasaje de primera. Estaba allí acurrucadita y mojada como una diuca. Me dio lástima y pregunté a uno de los oficiales si podía pasarse a primera la pobre hermana, pagando la diferencia, que era de dos a tres chelines. Se me contestó que no había inconveniente alguno.

Entonces les dije a dos marineros que andaban con traje de goma: «Vayan a decirle a aquella monja que se venga a primera; y fueron.

La religiosa que estaba como ausente de sí misma por el frío y el agua, aceptó maquinalmente y se vino a primera con los dos marineros.

Yo me fuí hacia el comedor y llegué hasta la escala, apoyándome como pude.

El balance del buque era tan fuerte, que el fondo del comedor, se me aparecía algunas veces por encima de mi cabeza e inmediatamente después por debajo de mis pies.

En ese momento quise hablar con el contador para pagarle los chelines de la diferencia del pasaje, cuando, en un balance fortísimo, la hermana rodó, desde lo alto de la escala, y si yo no me apoyé en las barandas, caigo sentado sobre ella. (Risas).

Pasé allí cinco horas mortales en esta situación, sacándole el cuerpo al balanceo.

Estuve de pie como acostumbro cuando navego, en la parte media del buque, donde el vaivén es menos fuerte, a fin de evitar el mareo, con un ejercicio de las piernas verdaderamente abrumador.

Llegamos al puerto de Dieppe a los 8.30 o 9 de la noche.

En Francia

En Inglaterra me habían ponderado las dificultades que iba a encontrar para entrar a Francia. Le van a examinar sus pasaportes, me habían dicho, con un cuidado extraordinario, y lo van a molestar mucho los empleados porque no tienen la finura ni la buena educación de los ingleses; de tal manera que yo iba prevenido. Pero, ¡qué distintas fueron las realidades y cómo se me exageraron las dificultades!

Los primeros que entraron al vapor fueron soldados franceses. Y ya se sabe lo que son los soldados en los tiempos que corren; no evocan el concepto de hombres de poca educación como eran los soldados antiguos. El soldado contemporáneo, lo mismo que otro profesional cualquiera, como el abogado, el médico, etc., ha pasado por los colegios de instrucción secundaria y tiene una educación completa. De ahí que mi encuentro con los soldados franceses no pudo ser más agradable; entramos en conversación en el acto, les expliqué quién era y les dije de dónde venía. Entonces el soldado que estaba de guardia me dijo: Pase inmediatamente. A su vez, el oficial encargado de revisar los pasaportes, con ese *savoir faire* de los franceses y que no se encuentra sino en Francia, al ver que mi pasaporte tenía carácter diplomático, ni me lo examinó y me hizo pasar adelante.

Ocupé en seguida el magnífico tren que corre entre Dieppe y París. Todas las señoras y caballeros que habían hecho obligado ayuno a bordo del «Sussex», se sentaron con un apetito devorador en el carro restaurant.

Primeras impresiones en París

Llegamos a París a las 2.30 de la mañana, de manera que me tocó atravesar la hermosa campiña que se extiende desde la costa occidental de Francia hasta París, sin ver absolutamente nada.

Decía que a las dos llegamos a la estación de San Nazario; allí tomé un coche y me dirigí al Hotel Crillon, donde tenía la seguridad de encontrar a muchos ingleses. El Hotel Crillon se halla en la Plaza de la Concordia, que está situada, puede decirse, en el corazón mismo de París.

Al otro día me levanté a las nueve de la mañana y voy a tratar de hacer un esfuerzo para describir mis primeras impresiones de París

Enpezaré por referirme a la Plaza de la Concordia. Se llama ahora de la Concordia la plaza que en otro tiempo se llamó de la Revolución. En ella han ocurrido sucesos célebres en la historia de Francia. En la plaza de la Revolución fueron ejecutados Luis XVI, la reina María Antonieta, Lavoiser, el fundador de la química moderna, etc., etc. Allí cayeron también todos los tiranos, como Desmouliére, Robespierre, Danton y otros. Ahora se llama Plaza de la Concordia, y merece su nombre, porque en los actuales momentos Francia se encuentra unida en una concordia fraternal, de la cual saca las fuerzas con que hace frente a las embestidas alemanas.

Es ésta una de las plazas más célebres y hermosas que hay en el mundo: en el centro se levanta el gran obelisco de Luxor, traído de Egipto en tiempos de Luis Felipe, y en las cuatro esquinas se alzan esta-

tuas alegóricas de las cuatro más grandes ciudades industriales de Francia: Lille, Rouen, Marsella y Lyon.

Al otro lado del Sena se levanta el hermoso palacio de Luxemburgo, de la Plaza de la Concordia se divisa también la arquería interminable de la calle Rivoli, que ofrece un espectáculo hermosísimo, que no es dado contemplar en ninguna otra ciudad del mundo. A la derecha de la plaza se extiende la Avenida de los Campos Elíseos, que termina en el Arco de Triunfo, y a la izquierda sigue el Jardín de las Tullerías, que termina unas ocho o diez cuadras más allá de la Plaza de la Concordia, con el enorme palacio del Louvre.

En seguida tomé por la rue Royal, que es una calle ancha y muy hermosa, con edificios más o menos iguales, de unos cinco pisos cada uno y de una homogeneidad admirable, que es la característica de la arquitectura de París.

Los uniformes

Lo mismo que en Londres, los restaurants, los hoteles, los tranvías de París se ven llenos de soldados. Soló les noté una diferencia con los iugleses. Voy a indicarla, porque hay que decir las cosas tales como son, ya que yo estoy dando informaciones de hechos y no apreciaciones mías.

Los ingleses están mejor uniformados y mejor equipados que los soldados franceses. Estos, que se ven en infinito número por las calles de París, presentan gran diversidad en sus trajes.

Los franceses no han adoptado el traje kaki, sino uno de color gris claro, pero su uso no está muy generalizado, porque no es raro ver militares que llevan el antiguo pantalon rojo y la chaqueta azul. Se ven también soldados que llevan cascos de acero, que no tienen aspecto militar, aunque son muy

eficaces para resguardar al soldado. Digo pues, que la indumentaria de los soldados franceses era muy variada. Probablemente en ello influía el hecho de que en París estaban con permiso entonces muchos soldados de distintas guarniciones y de distintas armas. Pero a un hombre que examinaba las cosas con ojo un poco militar, como lo hacía yo, no podía dejarle de llamar la atención esta diversidad extraordinaria en el equipo y en la indumentaria de los soldados franceses.

El primer herido francés que ví, lo encontré al lado del hotel Crillon.

Era un hombre que había sido herido en el pie derecho, lo que me trajo el recuerdo de la época en que yo también fuí herido en un combate. Le pregunté dónde había recibido su balazo y me contestó que en la batalla del Marne, si mal no recuerdo.

El Ejército Inglés

Señoras y señores: por un olvido que lamenté mucho anoche, no expresé mi opinión sobre el Ejército inglés. Ahora que voy a emitir mi juicio sobre el valor militar del Ejército francés, tal como yo lo entiendo, voy a unir a los dos y expresaré un juicio común respecto de estas dos grandes unidades, que combaten actualmente contra los imperios centrales.

En Chile está muy difundida la idea de que el Ejército inglés tiene un valor militar reducido. Probablemente ella ha partido de alguna oficina técnica sobre la materia. Sin embargo, la idea que yo me he informado por lo que oí, por lo que leí en los diarios y por lo que conversé, es que la Inglaterra está preparando poco a poco, lentamente, como se preparan las cosas bien preparadas, una de las fuerzas militares más prodigiosas que jamás haya visto el mundo.

En la época a que me estoy refiriendo, en Inglaterra se estaba aún en pleno régimen de libertad; todavía no se discutía la idea de la conscripción militar obligatoria, hoy está incorporada en la legislación inglesa. Sin embargo, al tener noticias del número inmenso de soldados que tenía Inglaterra y al hablar con algunos oficiales de alta graduación en Southampton, donde estuve varios días, comprendí que si Inglaterra tenía en el frente de batalla sólo unos pocos kilómetros ocupados por sus tropas, y Francia estaba haciendo todo el inmenso esfuerzo que era necesario desplegar para contener a la poderosa Alemania, era sólo porque la experiencia había demostrado a los ingleses que es casi inútil mandar a las trincheras gente mal preparada.

El ejército inglés se estaba preparando, se estaba estrenando física y moralmente. Estaba formando oficiales, porque la buena oficialidad es la base de los ejércitos modernos.

Inglaterra sabe que tiene muchos millones a su disposición y que no tiene más que llamarlos en la seguridad que todos acudirán a cumplir con su deber. Pero sabe también que tiene que formar una oficialidad bien ilustrada y competente. En los tiempos modernos los soldados no se improvisan, menos pueden improvisarse los oficiales.

Ahora, en cuanto al valor personal del soldado inglés, yo no necesito recordar la historia militar de ese país.

Hay personas que creen que Inglaterra no tiene sino glorias navales.

Es cierto que el Imperio británico ha vivido siempre confiado de su poder naval, que no ha tenido, gracias a su aislamiento, que defenderse de las ofensivas militares; pero el Ejército inglés en las acciones guerreras en que ha tomado parte a través de la historia, se ha portado en forma verdaderamente ejemplar.

No quiero recordar la historia de sus hechos mi-

litares en los tiempos antiguos, en la Edad Media, cuando Francia e Inglaterra, hoy tan estrechamente unidas, eran enemigos; pero sí, recordaré que en aquellos tiempos los ingleses demostraron, por lo menos, que sabían morir heroicamente y que tienen un sentimiento marcado del honor, sentimiento que es característico en los soldados, en las clases y, sobre todo, en los oficiales.

No tengo para que recordar, tampoco, las pruebas de valor admirable que dió el Ejército inglés en la famosa batalla de Waterloo, donde el coloso de Napoleón Bonaparte fué derrotado; donde el Ejército de ese genio de la guerra se estrelló contra las tropas invencibles del Duque de Wellington; allí, donde el Mariscal Ney cargó catorce veces contra ellos en la seguridad de que iba a deshacerlos, y catorce veces se encontró con la muralla infranqueable de las polleras rojas de los escoceses.

Después, cuando en 1854 a 1855 les tocó tomar parte en la guerra de Crimea, donde se inmortalizó la Francia, la angosta línea roja Stea Thine reed line, resistió con empuje incomparable, catorce o quince ataques de la impetuosa caballería rusa.

Más tarde en la guerra de Africa, en la campaña del Transvaal, cuando los oficiales fueron rodeados por todas partes, y no pudieron escapar, no quedándoles otra alternativa que rendirse o morir, todos obtaron por morir, y murieron bellamente: me refiero a Spion Kop.

Ahora en la guerra actual, —y esta declaración la he oído de boca de un teniente alemán— no ha tenido Alemania enemigos más terribles que los ingleses.

El pequeño ejército de setenta y ocho mil hombres que tomó parte en la batalla del Marne, —como ustedes saben combatió constantemente durante dieciocho días, con sus roches, hasta quedar en esqueleto, y aún así en esqueleto, luchó denodadamente sin descanso hasta el momento en que los franceses consiguieron flanquear el ejército de

von Kluck, lo que trajo como consecuencia la victoria del Marne, como llaman los franceses, o la prudente retirada del Marne, como llaman los alemanes.

Estos son los antecedentes del Ejército inglés, que se está formando; que en Agosto de 1914 era de setenta y ocho mil hombres y que ahora llega a cinco millones.

Hago esta explicación para que nos vayamos formando idea clara de la magnitud del conflicto.

El Ejército Francés

En cuanto a los antecedentes y al valor militar del Ejército francés, no tengo para que recordar — porque es cosa demasiado conocida — que la historia del mundo no registra un conjunto de glorias militares más grande que el de Francia. (Aplausos.)

Estuve durante quince días en París y los dediqué desde la mañana a la noche, a conocer la ciudad. Ví todo lo que podía verse; porque desgraciadamente, en la actualidad, hay cosas interesantísimas que no pueden verse. Así la mayor parte de los museos están cerrados, por temor a los aeroplanos alemanes. Además, el mantenimiento de esos museos cuesta caro y se hace exclusivamente con el dinero que dejan los extranjeros, y como en la actualidad casi no hay extranjeros en París, no tiene objeto mantenerlos abiertos.

Por eso no pude conocer el gran Museo de Louvre, el más célebre y rico del mundo; no conocí tampoco el Museo de Versalles, situado en el famoso casillo de Luis XIV, que me tocó visitar en un hermoso día Domingo.

Visitando París se comprende y se palpa la historia militar de Francia, sobre todo la relativa a la epopeya napoleónica. Aunque, desde hace cuarenta y tantos años domina por completo el sistema

republicano y democrático en Francia, puede decirse que París, que es la parte que he conocido en aquella nación, está como aplastada por las glorias de Napoleón I. Por donde uno anda se encuentra con monumentos que recuerdan a este grande hombre: los nombres de las calles, de las plazas, de los boulevares, recuerdan los nombres de sus generales, de sus mariscales o de sus victorias. Así por ejemplo, entra uno por la Avenida de la Ópera y llega a la Plaza Vendome, donde está la columna de Vendome, hecha con los coñones de bronce tomados a los rusos y a los austriacos.

En la parte superior de la columna, se leen los nombres de todas sus victorias y arriba se encuentra la estatua de Napoleón en traje de Emperador romano.

De igual modo, si uno avanza por la Avenida de las Tullerías, luego se topa con el Arco de Triunfo en el cual se encuentran grabadas en el bronce todas las glorias de Napoleón. ¡Todo lo que vale en París, recuerda el sello de su mano poderosa! Así por ejemplo el gran palacio del Louvre, que es sin duda el palacio más hermoso de todo el mundo, y cuya antigüedad remonta la época en que gobernaba el primero de los Valois, a principios del siglo XVI, fué casi concluído por Napoleón I y terminado después por Napoleón III.

Una peregrinación permanente de hombres de todas clases y condiciones hay a la tumba del grande Emperador cuyas cenizas reposan bajo la cúpula de los Inválidos, desde hace más de sesenta años; y desde ahí Napoleón, puede decirse, reina todavía sobre la Francia.

Recuerdo que visitando este palacio—por fuera, porque estaba clausurado,—y situado en su frente, no pude menos que recordar esas páginas tristes de la historia de Francia, que aluden a la San Bartolomé, y que son la piedra de toque de todos los que quieren atacar a la Iglesia Católica.

Parecía que este error histórico no tenía remedio.

Y recordé este terrible episodio de la historia al contemplar el Louvre y la Iglesia de Saint Germain, de cuyas torres partió la señal fatídica de la matanza ordenada por el Rey Carlos IX.

Yo he leído un libro sobre la San Bartolomé, de que es autor y profesor de Historia de la Universidad de Nancy.

Es una obra moderna.

Como ustedes saben, todos los acontecimientos históricos, aún los más definidos, se modifican con nuevas situaciones o nuevas investigaciones, por que los sucesos van cambiando de aspecto. Por eso ha dicho con mucha razón un escritor francés que la historia no existe y que sólo existen historiadores. Y ha expresado: «Tan diversas son las historias, cuan diversos son los criterios de los historiadores.»

Este profesor de Historia a que me he referido, ha rehacho la historia de la San Bartolomé y ha sacudido de los hombros de la Iglesia Católica el peso de la culpa de ese triste suceso, y lo ha cargado sobre los que realmente tienen la responsabilidad política de él.

Hago este recuerdo, por ue también lo hice al visitar el Louvre y al recoger mis impresiones sobre París.

Uno de los militares con quien hablé antes de conversar con los jefes de alta graduación a que me he referido—cuando me había entregado por completo a conocer a París, antes de ponerme a las órdenes de quien debía disponer de mí fue con el soldado Herbés; en circunstancias que salía de misa.

Andaba con un ojo vendado con una especie de visera oscura.

Yo creí que no tenía más que esa herida, y le pregunté cómo había sido herido en el ojo.

«Soy, me dijo, ex corneta de la división tal, que estaba en tal parte del frente. Fuí a tocar a la carga en un momento muy apretado de la

batalla, y cuando tenía mi corneta en los labios, una *marmita*, así llaman los franceses a las grandes granadas, reventó casi encima de mí.

Quedé sepultado bajo los escombros y la tierra. Permanecí ahí varias horas, aturdido, y cuando volví en mí, me impuse de que tenía doce heridas en el cuerpo y este ojo menos.»

Se levantó entonces la ropa y me mostró una serie de cicatrices en las pantorrillas y en los muslos...

Herbés era muy educado, como lo son la mayoría de los soldados en los tiempos presentes.

Me preguntó quién era y de dónde venía. --Vengo de muy lejos. . . ., dije; simpatizo mucho con los soldados franceses, porque conozco en todos su espíritu patriótico.

Una excursión al rededor de París

Por la Rue-Royal se llega a la Plaza de la Magdalena, donde se encuentra el hermosísimo templo parroquial del mismo nombre, cuya arquitectura trata de imitar al Partnon.

Ahí termina una serie de los famosos boulevares de París: el de Malesherbes, el de la Magdalena, el de los Capuchinos y el de los Italianos.

Siguiendo por el boulevard Mont-Martre, se llega a la Plaza de la República, y desde aquí, por el boulevard Du Temple a la de la Bastilla, donde se alza la columna del 14 de julio.

Desde la Plaza de la República hasta la Plaza de la Bastilla se pueden andar a pie unos cuatro o cinco kilómetros, en los cuáles el turista goza del espectáculo mas encantador.

No quiero, en fin, porque todo el mundo lo conoce, perder palabras en describir esas calles amplias, costeadas por edificios hermosísimos, de extraordinaria belleza, por restaurant, h teles y magazines, los más hermosos del mundo y que dan un sel o de

elegría a esa gran ciudad, donde están representadas todas las razas del orbe, en los que van a gastar allí el dinero y a pasar un rato de distracción.

Actualmente no se ve en París ese espectáculo alegre de los tiempos ordinarios. Es sabido que ahora no hay allí sino muy pocos extranjeros y los jóvenes franceses están todos en las trincheras. Otro tanto puede decirse del tráfico de vehículos: no es ni la décima parte de lo que es en los tiempos normales. Sin embargo, es intenso, pero no se imaginan ustedes que se puede comparar con el que hay en la calle Huérfanos, entre Estado y Ahumada, a las 11 de la mañana (risas).

Aquella misma mañana, al recorrer esos famosos boulevares, no me hizo París el efecto de una ciudad desconocida, porque el lenguaje me era familiar y familiar los nombres de las calles, plazas y hasta las grandes tiendas.

En Santiago hay pequeñas sucursales de Le Printemps, del Louvre, de la Samaritane, y recuerdo que uno de los miembros de mi familia mantanía correspondencia con esta última, con motivo de los pedidos que hacía.

Me era, también, conocido el Restaurant Maxim, que es muy frecuentado por los Chilenos y por la juventud de todo el mundo, principalmente por los sud-americanos.

Más allá del Restaurant Maxim, está el Café de la Paz. Más allá, la Plaza de la Opera, a cuyo frente se destaca el edificio del teatro más hermoso de París y seguramente de todo el mundo.

Todas las cosas me eran conocidas, como lo son para la mayor parte de los chilenos, por la lectura y las ilustraciones de buenas revistas.

Aquí en Chile todos tenemos una educación francesa. Cuando uno se da cuenta que su educación ha girado casi exclusivamente al rededor de las cosas de Francia, es cuando viaja.

Tanto los que hemos sido educados en los colegios particulares como en los del Estado, hemos estu-

diado la Historia Universal con la Historia de Francia, como eje; y en realidad, la Historia de la Francia es como una historia de la civilización (aplausos)

Si esta civilización pudiera tener algunos inconvenientes, desde este punto de vista tiene ciertas ventajas, porque la Francia domina de tal manera, que puede decirse que ha sido, durante siglos, el centro de los acontecimientos más capitales de la historia, así como París ha sido el cerebro del mundo (aplausos).

Hice varias relaciones con otros militares; recojí una cantidad de observaciones muy interesantes y pude así comprender el verdadero espíritu militar que había en las filas del ejército francés.

Y puedo asegurarles a ustedes que ese espíritu consiste, desgraciadamente en llevar las cosas hasta el último extremo, en derramar hasta la última gota de sangre, en disparar hasta el último cartucho; en dar hasta el último escudo del bolsillo para salvar la situación y honor de la Francia (aplausos).

El General Joffre y la batalla del Marne

El nombre que más resuena diariamente en la prensa francesa es el del General Joffre. Naturalmente, su retrato está en todas las vidrieras, en todos los almacenes, en una palabra, anda en todas partes.

Este jefe gozaba de una popularidad inmensa después de la batalla del Marne, porque se atribuía, y con razón, el éxito de la batalla, a las concepciones de su genio.

Como yo me propongo también dar algunas informaciones de carácter militar, voy a transmitir algunas opiniones oídas en París a personas que deben saber muy bien las cosas, y cuyos nombres voy a ciliar, por razones que se comprenden.

Un militar, que había hecho profundos estudios técnicos sobre la batalla del Marne, me dijo lo siguiente: «El verdadero ganador de la batalla del Marne, ha sido el general Manouri, comandante de tal o cual división.

En un momento dado, supo el General Manouri que los ejércitos de los Generales von Kluck y von Bulow no estaban reunidos, que había algunos kilómetros de distancia entre ellos, cuando venía el avance impetuoso de los alemanes sobre Francia, y concibió la idea de meter una cuña entre los dos ejércitos. El General Manouri no tuvo tiempo de comunicar al General en jefe del ejército francés la idea que había concebido y por su propia iniciativa metió esa cuña entre los dos ejércitos. Ese fué el origen de la victoria francesa; esa cuña metida entre los dos ejércitos alemanes fué lo que detuvo el avance de von Kluck y lo que dió lugar a la reorganización del ejército inglés y la retirada prudente de las fuerzas imperiales.

Según me decía este militar, en Francia todo el mundo conoce esta azaña del General Manouri; pero, como es natural, la victoria siempre refluye sobre el General en jefe. Y en este caso, Joffre, cuando vió ese golpe de genio, dado por uno de sus subordinados lo aprobó plenamente y supo aprovecharlo con una serie de golpes, también geniales. Entonces fué cuando mandó salir a la guarnición de París, y cuando comenzó esa lucha titánica entre franceses y alemanes, y en esa lucha por envolverse mutuamente por el flanco, franceses y alemanes desarrollaron sur alas hasta llegar a la orilla misma del mar.

En esos días no habían trincheras, y los combates eran a la antigua, al aire libre, a campo raso.

¿Tenían razón estos militares para juzgar las cosas de esta manera?

Yo no hago más que dar estas informaciones, que he recibido de buena fuente en París.

Me decían: La estrella del General Joffre se va

eclipsando poco a poco. La ofensiva de 1915 no había sido ni la sombra de la batalla del Marne.»

Se le había dado tanta importancia a la batalla del Marne, que Francia, que es una nación única, por su imaginación y el sentimiento, que sufría de una manera tan horrible, que sentía sus carnes desgarradas, y que no había podido arrojar de su territorio a los alemanes, que se alimentaban con su propia savia, abrigó la esperanza, casi la certidumbre de que la batalla del Marne era el preludio del triunfo. Empezaron a esperar del General Joffre el golpe que se le pedía, pero este golpe no vino, y los alemanes se enterraron en el Marne, sin que hasta ahora haya sido posible desalojarlos. Por esto, creían que la estrella del General Joffre se eclipsaba.

Se le exigió una una victoria, y para responder a esta victoria, acordó con los ingleses, una gran ofensiva en Septiembre 1915.

La ofensiva de los aliados

Yo tengo, respecto a la ofensiva de Septiembre de 1915 las mejores informaciones de fuente francesa y alemana, y, cosa curiosa, las informaciones de París y Berlín coinciden perfectamente.

El mapa de las operaciones que he visto en París coinciden en todas sus partes con el que he visto en Berlín.

Esta ofensiva fué preparada cuidadosamente durante seis meses por los aliados, después de organizado el Ministerio de Municiones por Lloyd George, en Inglaterra para abastecer de municiones y proveer de artillería la extensa línea de los aliados.

Después de acumular los aliados no sé cuántos miles de granadas y otros elementos y tres mil ca-

ñones en un frente relativamente reducido, se inició la famosa ofensiva de Septiembre que hizo correr por toda la Francia una brisa de esperanza de que vendría una solución rápida y definitiva del espantoso conflicto.

La ofensiva duró ocho días.

Fué iniciada por los Franceses a media noche del día 15 de Septiembre, con un terrible fuego de artillería que arrasó todas las comunicaciones alemanas entre la primera y segunda líneas. De modo que la artillería e infantería alemanas de las primera línea no pudieron seguir recibiendo municiones y elementos, y los alemanes fueron allí sepultados en los escombros de sus propias trincheras.

Sin embargo la cifra de los muertos que tuvieron los franceses y los ingleses, que no ha llegado a Sud-América, fué considerable.

Los franceses perdieron 120 mil hombres y los ingleses 59 mil.

Los alemanes daban la cifra de sesenta mil y los ingleses la de cincuenta y nueve mil. Pero después se publicó la cifra oficial y se vió el número de bajas llegaba a cincuenta y nueve mil ochocientos y tantos hombres. Por consiguiente, puede decirse, que las dos versiones estaban de acuerdo.

Si se suman las pérdidas francesas, que llegaron, como he dicho, a ciento veinte mil hombres, y las inglesas, que se elevaron a sesenta mil, se llega a la enorme cifra de ciento ochenta mil soldados. Y debó advertir que en estas cifras se comprenden únicamente las bajas de los regimientos franceses, ingleses, escoceses e irlandeses, pero no entran las pérdidas indúes y las de los senegaleses, que fueron materialmente segados por las ametralladoras en las primeras filas.

Durante esta espantosa ofensiva, los tres mil cañones de los aliados dispararon cerca de tres mil tiros cada uno, lo que hace un total de nueve millones de disparos. Avalúese como se quiera la suma en dinero que representa este derroche de

granadas y se llegará a cifras verdaderamente enormes.

¿Y cuál fué el resultado práctico de este gigantesco esfuerzo? Del lado de los ingleses, un avance de unos pocos cientos de metros y del lado francés, una línea curva, que me la han mostrado en los mapas franceses y alemanes, pasando por los mismos puntos. Por consiguiente, la información que recibía era completamente exacta; yo apliqué entonces el metro y según la escala de los mapas, resultaba que la línea de avance de los franceses tenía en la parte más profunda sólo dos mil quinientos metros.

De manera que esta espantosa embestida, cuyos ecos llenaron el mundo entero y que ocasionó pérdidas tan dolorosas a los ejércitos franco-ingleses, les permitió avanzar en un punto apenas de dos mil quinientos metros. Y debo advertir todavía que en Alemania se me dijo que después de la experiencia adquirida en esa ofensiva de los aliados, los alemanes habían cambiado el sistema de las trincheras y que ya en sus líneas no volvería a ocurrir el hecho de que los proyectiles enemigos, llegaran a cortar las comunicaciones de las primeras trincheras con las de más atrás. Ya no volverá a ocurrir eso en el resto de la guerra, me decían, porque nos hemos arreglado en los frentes ruso, inglés y francés de tal modo que ni aún cuando tengamos una lluvia de proyectiles durante quince días o más, nuestras comunicaciones subterráneas continuarán completamente inabordables para el enemigo.

Solicita el ingreso a una ambulancia

Nuestro ministro en Francia, señor Puga Bone, había hecho la solicitud al Gobierno francés para que yo ingresara a alguna ambulancia francesa, lo más cerca posible de las líneas de batalla, el

día 8 de Diciembre, es decir, seis días antes de mi llegada a París. De manera que todas estas excursiones por París a que he hecho referencia, las realicé esperando que llegara la respuesta cuanto antes. Pero el sistema de Gobierno parlamentario y democrático, como una larga experiencia nos lo enseña a nosotros mismos, es más complicado que el sistema monárquico. En una república parlamentaria, las tramitaciones administrativas son muy largas; hay muchas oficinas en los ministerios y, en fin, la labor administrativa es mucho más complicada en una república que en un reinado, por la sencilla razón de que hay que consultar siempre a innumerables voluntades. Esto por una parte, y la situación natural de la guerra, que hace que la atención de los hombres de Estado esté monopolizada por el acontecimiento enorme que tienen encima, explican por qué en muchos días no se preocuparán en las oficinas ministeriales francesas de tramitar un asunto tan nimio como la solicitud a que me he referido.

Por otra parte, el señor Puga Borne hizo la presentación en una forma que, a mi juicio, se prestaba a que se hiciera un poco más difícil la respuesta, porque él quiso trasladarse junto conmigo a los hospitales.

Lo cierto es que yo esperé muchísimos días y la respuesta no llegó nunca. Y como no sabía cuando me iba a tocar ser enviado a alguna parte, no tenía seguridad ninguna respecto de los días libres que tendría y no podía desarrollar tampoco ningún plan especial para visitar a París.

Los Parlamentos de Francia e Inglaterra

Tuve, sin embargo, ocasión de ir algunas tardes a la Cámara francesa y me tocó ver una sesión bastante agitada. Había en la Cámara muchos diputa-

dos que eran militares, vestidos de simples soldados. Y esto lo ví también en Inglaterra y en Alemania. En la Cámara de los Comunes de Inglaterra había unos ocho o diez militares y otros tantos en la Cámara francesa. En ésta última noté que en algunos bancos había una banderita tricolor y lazos de crespón, lo que indicaba que el dueño del asiento había muerto en los campos de batalla. Y, cosa curiosa, en la extrema izquierda, es decir, en los bancos socialistas, no había ninguna banderita, lo que no ocurría a ninguno de los otros partidos.

Hago estos recuerdos, porque voy a decirles que una de las impresiones desagradables que tuve, tanto en Francia como en Inglaterra, fué la de ver la constante intromisión de los parlamentarios en la dirección de la guerra y en la administración militar, cosa que en un país bien organizado no debe aceptarse jamás.

Los hombres, generalmente, cuando se miran así mismos y se consideran como simples individuos, se estiman falibles; pero, Dios nos libre de que se reúnan en una corporación que se llama Parlamento, porque entonces creen que lo saben todo y que son capaces de resolver todos los problemas, aun cuando no conozcan ninguno. Hablo de estas cosas con conocimiento de causa....

Pues bien, yo me sentí verdaderamente francés cuando estuve en París y verdaderamente inglés cuando estuve en Inglaterra y me daba verdadera cólera oír las clases de discusiones que se abrían en los parlamentos de Francia y de Inglaterra. Así en la Cámara de los Comunes, uno de los diputados interpelló en esos días al Ministro del Interior, Mr. Asquith, sobre porqué el General French no hacía tales o cuales operaciones militares, y también le dijo: "Tengo noticias de que los oficiales que están a las órdenes del General French se levantan un poco tarde"; y todavía le agregó que tenía informaciones en el sentido de que algunas damas visitaban los campamentos ingleses!... Me llamó mu-

cho la atención la respuesta de Mr. Asquith. porque no contestó en la forma que, en mi concepto, merecía aquella intromisión indebida e incalificable. Pero la Inglaterra es un viejo país parlamentario y allí esta aceptado como sistema el admitir toda clase de indiscreciones. Porque, si aquí somos indiscretos e impertinentes con los Ministros de Estado, la impertinencia de los ingleses en esta materia colma toda medida.

Otro tanto ocurre en Francia. Allí también los diputados quieren saber los proyectos del Gobierno y conocer los planes militares del jefe del Estado Mayor; preguntan por el número de heridos, por el número de muertos, por la provisión de municiones, como si no se supieran que cada pregunta y cada contestación sobre estas materias va a ser transmitida inmediatamente a las naciones enemigas. «El Times» de Londres sostenía una campaña terrible en aquel tiempo contra el Gobierno por este motivo.

Intromisión en los asuntos de la guerra

A este propósito voy a referirme a una de las intromisiones más extravagantes de los franceses en las cuestiones de la guerra.

Nadie ignora que durante la Revolución Francesa una serie de generales jóvenes se cubrieron de gloria. Con ejércitos franceses mal vestidos y peor equipados, los generales Hoche, Marcian Douriegue, etc., contuvieron a las tropas aliadas durante la época de la revolución, cuando en el interior del país reinaba la anarquía más terrible. Eran los años en que imperaba la famosa Convención; porque entonces no un hombre, sino quinientos locos gobernaban a la Francia. La Convención mandaba de su seno unos delegados que usaban sombreros con tres plumas, una roja, otra blanca y la

otra azul, con el encargo de vigilar los procedimientos de los gloriosos generales de aquel tiempo. Cier- to es que los generales, apesar de todo, ganaron muchas batallas y contuvieron a los enemigos en la frontera de Francia. Pues bien, ahora, en vista de que los generales Joffre y French no podían echar a los alemanes de donde están, hay gentes que en Francia han llegado a preguntarse ¿por qué la Cá- mara no manda a algunos diputados a mejorar las cosas en las trincheras?

Lo que dice un diario francés

Ni más ni menos que esto se dice en un artículo publicado en el «Petit Journal», que es uno de los diarios que tiene mayor circulación en París. El artículo en cuestión se titula: "Las lecciones de la historia. Como la Convención escogía sus genera- les". No tengo para qué leerlo; el tema es ese; se manifiesta que la Cámara francesa debe proceder ya, de una vez, en vista de que los ejércitos fran- cés e inglés no pueden arrojar a los alemanes de Francia, a mandar delegados de su seno para que los alemanes se manden cambiar pronto del país!... (Hilaridad).

Firma el artículo un señor Holar, a quien conoce, según se me dice, un profesor de historia del Insti- tuto de Humanidades. Este señor Holar ha sido nombrado especialmente, según me han dicho, por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, desde hace muchos años, para que deshaga poco a poco en la Universidad de París, en la Sorbona, la obra histórica de Hipólito Taine sobre la Revolución Francesa.

Como es sabido, Hipólito Taine redujo la Revo- lución Francesa a las proporciones de una leyenda, y este señor Holar está instalado en la Sorbona pa- ra deshacer la obra de Taine ante la juventud fran-

cesa, y constantemente está publicando artículos con este fin.

Pues bien, en vista del poco éxito de la ofensiva de los aliados contra las tropas alemanas en Diciembre de 1915, para componer las cosas, se propuso que una media docena de diputados, bien habladores, fueran a arreglar la situación.

Una debilidad de los países de régimen parlamentario

Esta intromisión es una debilidad de los países de régimen parlamentario. Muchas veces nosotros hemos discutido también en la Cámara sobre el valor técnico de los rifles y cañones con una competencia extraordinaria; pero, en fin, hemos tenido siquiera el buen sentido de respetar a los Ministros de la Guerra. Les hemos dejado en un silencio absoluto; no les hemos hecho preguntas impertinentes. Es costumbre de los senadores y diputados inmiscuir en las discusiones parlamentarias al Ejército y la Marina, y yo creo, señores diputados y senadores, que ya es tiempo que eliminemos la Ejército y a la Marina de esas discusiones. Guardemos ese par de joyas; librémosla del corrosivo de las discusiones parlamentarias!

Otro defecto que tiene la prensa francesa, y que es consecuencia natural de la inquietud, del deseo de salir de la situación triste en que se encuentran los países comprometidos en la guerra, es el de dar informaciones que después no resulten ser exactas. No ocurre igual cosa con los diarios de Berlín, debido talvez a que en Berlín circulan con la más amplia libertad los más importantes diarios ingleses y franceses, pues las autoridades alemanas estiman que no tienen razón para impedir que circulen «Le Figaro», «Le Journal», «Le Temps», «The Times», de Londres y muchos otros.

La enfermedad del Kaiser

Recuerdo que leí en un diario francés una información sobre la enfermedad del Kaiser y que tenía por título: «La enfermedad del Kaiser». — «Su estado sería grave».

Recorté esta información y cuando estuve en Berlín procuré averiguar qué origen podía tener esta noticia. Se me dijo: — No tiene razón de ser esta información. El Emperador está perfectamente bien; no sabemos el origen que pueda tener esta noticia.

Sin embargo, en el artículo a que me refiero se hace una detallada exposición sobre la enfermedad del Kaiser.

En cuanto a los propósitos últimos que abriga, tanto el Gobierno como la nación francesa, con respecto a sus enemigos, no voy a emitir mi opinión propia, sino que voy a leer la de un ex-senador y ex-Ministro de la Francia que conocí en Buenos Aires cuando vino como delegado de las fiestas del Centenario argentino. Pues bien, este caballero volvió al Brasil y a la Argentina, donde dió conferencias sobre los actuales acontecimientos. En una de las conferencias, este distinguido hombre de Estado ha dicho: [Leyó].

Esto es el ánimo, esta es la manera de pensar y de sentir de la nación francesa y también de la nación inglesa.

Nos encontramos, pues, en presencia de una guerra a muerte, de una guerra sin precedentes en la historia del mundo, y cuando se ve, por una y otra parte, como yo he visto y palpado, que estas colosales fuerzas contendientes están animadas por este mismo espíritu, uno pierde toda esperanza de una paz próxima.

Esa es mi impresión. En su oportunidad les manifestaré también la que me produjo el poder de la Alemania, tal como lo he visto por mis propios ojos.

En busca de M. Paul Bourget

Voy a dejar a un lado estos cuadros de guerra y estas ideas tristes, para referirme brevemente a una corta entrevista que tuve con un personaje muy importante de París. Así como en Inglaterra procuré conocer al Cardenal Bourne y al Duque de Norfolk antes de retirarme de Londres, quise también ver en París al Cardenal Amette, primado de Francia, y al famoso escritor M. Paul Bourget.

En uno de mis paseos por París pasé frente a las oficinas de la revista «Ambos Mundos», y como soy un antiguo suscriptor de ella, pasé a conversar con sus directores y empleados y les pregunté por la dirección de M. Paul Bourget, uno de los colaboradores de la revista. Me la dieron, y en seguida yo le dirigí una carta. Pude hacer presente que soy un antiguo y apasionado lector de M. Bourget, como de la mayor parte de los novelistas franceses contemporáneos; conozco desde sus primeras hasta sus últimas producciones; y en la carta que le escribí para solicitar de él una entrevista—porque no quise valerme de ningún personaje oficial—le hago presente esta circunstancia y la de que soy antiguo suscriptor de la revista «Ambos Mundos».

Le dirigí la carta el 22 de Diciembre, en la tarde, y el escritor me contestó el 23, diciéndome que por hallarse enfermo no podía recibirme.

Lamenté mucho el fracaso de la conferencia con M. Bourget, porque tenía muchas cosas que preguntarle y creo que me había hecho algunas referencias interesantes.

Con el Cardenal Amette

Pero el Cardenal Amette, a quien también me

había dirigido, me contestó dando una hora para recibirme.

Me dirigí a ver al Cardenal Amette, que vive a media cuadra de la casa de Paul Bourget, en una calle tranquila y retirada de París, que corre detrás del Palacio de Luxemburgo. El Cardenal tiene sus oficinas como Arzobispo de París, en una calle, y su residencia personal en otra. Yo fuí a a verlo a esta última, a las 3 de la tarde del 26 de Diciembre. Por mis cartas ya sabía mi entrevistado quien era yo y luego después que me recibió entablamos una conversación, de la cual he dejado constancia en unos apuntes que tomé al lado afuera de la puerta, inmediatamente después de retirarme. Creo que es curioso leer estos apuntes. Una de las primeras preguntas que me hizo el Cardenal fué ésta:—¿Es efectivo que el Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Santiago es partidario de los alemanes?

La pregunta me dejó bastante perturbado. Antes de contestar comencé a recordar qué antecedentes podían haber llegado a oídos de Su Eminencia para que me hiciera aquella extraña pregunta. Después recordé ciertos artículos de «La Unión» y algunos rumores que habían corrido, y le hice una larga explicación al Cardenal para dejar las cosas en su verdadero terreno. Creo que fuí feliz en mis expresiones, porque mi interlocutor quedó satisfecho y la verdad en su lugar. En seguida me preguntó la opinión de mi país sobre este conflicto. Era más difícil todavía la respuesta, aunque menos comprometente. Es imposible. Eminencia—le dije—contestar cuál es la opinión de un país. En un país la opinión sobre estas materias no puede ser unánime; yo creo que solamente en los países en guerra la opinión es unánime sobre el conflicto, y aún en estos mismos, cómo ocurre en Inglaterra, no existe por completo esa unanimidad.

Los hechos posteriores han confirmado mis palabras, puesto que Irlanda acaba de dar una nota de-

sagradable, fea en mi concepto, en este horrible conflicto. Pero, en fin, yo le hice al Cardenal Amette una exposición lo más exacta posible de la verdadera manera de pensar de los chilenos respecto de la guerra.

Otra pregunta del Cardenal

En seguida me preguntó cuál era mi propia opinión. Le dije: Voy a contestarle con unas cuantas palabras que Su Eminencia juzgará como quiera.

Soy nieto de un médico inglés que combatió bajo las órdenes del Almirante Nelson, contra las fuerzas de Napoleón I, en el Canal de la Mancha, y que entre los veinticuatro años, cortó sesenta y tantas piernas y brazos en el buque a que pertenecía. Además, he recibido una educación casi netamente francesa. Vengo enviado por el Gobierno de mi patria para hacer estudios sanitarios en todos los países en guerra: vengo de Inglaterra, ahora estoy en París y dentro de pocos días me dirigiré a Alemania.

Eso es todo lo que puedo decir a Su Eminencia.

Las leyes de separación de la Iglesia del Estado

Después comenzamos hablar de otras cosas, entre ellas de los efectos que ha tenido en Francia la aplicación de las leyes del año 1912 sobre la separación de la iglesia del Estado, sobre la repercusión que han tenido en la religión esas leyes.

Como ya he dicho, tengo redactada íntegramente la conferencia con el Cardenal y voy a leer las palabras que sobre esta materia me dijo su Emi-

nencia. Son éstas, “Mayor piedad, mayor actividad, mayor generosidad en los católicos, ahora que antes.

Después de una larga conversación con el Cardenal, éste se puso de pie como para indicarme que deseaba dar término a la conferencia: y habiéndole hecho presente que en años pasados, cuando se inició aquel movimiento anti-religioso que llegó a su máximo en Francia, yo había levantado mi voz desde tan lejos, al otro lado de los mares y las montañas, para hacerme solidario de la causa católica y protestar contra las persecuciones religiosas en aquel país, el Cardenal me lo agradeció sinceramente con palabras que demostraban profunda gratitud, y, rogándome que me pusiera de rodillas, me dió la bendición, que es la más alta demostración de afecto que puede tener un príncipe de la iglesia.

Los teatros de París

Tengo también anotado, entre las cosas de que debía hablar esta noche, un párrafo que se llama “Teatros de París.”

Si pudiera dar todo el desarrollo que pensaba dar a esta parte de mi conferencia, creo que no le habría faltado amenidad.

En efecto, nadie ignora lo que es París en materia de Teatros.

He visto en Nueva York espectáculos para la vista de los más deslumpradores que se pueden imaginar, sobre todo en el Hipódromo que es un teatro con capacidad para 8,000 personas y cuyo proscenio, donde puede ver 800 y tantas personas que tomaban parte en la representación, tiene una extensión de más de 46 metros de ancho.

En esta ocasión estaban representados los 48 estados de la Unión, por diez muchachas cada uno, y que vestían el clásico traje de cada región.

Eran todas jóvenes, rubias, bonitas y bien ataviadas.

En medio se veía el Tío Sam... en un pequeño cabriolet tirado por dos caballos, cuyos arneses eran dos luces eléctricas.

Todo aquello formaba un conjunto deslumbrador, inconcebible, un cuadro que no he visto en ninguna otra parte, ni en Londres, ni en París, ni en Berlín.

He visto en Londres, también en materia de *mise en scene*, cosas maravillosas; pero para conocer el teatro del corazón, que exterioriza las pasiones humanas hasta el máximo, hay que ir a verlo a París. Para ver el teatro perfecto, donde en la escena desaparecen hasta los artificios del teatro y el espíritu adquiere la certidumbre de que está viendo escenas de la vida real hay que ir a París, hay que ir al teatro francés, que es el primero del mundo y la gloria de Francia, de Europa y de la civilización!... (Aplausos).

Una comedia famosa

He sido durante mi vida entera, un apasionado lector de los dramaturgos franceses, sobre todo de los clásicos. Y ¡qué satisfacción tan grande es la de poder ver todavía en estos tiempos las comedias de Molière y las tragedias de Racine y de Corneille, representadas semanalmente como un sentido homenaje al talento inmortal de los padres del teatro francés!

La primera noche, me tocó ver en el Teatro Francés la representación de la famosa comedia «Le monde ou l'on s'ennuie» de Eduardo Pailbron.

La representación entera se me ha quedado grabada con toda claridad en la memoria; parece que estuviera viendo las actitudes, los gestos de los artistas y parece que estuviera oyendo sus palabras.

La protagonista era la famosa madame Lecorete; también desempeñaba un papel importante la Robine, esta hermosa mujer que aparece con tanta frecuencia en las vistas cinematográficas. De los artistas hombres, el mejor de todos era un señor Jorge Perr, que hace furia en París actualmente. Pero lo que se me ha quedado grabado con mayor fijeza, tanto que ocho días después de ver la representación me sorprendía a mí mismo riéndome al recordarlo, fué el tipo de un Senador francés de la tercera República que aparece lleno de condecoraciones en la representación. Este personaje apenas habla, apenas se mueve; pero sus actitudes son tan eminentemente cómicas, tan sin esfuerzo, tan sin artificio, que se queda grabado de una manera imborrable en la imaginación del que lo ve.

Después me tocó ver dos piezas de Paul Hervieux, "El Enigma", y "El Dédalo", que son piezas dramáticas eminentemente contemporáneas que contienen estudios y críticas sociales francesas, al mismo tiempo que universales.

En ambas, la protagonista era Madame Bortel.

Me tocó también ver la comedia "Le Demi Monde" de Alejandro Dumas, hijo, en donde la reina de la fiesta era Cécile Soreil.

¡Que placer tan puro, que emoción tan profunda, para el que asiste por primera vez, es ver una escena del Teatro Francés! El público que asiste generalmente a este teatro es selecto y se distingue del público que va a otros teatros. Yo pude anotar algunas diferencias: en los otros teatros el público he corronpido a los actores, allí les aplauden las exageraciones de la mímica, mientras que en el Teatro Francés ni los actores se permiten la menor exageración de la mímica, ni tampoco el público aplaudiría jamás una exageración en este sentido, porque ello está fuera del arte exquisito y de la tradición de ese teatro.

Pude también asistir a la representación de la famosa pieza de Sardou, «Madame Sans-Gêne», en

donde el papel peincipal está a cargo de la misma madame Réjane, artista vieja ya. pero que conserva aún el soberano arte de las tablas.

Decadencia de los dramas en verso

Asistí igualmente a la representación del «Cyrano de Bergerac», en el Teatro de la Port Saint Martin.

A este respecto voy a hacer una declaración sincera. Después de asistir al Teatro Francés y ver representada la vida real por personajes reales, sin artificio ni en las palabras, ni en la declamación, ni en nada, uno casi no puede soportar el artificio del versos. Los versos se aplauden cuando se oyen en el idioma propio y son mu y hermosos; pero en la escena, el verso casi no es soportable. El artista que hizo de Cyrano de Bergerac, Le Bary, hizo prodigios, recitó los versos con maestría maravillosa; pero el público permaneció tranquilo: no gustaba del artificio, porque está acostumbrado a la neutralidad en la escena. Y tengo para mí que las piezas dramáticas en verso van a desaparecer poco a poco en Francia y quedarán sólo las tragedias clásicas de Racine y de Corneille, como monumentos de la lengua francesa. No creo que los modernos autores vayan a escribir sus obras dramáticas en verso; ya monsiuer Rostan está muy de capa caída en el concepto público francés y aún puede decirse que ha muerto definitivamente. Sin embargo, sus piezas como el «Cyrano de Bergerac» aún se mantienen en los carteles.

La misa de Pascua en París

No puedo alargarme más sobre el particular y voy a terminar relatando una pequeña anécdota de carácter religioso. El día 24 de Diciembre, víspera de Pascua, quise ir, en París, lo mismo que acostumbro en Santiago, a la misa de media noche, que aquí llaman Misa del Gallo y que allá llaman Misa

de Noel, Salí del Hotel Crillon en dirección a la iglesia de la Magdalaine, una hora y cuarto antes de las 12, tiempo que juzgué suficiente para llegar a una hora oportuna. Cuando llegaba a la iglesia ví una gran cantidad de personas que estaban convenciendo a los guardianes de que debían dejarlas pasar, pero éstos les decían;—No podemos permitirles la entrada porque los asientos están ocupados desde las 8½ y tenemos orden de no dejar entrar a nadie. Yo conocía hasta entonces tres iglesias más en París: Notre Dame, Saint Germain L'Auxerrois y Saint Germain des Pres. Entonces tomé un fiacre y le dije al conductor:—Ligero a Saint Germain L'Auxerrois. Al llegar me encontré con escena igual a la anterior: no se dejaba entrar a nadie. Me fuí entonces a Notre Dame; pero allí no había Misa de Noel. De ahí me dirigí a Saint Germain de Pres, donde me encontré con la misma escena que en la iglesia de la Magdalaine, y allí también me dijeron:—En todas las parroquias los asientos están tomados desde las 8½ y como aquí no se permite a nadie permanecer de pie, ya no es posible entrar. Tuve, pues, que volverme al hotel.

Al día siguiente temprano, a las 9-30 más o menos, me dirigí a Notre Dame porque allí iba a tener lugar la gran misa solemne de Pascua. La descripción de esta Misa de Noel en Notre Dame y también la de este monumento religioso tan célebre, que data desde la dinastía de los Merovingios, sería materia de otra conferencia.

La próxima conferencia

Como mi voz está ya gastada y siento fatigadas la imaginación y la memoria, después de esta serie de conferencias, a fin de darme algunos días de descanso y preparar los apuntes y documentos de la próxima, en que entraremos a Alemania, me permito advertir que ella no tendrá lugar hasta que no se anuncie por la prensa.



CUARTA CONFERENCIA

Las noticias de Alemania.-Su interés especial

No se me oculta, señores y señoras, que estas conferencias sobre Alemania tienen en la hora actual un interés especialísimo. Aislado este país del resto del mundo desde hace dieciocho o diecinueve meses y sorprendido a su vez el mundo de la resistencia a todo trance y, por decirlo así, hasta ahora victoriosa de este grupo de naciones, contra el cual directa o indirectamente combate el resto del planeta, la persona que ha logrado entrar a Alemania y ver muchas cosas y oír también muchas de buena fuente y que después vuelve al seno de su patria, como ocurre conmigo en este caso, es natural que sea rodeada por todos los que desean saber algo del misterio que rodea a este grupo de naciones aisladas.

Es lógico, por eso, que una conferencia o conversación anunciada sobre Alemania haya despertado tan señalado interés, en primer lugar entre los que la admiran y simpatizan con ella; en segundo lugar entre los que le son hostiles y, en tercer lugar, y con mayor razón, entre todos los ciudadanos alemanes, privados durante mucho tiempo de noticias de

su país y que vienen a tenerlas aquí de buen origen y sin exageración ninguna. (Aplausos).

Me propongo ser, especialmente esta noche, sólo un fonógrafo y un cinematógrafo, con lo cual quiero significar que no voy a ser sorprendido—así lo espero—emitiendo opiniones personales comprometidas.

Sólo voy a repetir lo que me han dicho, poniéndolo en boca de quienes me lo han referido; voy a trazar a grandes rasgos los cuadros que he visto y cuya exactitud será comprobada de un modo especial por los mismos alemanes.

Quisiera, como en noches anteriores, conducir a mi lado durante mi viaje y por eso voy a dar también a esta conferencia un carácter descriptivo.

Salida de París

Salí de París en dirección a Alemania el 30 de Diciembre con la contrariedad de no haber podido hacer estudios sanitarios ni haberme podido acercar a los campamentos del Ejército francés a causa de que no llegó oportunamente—como ya lo expresé en noches anteriores la respuesta a la solicitud que se elevó para que yo fuera incorporado a alguna ambulancia.

A las 8 30 P. M. del día ya indicado tomé el tren en la estación de Lyon y me dirigí al Sur, hacia una ciudad fronteriza de la Suiza.

En el viaje fuí acompañado únicamente por el secretario de la Embajada española en Berlín, el señor Alfonso Fiscovich. El encuentro con este caballero fué bastante agradable.

El me dijo que había salido de Madrid cuatro días antes, que llevaba cuatro noches consecutivas de viaje por ferrocarril y que debía llegar a Berlín el día siguiente.

Como puede suponerse, conversamos largamente

sobre Alemania; Fiscovich, desde sus primeras palabras me desvaneció la idea, bastante generalizada en el mundo, de que Alemania estaba escasa de alimentos. Me desvaneció igualmente la idea que yo me había formado por la reiterada lectura de diarios franceses e ingleses, de que en Berlín había habido serios disturbios ocasionados por la razón A o B. El había salido de Berlín pocos días antes y había sido testigo de la tranquilidad de la vida en esa capital durante los últimos meses. (Aplausos).

A las 8 de la mañana del día siguiente llegamos a la ciudad de Ginebra.

Antes de seguir adelante, debo decir que en París, se me habían exagerado mucho las dificultades con que iba a tropezar para salir de Francia y entrar a Suiza, a causa de los minuciosos registros a que iba a ser sometido. Todas eran fábulas: las facilidades que encontré a la salida de Francia y a la entrada en Suiza fueron las mismas que había encontrado en el resto de mi viaje.

La Suiza es, como se sabe, un país que tiene cuatro o cinco grandes ciudades que son el lugar de veraneo preferido por los habitantes de la parte central de Europa.

En Ginebra

La ciudad de Ginebra, célebre en la historia de Suiza, está situada en la extremidad Sur del lago de su mismo nombre, o de Lemán, del cual se desprende el Ródano, que pertenece en la mayor parte de su curso a Francia.

Una de las cosas que me llamó más poderosamente la atención en Ginebra, aparte del tradicional, del meticuloso aseo de la ciudad, cosa que se observa en todos los pueblos de Suiza y Alemania, fué ver la gran cantidad de aves que hacen vida

común con los habitantes. A esa hora, las sirvientes de las casas próximas al lago abrían las puertas y ventanas y una bandada de 500 a 600 aves blancas revoloteaban por el aire y se acercaban a las ventanas para que les tiraran migas de pan.

Después me fui a andar por las orillas del lago y con grata sorpresa, me vi seguido por unas dos docenas de cisnes que me iban pidiendo, por decirlo así, que les rrojara también el acostumbrado alimento. Esa costumbre hermosa de considerar y tratar bien a las aves, que está tan generalizado en toda Europa, sorprenden al viajero, sobre todo al que va de estos países donde existe la costumbre, especialmente entre los niños, de mirar como enemigos a las aves.

Para llegar pronto al objeto principal de esta conversación, pasaré por alto mis impresiones sobre Suiza. Me limitaré a decir que visité algunos colegios magníficos, porque tenía intención de colocar allí, más tarde a mis hijos.

Partida a Alemania

El 1º de Enero de este año, tomé el tren en Friburgo para dirigirme a Schaffhausen, el último pueblo fronterizo de la Suiza. Allí, conforme a instrucciones recibidas de personas que debían saber muy bien las cosas; tuve el cuidado de sacar de mis maletas todos los papeles; porque se me dijo: «Si usted quiere entrar a Alemania sin tropiezos, despójese primeramente de todo papel escrito». Dejé, pues, todos mis papeles en el hotel de Schaffhausen y el domingo 3 de Enero tomé el tren con la intención de entrar en Alemania por el pueblo de Gotmadingen.

Yo andaba con un pasaporte especial otorgado por el señor Edwards, nuestro Ministro en Inglaterra.

Este pasaporte tiene, como Uds. lo ven, (muestra el pasaporte) bastantes sellos de todas partes de la Europa, y son tantos, que más tarde, al entrar a Italia, el funcionario encargado de revisarlo, me dijo: «Aquí no hay dónde poner más sellos». Yo me alegré mucho de esa observación, porque había también sellos de Varsovia, de Berlín, etc. y eso podía despertar la sospecha de los empleados de la aduana. Yo mismo dí vuelta entonces al pasaporte y el funcionario le puso su visto-bueno al respaldo.

En la frontera Alemana

En el carro en que yo había subido, para dirigirme a Alemania, no había más que siete personas con la intención de entrar al territorio alemán; eran negociantes suizo-alemanes, que deben haber sido muy conocidos de las autoridades alemanas, porque los dejaron entrar solo con una revisión muy somera de sus pasaportes. Por ser extranjero, a mí me dejaron para el último. En la pequeña aduana del pueblecito donde estábamos había siete oficiales alemanes: Eran los primeros cascos prusianos que veía. (Manifestaciones de regocijo en el auditorio).

El que tomó mi pasaporte para revisarlo, era un sub-oficial, y cuando vió que yo venía de Londres y que había pasado por París, puesto que allí estaba el sello del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, llamó a los demás y se formó un conciliábulo entre todos ellos. Hablaban en su idioma y yo no les entendía nada, porque hasta en ese momento, debo declararlo, no había hecho sino estudios muy sumarios del alemán. En París había contratado los servicios de un profesor de alemán, que me alcanzó a dar sólo cuatro lecciones. Al terminar la última, le dije: «Me ha pasado con el

alemán, lo que le pasa al bañista cuando entra por primera vez al agua, en una playa con mucho declive: primero le llega el agua a la rodilla; después, a la cintura; en seguida, al pescuezo, y, por último, pierde pie. Igual cosa me ha pasado a mí: la primera lección fué muy fácil; la segunda difícil; en la tercera casi me he ahogado, y en la cuarta, me he sumergido por completo. Suspendamos mejor el aprendizaje.»

Vuelta a Suiza

Los oficiales miraron con mucho cuidado este pasaporte, y después de largos conciliábulos, me dijeron: «Señor, su pasaporte no está en dibida forma: Le falta la firma del Cónsul alemán en Zurich y la del Cónsul chileno.»

Yo les dije que no tenía ánimos para volver atrás.

Hab'amos en francés. Todos los oficiales hablaban el francés y un sub-oficial, el español, con toda corrección. Este, con gran sorpresa de mi parte, me dijo que había estado en Santiago, cuando nos visitó el Príncipe Enrique de Prusia. Me agregó que conocía el Parque, la Alameda; el Santa Lucía, etc., etc.

Creí que el hecho de haber encontrado un sub-oficial que hablaba el español, me facilitaría grandemente el paso por la frontera. Pero no fué así, porque, apesar de la petición que hice, en los más expresivos términos posibles, no pude conseguir el quebrantamiento de las órdenes que tenían los empleados de la aduana; y hube de regresar a Zurich, donde, después de mucho trabajo, logré hacerme retratar, como hera de regla, y todavía el notario público de la localidad tuvo que certificar que éste era mi retrato. (Muestra una fotografía).

Fa'taba también el sello del Cónsul chileno en Zurich.

Me costó mucho dar con él; pero al fin lo encontré y me selló el pasaporte. Una vez que tuve mi pasaporte en toda forma, me dirigí nuevamente a Gottmandinge.

Registro personal para entrar a Alemania

Allí fui somtido yo y mi equipaje, a un registro minucioso.

No me dejé que me metieran las manos a los bolsillos, como me habían dicho que lo harían, pero, con muy corteses palabras, me pidieron que sacara mi cartera del bolsillo con mis propias manos. (Risas).

Saqué la cartera.

Yo había cambiado libras esterlinas por billetes alemanes en Zurich, y todos los billetes fueron mirados contra la luz, por los oficiales. Fuera de los billetes, no tenía más que tarjetas de visita.

En el necesaire yo llevaba cuatro libros: los dos tomos de un diccionario español-alemán, y una gramática en la misma lengua, y, además, un pequeño libro de misa.

Entonces me dijo uno de los oficiales: «Ud. no puede entrar con impresos en Alemania. Es imposible.»

—Pero señor, le contesté, yo no sé sino unas cuantas palabras alemanas y tengo que ayudarme con el diccionario. Ahora, si Uds. me lo quitan, me van a dejar absolutamente desarmado.

—Así será, me dijeron, pero hay que cumplir las reglas establecidas. Y me quitaron el diccionario y la gramática.

Examinaron enseguida el pequeño libro de misa. Lo tomaron con mucho respeto, lo abrieron y encontraron dentro de él una flor de madre-selva y algunas hojas secas.

Uno de los oficiales me hizo una pequeña broma,

y yo entonces le contesté: «No, señor; no piense Ud. mal.

Si esas flores de madre-selva tuvieran el origen que Ud. está sospechando, no estarían dentro del libro de misa. Me las ha enviado de Chile la mayor de mis hijitas. El oficial se sonrió. En seguida, devolviéndome el libro de misa me dijo: «Este impreso sí que puede entrar en Alemania!»... — (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Brindis por el Kaiser

Libre ya de la aduana, nos fuimos a un pequeño hotel, modesto, pero muy limpio, que había en las inmediaciones. Allí intimidamos mucho más con los oficiales alemanes; ya se habían desvanecido sus desconfianzas y entramos en una franca camaradería. Uno de ellos era casado con una niña cubana y naturalmente hablaba el español; casi todos los demás hablaban el francés. Estuvimos bebiendo cerveza hasta la 1½ de la mañana. A esa hora, el patriotismo los obligó a brindar por el Kaiser, y yo, de igual manera que en Inglaterra había brindado por el Rey, y en Francia por la República, en esta ocasión brindé también por el Kaiser. Me acuerdo que les dije en esta frase:

Wir Deutsche fürchten Gott, sonst nichts in der Welt (1), que los alemanes que me escuchan sabrán comprender.

En dirección a Berlín

Esa misma noche, los oficiales alemanes discutieron entre ellos la ruta que yo debía seguir para

(1) «Nosotros los alemanes tenemos a Dios y a nadie más en el mundo». (Palabras de Bismark).

llegar a Berlín y me dieron un itinerario de viaje hecho por ellos mismos, según el cual debía de dirigirme por Baden para seguir después a Frankfurt y llegar, por último a Berlín.

A las 10 de la mañana del día siguiente, partí al interior de Alemania en el mismo convoy suizo que me había conducido hasta allí. Esa parte de la de la Alemania es una altiplanicie constituida por una agrupación de contrafuertes del Jura; de manera que apenas hubimos avanzado unos 10 o 12 kilómetros el tren comenzó a bajar. Llegamos a la estación de Suigen, donde quedó el convoy suizo y pasamos a ocupar uno alemán. Pude anotar que casi no hay diferencia entre el servicio de ferrocarril de Alemania y el de Suiza; ambos están organizados en la misma forma y tienen carros de primera, de segunda y de tercera clase. Es de advertir que la diferencia entre los de primera y tercera clase, es casi imperceptible.

En la estación de Suigen, me encontré con un estudiante brasilero que tomó el tren junto conmigo. Vió que me esforzaba por hacerme entender del mozo que me había llevado las maletas y comprendiendo que yo no hablaba el alemán, me dijo: «¿Cómo se atreve Ud. a entrar en Alemania en esta época, sin saber el alemán? Lo van a tomar preso seguramente...»

Le contesté: «Ojalá que así sea, porque eso me proporcionaría una nueva emoción y yo ando en busca de emociones!! El joven me agregó. «A mi ya me han tomado preso cuatro veces, pero me han puesto en libertad pocos momentos después.»

Este joven brasilero fué un excelente y simpático compañero durante las primeras horas de mi viaje.

Pronto el tren entró a la selva negra; ya habían desaparecido los abruptos contrafuertes del Jura, y comenzamos a descender por medio de grandes montañas cubiertas de pinos, en donde no hay una pulgada de suelo que esté perdida, porque los que

explotan esos terrenos han plantado árboles hasta en las mismas grietas de las piedras.

El tren comenzó a bajar rápidamente, y mirando hacia atrás se podían divisar hasta cuatro túneles seguidos, como ocurre en la cuesta del Tabón. Eso sí que aquellos parajes eran tan pintorescos, que nuestros escuetos y estériles cerros no podían compararse con ellos.

En esa misma quebrada, por donde bajaba el tren, hay una serie de pueblos industriales que se han formado alrededor de fábricas que aprovechan la fuerza de la caída de agua que allí se producen. Estos pequeños pueblos se sucedían a cada momento: veíamos unas quince o veinte de estas poblaciones de carácter industrial. En cada una de ellas subían al tren algunos soldados alemanes admirablemente equipados.

Iban a dejarlos sus familias a las estaciones y pude notar que, en el momento de la despedida, no había sollosos ni lágrimas, ni exasperación alguna en la expresión de los naturales sentimientos: un apretón de manos, un abrazo, y nada más... (Aplausos).

En el tren hice amistad con un caballero que iba en el mismo departamento conmigo. Resultó ser un profesor de ginecología de la Universidad de Frankfort. Yo le expliqué quién era; y a los pocos minutos, talvez por las circunstancias de ser colegas en cierto modo, habíamos intimidado bastante. Me invitó a quedarme aquella tarde en Frankfort, y visitarlo en su casa. Decliné la invitación a causa del poco tiempo que disponía para recorrer la Alemania.

Trasmontados los grandes contrafuertes de la Selva Negra, penetramos al Danubio en sus orígenes, donde no tiene sino unos cuantos metros de anchura; llegamos a la parte plana del Gran Ducado de Baden.

Los campos de Alemania

Debo hacer presente que yo no había visto el campo francés, porque me tocó atravesar de noche desde Dieppe a París, y de París a la frontera suiza; debo advertir igualmente que el aspecto del campo inglés es muy distinto de los otros países europeos, porque está dividido por cercos en todas direcciones. Por eso mi sorpresa fue grande cuando entré al Gran Ducado de Baden y vi que en los campos no había ninguna señal de división; ni un cerco vivo, ni un foso, ni señal alguna que indicara límites y subdivisión de la propiedad.

En ninguna parte se ven casas aisladas, siempre hay grupitos de unas seis, ocho o diez pequeñas casas reunidas en torno de una iglesia, cuyo alto campanario parece protegerlas a todas maternalmente. En esas casas viven los propietarios de los campos inmediatos y de ellas parten en las mañanas a las labores de labranza y vuelven por la tarde a descansar.

Otra cosa igualmente me llamó la atención. No divisaba animales sueltos en los campos, no había bueyes, ni caballos, ni ovejas, etc. Y habría creído que en toda la Alemania no había una sola cabeza de ganado, si no hubiera sabido que por ser tiempo de Invierno estaban todos a pe-sebrera.

Es de advertir, y así lo hice notar al profesor de Frankfort, que los pueblos y los campos, en todo lo que la vista alcanzaba a dominar, se veían bastante solitarios. A lo más, algunas mujeres, niños e ancianos araban el suelo con yuntas formadas por vacas.

Se veía claramente que los hombres jóvenes en su totalidad habían sido llamados al cumplimiento de su deber patriótico.

Excusado es advertir que el mismo cuadro ofrece el resto de la Europa.

No había más que una gran propiedad, en todo el camino que recorrimos, que estuviese separada del resto por cercos de alambre: pertenecía al gran duque de Baden, y era un bosque de crianza de ciervos.

En Karlsruhe, capital del ducado, pude además admirar la primera gran estación de ferrocarriles alemana.

A las 3 de la tarde pasamos por Heidelberg, célebre por su Universidad y por su castillo.

A las 5, por Darmstadt; y entrada ya la noche, se detenía el tren en la enorme y bien iluminada estación de Frankfort, donde debía tomar el nocturno para Berlín, a las 11.30 de la noche.

La alimentación en Alemania

Después de recorrer la brillantísima calle que conduce de la estación al centro de la ciudad, y que se llama Kaisersstrasse, busqué un restaurant a donde ir a comer. Encontré uno que tenía por nombre «Der Yunge Krocedil» [el joven cocodrilo].

Al hablar de esta primera comida en Alemania, ya entro de lleno al interesante tema de la alimentación en ese país, que es una de las cuestiones más debatidas en la prensa de los países aliados y que, lo supongo, debe interesar de un modo especial a este distinguido auditorio.

¿Es cara o es barata? ¿Es abundante o es escasa la comida en Alemania?

En vez de hacer apreciaciones teóricas, lo mejor es atenerse a los hechos concretos.

Debo advertir que aquel día, por ser Martes, era día de abstinencia de carne en todo el Imperio germánico, como lo era también los días Viernes, por ley dictada algunos meses antes de la fecha a que me refiero.

Ya en la mañana de ese día, el conductor del

tren personalmente me había presentado, a las 12, una pequeña canasta que contenía el siguiente menú:

Una taza de sopa.

Un pescado entero.

Una rebanada de pan con queso.

Mantequilla.

Tres manzanas.

Media botella de vino blanco.

Todo esto por el precio de 1 marco 75 pfennigs.

Como Uds. ven, tuve la curiosidad de copiar este menú y su ínfimo precio en este pequeño papel que estoy mostrando

Vamos a ver ahora lo que me sirvieron en el restaurant del joven cocodrilo de Frankfort, Kaiserss. trasse número 55.

El mozo me había preguntado, en francés, qué deseaba yo que me sirviera de la larga lista de biandas (en alemán que me presentaba.

Por supuesto que yo lo dejé en completa libertad de elección.

Al cabo de un rato se presenté, no diré con un plato, sino con una verdadera fuente que ostentaba todos los colores de arco-iris; y de tal manera llena, que había no sólo para una persona sino para toda una familia.

Tuve la curiosidad de copiar en este mismo papelito que aquí les presento uno a uno todos los ingredientes de ese plato alemán.

Helos aquí:

Croquetas de pescado; macarrones; coles, castañas; dos grandes bolas de harina; betarragas; papas; berros; acelgas guisadas.

El precio de todo era 1 marco 20 pfennigs.

Me serví además agua mineral por 30 pf.; una taza de café con leche, por 20 pf.; pan por 5. Debo advertir que el café tenía poco gusto a tal, y me inspiró serias dudas acerca de su legitimidad.

Terminada la comida, pasé unas dos horas en un cinematógrafo.

A las 10. 30, más o menos, poco antes de dirigirme a la estación, tomé dos tazas de café con leche y cinco grandes galletas, por el precio de 45 pf.

Esta es la primera experiencia que hice en Alemania, sobre este punto capital de la alimentación.

Después había de hacer muchas otras más.

Pero, en vez de seguir adelante con mi narración y pasar a otro tema, me parece conveniente agrupar en un solo párrafo, por decirlo, así todo lo referente a la alimentación.

Aquí tengo (mostrando al público un gran legajo) cuentas de los siguientes hoteles europeos: Savoy Hotel, Berkeley Hotel, de Londres; Western Hotel, de Southampton; Price Wales Hotel, de Edimburgo; Kings Arm Hotel, de Stranraer; Shelbourne Hotel, de Dublín; Hotel Crillon de París; Hotel Bellevue, de Ginebra; y a varios otros de Suiza. Pues bien, hecha la comparación entre todos ellos, y el Hotel Bristol de Berlín, los precios de las piezas y de la comida, resultan más moderados en este último que en todos los demás.

Pongo estas cuentas a disposición de los curiosos que quisieran constatar por sí mismos los diferentes precios y la exactitud de mis afirmaciones.

En cuanto a los precios mismos del elegante hotel de Berlín, el Bristol, he aquí los menús (o speisenfolge) correspondientes al almuerzo y a la comida del día 5 de Enero. Cada uno contiene catorce platos y cuestan: el almuerzo cinco y la comida seis marcos.

He aquí un menú (mostrando al público) de la ciudad de Thorn, en la frontera de Polonia. La lista es interminable y los precios bajísimos.

Ved todavía estas otras dos listas del famoso Restaurant «Linden», de Berlín, situado en Unter der Linden 44.

Una de estas listas corresponden al día Viernes, o sea de abstinencia de carne.

Estas grandes rayas transversales que veis sobre el papel, simulan el consumo del día, cuarenta y

siete platos de carne. Pero todavía quedan a elegir, para el consumidor, los he contado cuidadosamente: sesenta y tres platos sin carne.

Esta otra lista, en la cual se pueden contar más de un centenar de platos, ofrece el interés particular de que aparecen los precios de antes de la guerra y litografiados al lado los precios actuales.

Así podemos ver que varios platos han subido a causa de la guerra de 1.10 a 1.50; de 1.20 a 1.60; de 1.50 a 1.75; de 1.75 a 2.25; de 1.60 a 2.00; de 1.75 a 2.00; de 1.50 a 1.75.

En cuanto al precio del alojamiento, puedo asegurar que mi departamento en el Bristol Hotel, de Berlín, compuesto de un salón, dormitorio y pieza de toilette, con gran ventana a la calle de Unter der Linden, me costaba vetiún marcos diarios; y el que tenía en el Hotel Savoy de Londres, compuesto únicamente de dormitorios y salón, y en el interior del edificio, me costaba veintiún chelines.

Juicio de un alemán sobre la guerra

Esclarecido el punto de la alimentación, continuaré mi viaje a Berlín.

En el tren nocturno de Frankfut a Berlín y en un mismo camarote, tuve de compañero de viaje a un caballero alemán de unos 38 años de edad.

Este señor era abogado y durante diez años había tenido una oficina profeional en París en compañía de un abogado francés y de otro inglés. Como es natural, la guerra había obligado a los tres socios a separarse materialmente, pero la firma seguía su marcha; la compañía no había sido disuelta; y através de todas las dificultades impuestas por el conflicto, ellos estaban en comunicación. Más aún, los otros compañeros trabaja

ban en algunas causas relacionadas con la guerra misma.

Este caballero hablaba de la guerra con verdadero horror: la condenaba; *c' est une betice* esta guerra, me decía. La consideraba por todos lados y no le hallaba ventaja para ningún país de la Europa. Renegaba de la guerra; pero, al mismo tiempo, consideraba que Alemania no había sido la provocadora del conflicto, sino simplemente una víctima.

Llegamos a Berlín a las 9 de la mañana del 6 de Enero, y por recomendación de este mismo caballero, de la estación me dirigí al Hotel Bristol, ubicado en el Unter der Linden.

Después de estar dos horas en el hotel, salí a la calle para ver por primera vez la ciudad.

El Unter der Linden es una calle de unas quince o dieciocho cuadras de largo, que se extiende entre lo que se llama la Puerta de Brandeburgo y el Palacio Imperial.

Al otro lado de la Puerta de Brandeburgo, que es uno de los monumentos célebres de Berlín, hay grandes jardines, y allí también se encuentra gran parte de los edificios públicos de Berlín, como el edificio del Reichstag y el severo edificio del Estado Mayor General alemán, donde se conciertan todos los planes de campaña. Este edificio llama la atención por su sencillez extraordinaria, tanto interior como exteriormente. Pude notarlo porque lo visité varias veces. Frente al Palacio del Reichstag se levanta el monumento de Bismark, y frente al del Estado Mayor se alzan las estatuas del Mariscal Moltke, el ganador de la campaña del 70, y de Roon, el preparador y el organizador del ejército alemán en aquella época. La del Mariscal Moltke es una estatua sencilla; el héroe se halla en una actitud de simple observación, pero tiene una mirada profunda y de una naturalidad extraordinaria.

Allí también se encuentra el palacio del Kron-

prinz; el templo luterano, la iglesia de Santa Eduvigis y el Palacio del Emperador, que es un edificio macizo, enorme, coronado por una hermosa cúpula dorada, que resplandece a los rayos del sol, llamando poderosamente la atención.

Como es sabido, Berlín es una de las más grandes y hermosas ciudades del mundo.

Durante los tres primeros días que estuve en Berlín, me dediqué exclusivamente a conocer la ciudad.

Al mismo tiempo que visitaba la gran ciudad, conociendo sus principales edificios y monumentos, procuré penetrarme del espíritu que dominaba en ella con respecto al resultado de la guerra.

La concurrencia masculina en los teatros

Fuí primeramente al Winter Garten, que es un teatro colosal, de poco fondo, pero tan ancho que los actores deben hacer grandes esfuerzos para ser oídos en los extremos.

Cuando entré a ese teatro, la función había entrado ya y la sala casi estaba a oscuras.

Fuí guiado hasta mi asiento por un empleado que llevaba una linterna en la mano, y que me dirigió la palabra en alemán. Yo le dije que no le comprendía y que me hablara en francés. «¿Es Ud. francés?», me preguntó entonces. No soy francés; soy chileno», le dije. «¿Chileno?» «Sí, chileno, de Sud-América.»

Me dejó en mi asiento, que quedaba al lado de dos o tres sillas desocupadas.

Terminó la parte del programa que se desarrollaba en esos momentos en las tablas y a los pocos minutos se vino a sentar a mi lado un joven alemán, joven muy bien parecido. Me preguntó en correcto francés: «¿Es usted chileno?» «Sí,

señor. ¿Y cómo lo ha sabido Ud.? «Me lo acaba de decir el portero, me contestó...» ¿El portero se lo dijo? ¡Qué curioso! ¿Y usted, quién es?» le pregunté.

—Yo pertenezco a la Compañía de variedades que funciona en este teatro, y acabo de representar mi papel, y llenar mi parte en el programa.

Tengo el número tal...Le voy a explicar por qué me he venido a sentar a su lado: Tengo algunos bonos a oro de la Caja Hipotecaria de Chile, y apenas supe que usted era chileno, quise venir a saber noticias de esos papelitos... [Hilaridad].

Ustedes pueden suponer con cuanta atención e interés pasearía mis miradas por la concurrencia, durante los entreactos, a fin de establecer comparación con lo que había visto en otros países en guerra.

Rara vez había visto hombres jóvenes vestidos de civiles en los teatros parisienses.

En los teatros de Londres puedo decir que el 40 por ciento de la concurrencia, a lo menos en ciertos teatros, era compuesta de soldados. Pues bien, en el Winter Garden de Berlín, por donde veía, al lado de los hombres de edad madura, mozos jóvenes vestidos de civiles, y que, por consiguiente no habían sido llamados a las armas. Análoga observación hice también en los tranvías, en los ferrocarriles, en todas partes donde había aglomeración de gente.

Creo no exagerar si afirmo que acaso la tercera parte de la concurrencia de aquel teatro estaba compuesta por muchachos de edad militar.

Coméntese como se quiera este hecho, pero conviene no dejarlo pasar en silencio.

Habiéndole hecho esta observación, al día siguiente, a un chileno cuyo nombre no quiero dar, él me dijo: «Yo también había notado lo mismo muchas veces; pero suele decirse que en Berlín hay muchos militares jóvenes con permiso, que visten de paisanos». Después pude convencerme de que

esta teoría era admisible, por que los reglamentos alemanes prohíben a los soldados vestir otro traje que el militar.

En el teatro Metropole, donde se representaba una opereta de mucha actualidad en aquella época, "La Kaiserina" y en la Gran Opera, donde se daba el Buque Fantasma de Wagner, vi igualmente muchos hombres jóvenes vestidos de civiles.

De este modo, y poco a poco, se me iba descorriendo el velo con que hasta entonces había estado cubierta Alemania y ahora se me estaba desvaneciendo la otra preocupación, formada por la lectura de la prensa de todo el mundo, de que la Alemania estaba exhausta de hombrer. Por consiguiente, tenían que ser también imaginarias las cifras que cien veces había leído acerca de las bajas del ejército alemán. Porque, si como lo afirmaban sus adversarios, las bajas de los imperios centrales llegaban a la cifra de 10 a 11 millones, era evidente que Alemania habría llamado a las armas a todos los hombres jóvenes. Y como yo estaba viendo que aquello no había ocurrido hasta ese momento, era evidente que la cifra de 10 millones era exagerada.

Las bajas de la guerra

En efecto, algún tiempo después, un oficial del Estado Mayor alemán me dió las cifras verdaderas.

No tengo el derecho de leerlas, aunque las tengo apuntadas; sólo puedo comunicarlas a las oficinas militares de Chile. Pero puedo expresar que son muy inferiores a las que se han circulado por todo el mundo. Ultimamente he visto sobre esta materia una estadística transmitida desde Amsterdam a los diarios ingleses que se acerca un poco a la verdad.

La potencia económica de Alemania

¿Cómo han podido los alemanes hacerle frente al cambio sustancial que el bloqueo de los aliados tiene que haber impuesto necesariamente a su vida económica y a su vida industrial?

Es este uno de los fenómenos más extraordinarios de la guerra actual y de la historia contemporánea.

Cuando Inglaterra decretó el bloque general de los imperios centrales y de Turquía, cuando aisló comercialmente a este grupo de naciones del resto del mundo, todos los sabios economistas franceses, ingleses, italianos y rusos, que los hay y muy eminentes, aplicaron al caso de Alemania, Austria y Turquía, porque estas tres naciones no forman sino una sola entidad, todas las reglas hasta ahora conocidas de la economía política y predijeron para esos países un agotamiento paulatino, que debía llegar a su máximo en una fecha precisa y determinada.

Pero no contaban absolutamente con los prodigios que puede realizar, contra las leyes hasta ahora conocidas de las ciencias económicas, una organización industrial y una disciplina nacional como las que caracterizan a la Alemania, y le dan un sello tan peculiar entre las grandes naciones del mundo.

Industrialmente considerado, puede decirse que este país no es más que una sola e inmensa fábrica. Recuerdo la impresión profunda que este aspecto del país me producía, mientras viajaba entre Berlín y la frontera de Bélgica. Por todas partes sólo veía verdaderos bosques de chimeneas de innumerables fábricas.

Ahora bien, este gran país que inundaba al mundo con sus productos y que vivía del comercio que le facilitaba su enorme flota mercante disemi-

nada y secuestrada por todo el mundo o inmovilizada en sus propios puertos? ¿De dónde saca ahora Alemania la inmensa riqueza que necesitaba llevar de los cinco continentes del globo para su mantenimiento económico? La respuesta sería sumamente larga y complicada; y ella rompería el marco de esta sencilla y superficial conversación.

Yo formulé esta misma pregunta a la persona de mayor competencia a quien podía dirigirme dentro del imperio alemán, nada menos que al Ministro de Finanzas del Imperio, el doctor Aelfferich.

Tuve con este personaje una conversación de hora y cuarto, en presencia del Ministro de Chile señor Cruchaga. En la calle y en cuanto salí del Ministerio de Finanzas tomé algunos breves apuntes de esta interesante conversación. Al día siguiente, los desarrollé en el hotel y como se refieren a declaraciones de inmensa trascendencia, creí prudente someterlas a la revisión del señor Crucha, quien me dijo que estaban tomadas con toda fidelidad.

Con von Helfferich

Pedí al Ministro que me dijera algo sobre la transformación violenta que había experimentado la Alemania industrialmente para poder vivir y hacerle frente al conflicto. Von Helfferich me hizo recordar el blok que forman ahora los tres grandes imperios a través de la Europa Central y que se encuentran comunicados desde el Mar del Norte hasta cerca del Golfo Pérsico por un ferrocarril que los atraviesa. Contemplad el mapa que da una idea de la nueva entidad económica y militar que se ha formado en Europa mediante el bloque de los aliados.

El da también idea de la unidad geográfica de estos tres imperios, de los territorios que han con-

quistado y de las dificultades graves que existen para que los aliados puedan realizar todo el programa que se ha trazado.

Aquí puede verse que, si bien es cierto que Alemania antes de la guerra necesitaba exportar e importar millones de toneladas de mercadería para recibir en retorno el oro necesario para atender a las necesidades de su inmensa población de setenta millones de habitantes, ahora en cambio, compensa esa deficiencia con otras partidas.

Ha incorporado, por el momento, a su vida económica a la Bélgica casi entera; el Norte de Francia; una grande y rica parte de la Rusia; la Serbia entera; y los dos imperios aliados, que antes eran clientes de todas las naciones, son ahora sus clientes exclusivos.

La vida económica de Alemania ha sido beneficiada también mediante la unión ferroviaria de este país con el Imperio turco.

Desde el 15 de Enero, fecha en que yo me encontraba en Berlín, se puede ir de esta capital hasta Constantinopla, en un tren de primera clase, magníficos carros salones y dormitorios. El tráfico, naturalmente no está entregado al público con toda libertad, pues, no se puede viajar sin pasaporte.

El ferrocarril sigue al Asia Menor por Turquía Asiática y Arabia hasta llegar cerca del Golfo Pérsico.

Este mapa demuestra también claramente cuáles son las proporciones de la lucha que presencia el mundo. No sólo se combate en Europa por la hegemonía del continente, sino que hemos visto extenderse poco a poco la guerra a los Balkanes, a la Turquía Asiática, después a la Arabia y a la Persia. ¿Por qué? Este mapa lo indica con toda claridad. Esa gran mancha rosada que estábamos mirando hace un momento, comprende el Imperio Turco. La parte cercana al Mar Negro y al Mediterráneo es un territorio riquísimo en agricultura y en minería.

Después sigue el inmenso desierto de la Mesopotamia, recorrido en toda su extensión por dos ríos históricos: el Tigris y Eufrates. . Pues bien, hace muchos años que ingenieros alemanes hicieron estudios sobre el aprovechamiento de las aguas del Tigris y del Eufrates y vieron que se podía regar casi toda la Mesopotamia con esos dos grandes ríos y que podían cambiar aquel desierto en un colosal centro agrícola en uno de los más grandes emporios de riquezas de todo el mundo.

Pero la Inglaterra, que también sabe mirar lejos, se había apresurado ya a ocupar la desembocadura del río Tigris, en el Golfo Pérsico, hace muchos años; y por ahí es, precisamente, por donde ha mandado la expedición a Kuthel-a-Amara, donde ha sucumbido el General Townsend con todo su ejército.

El mismo admirable programa de irrigación realizado por los ingleses en el Egipto, mediante la construcción de los diques de Osshuan, en el río Telo, iban a realizarlo los alemanes, en más vasta escala todavía en los valles inmensos de Tigris y del Eufrates.

¿Comprendéis ahora este nuevo e interesante aspecto de la guerra europea? Comprendéis por qué la lucha se ha extendido en la Europa hasta el Asia? ¿No véis ahora las proporciones inmensas de esta lucha a muerte entre los dos imperios rivales: Alemania e Inglaterra?

La situación económica de Alemania

Respecto de la situación económica de Alemania, para no entrar en disertaciones técnicas, lo único que puedo decir es que según la frase exacta del señor Helfferich, esa situación «no es buena».

Pero—¿es buena acaso, me agregó, la situación de los aliados?—Con respecto al valor interno de

su moneda, la situación de Alemania es superior a la de las demás naciones en guerra. El marco, en el interior del Imperio, que es donde se necesita para las transacciones, en la Serbia, en la Polonia, en la Bélgica, en el Austria y en la Turquía, vale tanto como antes; ha experimentado una pequeña baja con respecto al dinero suizo, porque Alemania tiene muchas cosas que comprar a Suiza; y una considerable baja con relación al dinero holandés, porque tiene muchas cosas que comprar en Holanda; de manera que la balanza de comercio entre ambos países está siempre inclinada en contra de Alemania.

A este respecto voy a anotar un dato curioso. En Schaffhausen pude ver que el marco tenía, con respecto al dinero suizo, un descuento de nueve por ciento; y, en cambio, la lira italiana y el franco tenían un descuento de diez por ciento el franco y de veintiséis por ciento la lira.

Los progresos de la cirugía alemana

De acuerdo con el programa que me hicieron en las oficinas del Estado Mayor para mis visitas a los establecimientos sanitarios de Berlín, el primer día me tocó ver un hospital o un lazareto de la reserva que se había habilitado en el edificio del Museo de Themphehof. A las 8 de la mañana de ese día, acompañado del capitán Lorens, del Estado Mayor, designado como mi ayudante, y del attaché militar de nuestra Legación en Berlín, me dirigí, al hospital indicado, en un magnífico automóvil del Ejército. Allí pude ver, en materia de adelantos quirúrgicos, todas las maravillas imaginables. Recorrí todo el establecimiento, ví sus espléndidas instalaciones como también un número prodigioso de heridos y enfermos.

En seguida pasamos a la oficina de la estadística, y

allí quedé verdaderamente asombrado al ver las cifras mínimas de los fallecidos. En efecto, desde que se había habilitado el hospital habían ingresado a él mil ochocientos enfermos y heridos y habían fallecido solamente diecisiete. El porcentaje, como se comprende, no puede ser menor.

Conversando con el cirujano director del establecimiento, me dijo que en los meses de guerra que van corridos, la cirugía había hecho en Alemania más progresos que en los últimos quince años de paz.

Estos progresos estupendos de la cirugía militar, le quitan a la guerra actual una parte de sus naturales horrores; también le inspira mucho coraje a los militares, porque una amplísima experiencia les demuestra que a lo menos las balas de rifle sólo en contados casos producen heridas mortales.

El servicio de atención de los heridos es, por otra parte, sencillamente admirable y está organizado en tal forma, que casi inmediatamente después que cae el soldado es atendido por las ambulancias. Los trenes hospitales llegan hasta las trincheras mismas; de manera que a veces no trascurren sino unas cuantas horas entre el instante en que cae herido un soldado en las trincheras de Polonia, por ejemplo, y su llegada a los hospitales de Berlín.

Trabajo para los mutilados

Al día siguiente fui a visitar un establecimiento especial para los mutilados; allí se les enseña a todos un oficio adecuado al estado en que se hallen.

Actualmente estos establecimientos se han generalizado en todas las naciones beligerantes; pero fue la Alemania el país que tuvo la iniciativa en esta materia y es allí también donde, según mis informaciones, son aquellos más numerosos y han

alcanzado un grado mayor de perfeccionamiento.

Casi todas las secciones del establecimiento a que me he referido estaban ocupadas por grandes talleres de herrería, de carpintería, de ebanistería, etc. En ellos trabajaban hombres a los cuales les faltaba un brazo, una pierna, las dos piernas o las dos piernas y un brazo. A pesar de estar mutilados, trabajan fácilmente con sus herramientas, porque usaban una gran variedad de miembros artificiales adaptables a las diversas herramientas que se usan en los oficios manuales.

La Alemania ha comprendido que esta guerra va a ser sumamente larga y que cuando venga la paz va a ver un número enorme de mutilados. Ha procurado entonces llegar al ideal de que los mutilados puedan ganarse honradamente la vida, a fin de que en ningún momento sean una carga para el Estado.

El director me regaló varios folletos en donde se refiere toda la historia del establecimiento y se detallan los progresos que han tenido sus diversas instalaciones.

Esta materia constituirá uno de los capítulos más interesantes de la futura memoria que estoy obligado a presentar al Ministerio de la Guerra.





QUINTA CONFERENCIA

La crisis de la carne

En casi todas las conferencias que he tenido el agrado de dar en este Club, me ha ocurrido que, al principiarlas se me vienen a la memoria varias cosas interesantes olvidadas en las anteriores. Por eso esta noche, antes de entrar a hacer la relación somera de mi viaje a la Polonia y a la Bélgica, que es el verdadero tema de hoy, me voy a permitir llamar la atención sobre algunos detalles relativos a la alimentación en Alemania, que tienen para mí al menos, un interés especialísimo.

Me refiero a los recursos originales y extraordinarios de que ha echado mano el Gobierno imperial alemán para hacer frente a la crisis del pan, y de la carne, que ha debido producirse en aquel país.

Probablemente la prensa chilena ha hablado en su oportunidad de las "cartas de pan" y ellas deben ser muy conocidas de los alemanes residentes en Chile, por las informaciones que traen los diarios y revistas alemanes, si es que llegan, pero no han de ser tan conocidas del resto del público chileno.

En el mismo momento que llegué al hotel Bristol de Berlín, cuando me entregaban la llave de mi departamento, el administrador del hotel me pasó uno de estos cartoncitos (muestra el cartón al público, y me dijo: «Esta es su carta de pan para hoy día 5 de Enero».

Como ustedes ven, se trata de un pequeño cartón que tiene diez cupones, cada uno de los cuales representa veinticinco gramos de pan. Todos los sesenta millones de habitantes de Alemania reciben actualmente una carta de pan para pasar el día. La que exhibo en estos momentos tiene cortado tres cupones, lo que quiere decir que el día en que me la dieron consumí solamente 75 gramos de pan; esta otra tiene cortado los diez cupones, porque esa vez consumí 250 gramos de pan, que es el máximo que puede consumirse; esta otra tiene cortada la mitad, etc., etc. Esto depende de que a veces pasaba el día entero en el hotel y otras era invitado a comer afuera, y entonces me tocaba consumir cartas de pan de otras casas.

Entro en esta serie de detalles para citar este hecho como uno de los más extraordinarios y elocuentes que puede ofrecer un país para demostrar el poder y la eficacia de su organización administrativa. Se demuestra igualmente de este modo la disciplina admirable con que toda la población alemana cumple las disposiciones de la ley.

Es tanto más digno de tomarse en consideración este ejemplo, cuanto que nosotros pertenecemos a un país poco organizado y poco disciplinado. ¿Qué pasaría en Chile el día en que el Gobierno dictara una ley en virtud de la cual ordenara a los habitantes consumir solamente 250 gramos de pan, en vista de la carestía de la harina, por ejemplo? De todas partes se levantarían protestas en nombre de la libertad individual y se harían toda clase de argumentaciones en contra del cumplimiento de la ley por la imposibilidad de aplicarla.

La crisis de la carne

Otra prueba de disciplina y de buena organización ha estado dando Alemania con respeto al consumo de la carne.

Al principio de la guerra y cuando fué decretado por los aliados el boqueo de los imperios centrales, la Alemania ya tenía hecho un censo prolijo del número de animales útiles para el alimento de la población que había en el territorio. De todas maneras, entonces se hizo un censo mucho más prolijo todavía, y, como si esto no fuera bastante, se hizo un cálculo de los animales aprovechables para el consumo que nacían todos los años en Alemania y el número que en realidad consumía el Imperio; y mediante la vigilancia más cuidadosa y más científica, se llegó a determinar la cantidad que se consumía anualmente y aquella de que podía disponerse. De este modo pudo verse que había un pequeño déficit; se consumía algo más de lo que se producía, y, para remediar la situación, se procedió a suprimir el consumo de la carne durante dos días de la semana, los Martes y los Viernes. Así se llegó a equilibrar perfectamente el consumo y la producción, y el país pudo afrontar victoriosamente la crisis del hambre, en la cual todo el mundo creyó que iba a sucumbir Alemania.

Existe también en el imperio la crisis de la mantquilla y últimamente se ha hablado de la crisis del petróleo. En los diarios he visto que en Alemania se están repartiendo actualmente cartas de petróleo, que deben ser semejantes a las cartas de pan de que ya he hablado.

Muchos civiles y militares alemanes me aseguraban que el verdadero peligro para los imperios centrales se habían producido cuando recién se decretó el bloqueo y que no es ni aproximado a la verdad aquello de que la crisis en Alemania ha

ido aumentando a media que se ha ido prolongando la situación de aislamiento en que se encuentra aquel pueblo. Cuando recién se decretó el bloqueo me decía, el problema era desconocido para nuestros estadistas y legisladores, pero a medida que lo hemos estudiado, lo hemos ido conociendo, hasta llegar a resolverlo casi por completo y hoy día puede decirse, sin exagerar, que Alemania está fuera de todo peligro en lo que se refiere a la alimentación.

La crisis de la mantequilla

Volviendo un día de los hospitales de Berlín, como a las 3 y media de la tarde, en compañía del Capitán Lorens, del Estado Mayor, y del señor Ahumada, attaché militar de nuestra Legación en Berlín, me llamó la atención ver en ciertos almacenes una gran cantidad de señoras—digo señoras, porque tenían la apariencia y la fisonomía de tales ---que estaban en formación de dos en dos; en algunas puertas había unas 40 o 50, le pregunté al Capitán Lorens qué significaba aquello, y él me dijo: «¿No lo sabe usted? Son las cocineras de Berlín que están esperando que les venda mantequilla». Si estas son las cocineras de Berlín, le dije yo, no puedo menos que felicitarlo. «Antes, la venta de la mantequilla, continuó mi acompañante, era libre; pero ahora está reglamentada y no se vende sino en ciertas horas y por determinadas cantidades, según el número de habitantes de cada casa; de manera que las cocineras tienen que llevar, para poder comprar mantequilla, una especie de certificado sobre el número de personas que componen las familias donde prestan sus servicios.»

Yo recordaba haber leído cuando estaba en Estados Unidos noticias acerca a una revolución o

motín producidos en Berlín a consecuencia de la escasez de los alimentos. Le pregunté entonces al Capitán Lorens si había alguna relación entre estas agrupaciones de cocineras y las noticias sobre los motines que yo había leído en Estados Unidos. El me dijo que en realidad existía esa relación, y me agregó:—La única revolución que ha habido aquí en Berlín se produjo una vez en que se juntaron varios grupos de estas cocineras, en los primeros días de la vigencia de la ley sobre el consumo de la mantequilla y salieron en formación por las calles, levantando en alto sus pequeños canastos y diciendo: «¡Que se nos venda más mantequilla o que nos devuelvan nuestros maridos!»

Más tarde, conversando con el Ministro de Finanzas, señor Helferich, sobre esta misma cuestión, me dijo;---Efectivamente, fueron las cocineras de Berlín las que produjeron aquel movimiento revolucionario, cuya noticia se esparció por todo el mundo---Y todavía me añadió, sonriendo;---Está perfectamente averiguado, me dijo, que las que más gritaban eran las que menos mantequilla consumían y las que nunca habían tenido marido. [Hilaridad].

La batalla del Marne por el lado alemán

En una de las conferencias anteriores hice una breve descripción de la batalla del Marne, mirada desde el lado francés.

Antes de referir mi viaje a Polonia, quiero hacer también una descripción de esa misma batalla mirada desde el lado alemán, con lo cual no haré sino cumplir una promesa hecha a mis oyentes.

Ante todo, debo declarar que sobre la batalla del Marne se me han dado en Berlín y en Bruselas varias conferencias por personas muy conocedoras de la materia.

Cada vez que me dieron estas conferencias hasta cierto punto técnicas, me exigieron, por fórmula, una especie de promesa de guardar reserva sobre lo que iba oír; pero, aparte de esta versión técnica de la batalla del Marne, hay otra de carácter popular que anda en boca de todo el mundo. Esta versión, que es la que voy a dar, a mi juicio, corresponde exactamente a la verdad de los hechos.

La invasión de Francia por el Ejército alemán tenía dos objetivos. El primero, y el más importante, era el de llevar la guerra a territorio enemigo; y el segundo, el de flaquear por la derecha al Ejército francés, cuya movilización se creía que iba a ser lenta, porque se suponía que estaba simplemente en formación, envolverlo y arrojarlo contra la frontera prusiana de la región de Metz.

El primero de estos objetivos fué realizado totalmente, porque siete ejércitos alemanes rompieron, casi simultáneamente y por distintas partes, la frontera francesa.

Estos ejércitos eran, el del Kronprinz, el del Rey de Baviera, el del General Von Bülow, el de Hoeringen, el de Reimitz y el gran ejército flanqueador que iba formando la enorme ala derecha de los alemanes y que estaba a cargo del General Von Kluck.

Todo estaba arreglado sobre la base de la rapidez de la movilización del Ejército alemán y el cumplimiento de los planes que había estado preparando el Estado Mayor germano desde muchos años atrás. Porque, como es sabido, los Estados Mayores de todos los Ejércitos del mundo elaboran; durante la paz, sus planes sobre la base de alguna posible guerra con los países vecinos.

Se contaba, además, con la lentitud de la movilización del Ejército ruso, del terrible enemigo que quedaba a la espalda. Se calculaba que los rusos no podrían tener en la frontera con Alemania fuerzas apreciables y dignas de consideración sino dentro

de unos cuarenta días. Pero en realidad el Ejército ruso había iniciado su movilización dos meses y medio antes de declararse la guerra, y cuando el Ejército alemán estaba en su mayor parte ocupado en la invasión de Francia y en Berlín no había quedado sino una pequeña guarnición, las tropas rusas entraron en la Polonia Oriental con gran sorpresa de los alemanes. Sobrevino con este motivo un pánico terrible en Alemania, sobre todo en la capital del Imperio.

Entonces no hubo más remedio—esto es lo que allí se dice—que consultar a los Generales ya victoriosos en Bélgica y Francia sobre si era posible retirar una parte de las reservas del frente oriental para enviarlas a combatir contra los rusos.

Esta consulta se hizo al General Von Moltke, que la contestó favorablemente, y el General Von Kluck, que después de haber arrollado al pequeño Ejército inglés y de haber rechazado al Ejército francés hacia el interior de Francia, consintió también en que se le retiraran sus reservas, y fue precisamente al ala derecha a la que le sustrajeron más regimientos para enviarlos a Prusia.

Entonces ocurrió este caso: en el gran avance de los ejércitos alemanes que debían encontrarse en París, al General Von Kluck le faltaron tropas por la derecha y por la izquierda; por la derecha no pudo extenderse porque el Ejército inglés no estaba deshecho.

El Ejército inglés había perdido mucha tropa, pero no estaba deshecho ni desmoralizado y comenzó sus operaciones de flanqueo junto con el Ejército francés que salió de París, y se lanzó sobre la derecha de Von Kluck. Al mismo tiempo, el General Maudhy, — como ya lo he explicado — aprovechando el intervalo que había entre las tropas de Von Kluck y las de Von Bülow, metió una cuña entre los dos ejércitos, operación que fue la maniobra decisiva de la batalla.

Cuando se consultó sobre la situación a los demás Generales alemanes, cuyas tropas formaban una línea casi recta desde Meaux hasta la frontera alemana, todos contestaron que su situación era inmejorable, que tenían pocas tropas al frente y que éstas hacían un fuego muy lento. Pero el ala derecha del Ejército de Von Kluck estaba en tan mala situación, que tuvo que retirarse y, entonces, si los otros Generales no se retiraban también, se formaba una especie de ángulo sumamente peligroso entre el ala derecha y el resto del Ejército alemán.

Era la primera vez en la historia del mundo que un Estado Mayor manejaba un número de tropas tan crecido como el que el mariscal Moltke tenía bajo sus órdenes desde el cuartel general. Era algo más de un millón de hombres.

Aquel jefe consideró tan comprometida la situación de todo su Ejército con esta derrota, que, según se me aseguró, pero no en las oficinas técnicas, dió la orden de que todo el Ejército alemán retrocediera hasta la frontera misma.

Esa fue la primera orden, según la versión popular que corre en Berlín.

Los demás Generales se sintieron alarmados, y no diré que protestaron, porque dentro del Ejército alemán, como dentro de todo Ejército moderno, bien organizado, no hay protestas contra las órdenes superiores; pero hicieron saber de una manera clara al Estado Mayor que aquella serie de ejércitos estaban en admirable pie. Y tan cierto era esto, que después se supo que las tropas francesas ya casi no tenían municiones para responder al fuego del enemigo.

Se hizo entonces una transacción, por decirlo así, y en lugar de ordenar la retirada a la frontera alemana, se retiró el Ejército a la línea que hoy ocupa.

Todas las consideraciones técnicas y estratégicas de la guerra abonaban y justificaban la conducta del General Moltke; pero el efecto moral que esta retirada produjo en la Alemania fue malo;

y cuando aquel jefe comprendió que la responsabilidad de aquel efecto moral recaía sobre él, se retiró del mando y todavía está retirado. (1)

No es la ocasión de entrar en mayores detalles sobre la batalla del Marne. Sin embargo, debo agregar que a este oficial que fue mi acompañante en mi viaje por Bélgica, le dije un día:—Ahora que estamos los dos solos vamos a hablar claro. Dígame: ¿ustedes fueron derrotados o no fueron derrotados en el Marne?; porque yo creo que en realidad fueron derrotados. Entonces el oficial se sonrió y se sirvió de la siguiente comparación, que yo voy a repetir ante ustedes, tal como él la hizo; me dijo: Imagínese, Excelencia—este era el tratamiento que allá se me daba—que yo lo tomo aquí a usted a bofetadas y que le voy pegando en las narices y a golpe sobre golpe con las dos manos lo hago retroceder cincuenta metros y de repente miro para atrás y veo que un amigo suyo se me viene por la espalda; entonces yo le pongo una mano sobre el pecho y dejo libre la otra para pegarle al enemigo que viene por la espalda; le pego y lo tiro al suelo, le pongo a usted la mano sobre el pecho, y como entonces noto que uno de mis pies estaba mal colocado, lo retiro un poco hacia atrás y allí me quedo un año ..¿Le parece que he sido derrotado por usted, Excelencia?

Esta pequeña descripción incompleta, muy incompleta que acabo de hacer, da una idea por lo menos aproximada de aquella gran batalla que fue de tan grandes consecuencias para uno y otro país.

Termino mi estada en Berlín y en la Alemania, propiamente dicha, con esta pequeña disertación de carácter militar.

En viaje a la Polonia

Ahora, para cumplir con lo prometido, voy a referir mi viaje a la Polonia.

(1) Ultimamente murió en Berlín.

Antes de todo, debo decir que las diligencias que se practicaron para conseguir el respectivo permiso, no fueron hechas por la vía diplomática, sino directamente por el attaché militar chileno, señor Cruchaga y yo ante el Estado Mayor General alemán.

En medio de las numerosas preocupaciones que pesan sobre aquella oficina, los funcionarios que en ella trabajan tuvieron el tiempo y la atención suficientes para darme toda clase de facilidades. Pero sometieron la resolución definitiva acerca de mi viaje a la voluntad de los gobernadores militares de Polonia y Bélgica, respectivamente, los cuales contestaron, en el espacio de pocas horas, desde sus respectivas capitales, aceptando mi viaje y agregando que ellos mismos me confeccionarían un programa, que estimaban sería de mi aceptación.

El Estado Mayor nombró ayudante a mis órdenes para que me acompañara a Polonia al Capitán Gezisky, miembro de una antigua familia originaria de la Polonia, como lo deja ver su apellido.

Entramos a la Polonia por la parte Norte, pasando por la población alemana de Thorn, que atravesamos en las primeras horas del día. En seguida, como a las 7.30 de la mañana me despertaron para decirme que ya estábamos en la Polonia. Ustedes podrán comprender el interés con que entonces me fui a asomar a las ventanillas del tren para ver el espectáculo que ofrecían los campos de Polonia. Tengo fijo en mi memoria ese espectáculo y voy a hacer un esfuerzo para presentarlo a los ojos de Uds.

Todos conocen lo que es el clima de Rusia, sobre todo en invierno, época en que a mí me tocaba viajar. Por eso, al asomarme a una de las ventanillas del tren, ví una gran extensión helada, a lo lejos, perdido en la neblina, que era espesa, divisé los contornos de un bosque. Divisaba también, una que otra casa, y a medida que avanzábamos, fui viendo murallas quemadas y aldeas destruí-

das. En seguida me fijé en la línea que íbamos recorriendo y me di cuenta de que íbamos caminando por una vía férrea nueva, construida recientemente, porque la antigua línea férrea, es decir la línea rusa, estaba con la punta de los rieles doblados y con los durmientes destrozados. Porque los rusos, en su retirada, destruyeron las vías de comunicación, volaron los puentes, quemaron las aldeas, destruyeron las fábricas, etc.

A medida que íbamos avanzando, la neblina fue disipándose y pude ver que lo que me pareció en un principio que era un campo cubierto enteramente de nieve, en realidad sólo en parte estaba nevado y había algunas partes verdes, cubiertas de pasto y otros retazos cultivados.

Pero lo que me causó mayor impresión de tristeza, fue ver a uno y otro lado de la línea férrea pequeños pueblos de unas treinta casas, digamos, todos sistemáticamente destruídos. Las casas estaban sin techo y los restos de las murallas, todos quemados.

Las trincheras de Polonia

En nuestra marcha de repente atravesamos una línea oscura, y entonces el capitán me dijo: «Hemos pasado la primera trinchera».

Era una gran zanja, que no alcancé a ver bien, a causa de la rapidez con que marchaba el convoy; pero desde ese momento ya las trincheras comenzaron a ser más frecuentes; las había de todas especie, unas eran simples zanjas sin ningún trabajo especial, y otras eran más complicadas.

A las 9 30 de la mañana llegamos a una de las grandes estaciones de Varsovia, donde nos recibieron dos oficiales del ejército alemán. En la plaza de la estación había dos automóviles, uno abierto y otro cerrado, y en ese pequeño tren nos

dirigimos al mejor hotel de Varsovia. Allí habían tenido la galantería de tener reservado para mí el mejor departamento. Cuando lo ví, debo confesarlo, me inquieté un poco por mi bolsillo.

Después de estar una hora más o menos en el hotel, llegó un teniente, trayéndome, de parte del General Von Beseler, una tarjeta.

Von Beseler fue el General que mandaba el ejército que tomó el puerto de Amberes; después pasó a Varsovia. Hoy goza de una fama muy grande en Alemania; en popularidad y en la importancia de los servicios prestados a su patria durante la guerra, ocupa probablemente el tercer lugar, a continuación de los mariscales Hindenburg y von Mackensen.

Visita a los monumentos de Varsovia

El teniente Voss me traía un programa, que se realizó al pie de la letra.

El primer día visité la Catedral griega de Varsovia, monumento que es de una inmensa magnificencia. Como no hay allí ningún sacerdote griego ni ruso que celebren oficios religiosos, la Catedral está cerrada, y la abrieron sólo para mostrármela. En seguida nos fuimos en automóvil a visitar la ciudadela rusa, construcción celeberrima en la historia de la Polonia. Para llegar hasta ella tuvimos que pasar al otro lado del Vístula y, por primera vez en mi vida, pude contemplar este río histórico, que ha figurado tanto en los telegramas enviados desde Europa, durante la invasión de la Polonia.

Es un río de 800 metros de ancho, más o menos, de corriente mansa, con aguas turbias y amarillentas; sus dos riberas estaban heladas, y por el centro arrastraba algunos témpanos de hielo.

La ciudad de Varsovia está comunicada con e

barrio de Praga, que queda al Este, por cinco puentes, que fueron volados por los rusos en su retirada y que ya el 17 de Enero, día de mi visita, estaban reconstruidos totalmente; en uno de ellos, que fue por el que pasamos, se había hecho una doble vía.

La ciudadela rusa era un conjunto de edificios que servían de cuarteles y de prisiones para los reos militares y políticos. Visitamos todas sus dependencias, ocupadas por soldades alemanes.

Al cabo de una hora de visitar cuarteles, prisiones e instalaciones militares de toda especie, y caminando siempre por la nieve, sentía yo un frío tan intenso que me producía un gran malestar, pero no lo confesaba y seguía andando sobre la nieve y por todas partes.

Las prisiones de Varsovia

En las prisiones me hablaron de las distintas clases de tormentos que tenían en ellas los rusos. Me llevaron a un sitio fúnebre, a orillas del Vístula, donde había una gran viga, sostenida por dos postes, de la cual pendían hasta seis garfios y dos horcas. Un poco más abajo de ese lugar, estaban todavía señaladas una serie de tumbas de individuos ahorcados, antes de la ocupación alemana.

Allí se ahorcaba a toda clase de reos: ya por delitos militares, políticos o comunes.

Este sistema de ejecución era corriente en Polonia bajo la dominación del Zar.

De la gran ciudadela volvimos al centro de la ciudad y después de un buen almuerzo, nos dijeron que podíamos disponer de nuestro tiempo desde las 2-30 hasta las 3.

En la Universidad de Varsovia

A las tres vinieron a buscarnos otra vez en automóvil, y nos llevaron a la Universidad de Varsovia. Allí, un profesor alemán de la Universidad de Berlín, que tiene a su cargo la reorganización de la de Varsovia, nos dió una conferencia, que había preparado dos días antes, sobre la reorganización de la instrucción pública en Polonia. Se expresó en francés admirablemente. Esta conferencia que, como digo, tenía perfectamente preparada este profesor, duró más o menos una hora,

Me expuso el estado de los edificios de la Universidad cuando los alemanes llegaron allí. Me dijo que la mayor parte de los departamentos de los altos, pues la Universidad tiene tres pisos, que ahora son salas de clases, y que habían sido construidos para que sirvieran a este objeto, para gabinetes y otros fines de la instrucción, estaban ocupados por funcionarios civiles rusos que no tenían nada que ver con la instrucción.

El jardín botánico estaba convertido en pequeñas hortalizas para las necesidades de estos mismos funcionarios.

«Sacamos, me agregó, no sé cuántas carretadas de basuras de los distintos departamentos, pero esto no era nada. Lo más importante era esto otro. En este edificio inmenso que usted ve, se daba instrucción á 300 alumnos de Polonia, y ahora, después de sólo unos cuantos meses; tenemos 1,366.

Los cursos se hacen en alemán y en polaco.

El decreto del General Beseler sobre reorganización de la Universidad de Varsovia tenía fecha 25 de Octubre de 1915. Habían corrido apenas tres meses y ya el número de alumnos de ella se había convertido de 300 en 1,366, de los cuales 418 eran señoritas.

Me decía el profesor que la Polonia había sido

siempre célebre en la historia por la gran inclinación de sus hijos a los estudios literarios y científicos, pero que como el gobierno ruso durante su imperio no correspondió jamás a esta tendencia nacional, por eso se encontraba desde muchos años por las Universidades de Alemania y Francia una inmensa cantidad de jóvenes polacos que habían salido de su patria en busca de instrucción. Me agregó que después de la dominación alemana habían vuelto todos esos jóvenes y ahora seguían sus cursos en esa Universidad.

En casa del Gobernador civil

En seguida nos dirigimos a la casa del gobernador civil, donde llegamos a las 4 en punto, porque hay que ser muy exactos con los señores alemanes. (Risas).

El señor barón de Kritz, gobernador civil de la Polonia me recibió acompañado de unos 8 o 10 funcionarios civiles, pero vestidos todos ellos con trajes militares, que es el traje que usan todos los funcionarios civiles.

El gobernador no hablaba francés y me dirigió la palabra en alemán; yo entendía poco, pero el attaché militar señor Ahumada, que posee muy bien el alemán, me iba traduciendo lo que me decía el gobernador. En seguida me ofreció asiento en el sofá; él se sentó en una poltrona delante de mí y me dio en alemán una conferencia de una hora. En esta conferencia me dijo que en los tres meses y medio de gobierno que llevaba en aquella región, se había hecho cargo de diversos problemas, en primer lugar de la repatriación de todos los polacos, llevados y arrastrados por las olas de la retirada rusa.

Porque debo decirles que unas de las notas más tristes de la actual guerra la ha hecho el ejército ruso durante su retirada.

Los rusos concibieron la idea de dejar detrás en su retirada todos los campos arrasados porque creían que los alemanes, de este modo, iban a sufrir, al entrar al territorio polaco, la misma suerte que sufrió la expedición de Napoleón I del año 1812. No dejaron atrás ni puentes de ferrocarriles, ni casas, ni campos sembrados, ni gentes, ni nada.

Ustedes pueden imaginarse lo que sería esa emigración de miles de familias, de hombres, de mujeres y de niños llevados por la fuerza por las tropas rusas, tropas que tenían un servicio de transporte y de alimentación defectuoso para ellas mismas. Ahora bien, si el alimento no alcanzaba para todas las tropas, ¿qué quedaría para las mujeres y niños que se retiraban por la fuerza junto con las tropas?

Este mismo teniente me decía: "En la guerra se pueden soportar los cuadros más horrosos; pero no nos hemos podido acostumbrar jamás a ver en las trincheras rusas cadáveres de mujeres y niños al lado de cadáveres de soldados, porque todos han sido despedazados por los shrapnells.

El gobernador civil me habló todavía de los miles de alcantarillas y de puentes que había tenido que reconstruir en los distintos ferrocarriles de la Polonia. Por último me dijo que antes de la llegada de los alemanes en la Polonia no había propiamente caminos. Durante el invierno, allí todo el territorio se convierte en un sólo camino, por donde los trineos pueden marchar sin dificultad; pero apenas viene el deshielo aquello se transforma en un gran lodazal y entonces desaparecen las vías de comunicación. Los alemanes, en tres meses han arrojado a las vías principales de comunicación 700 mil toneladas de piedra molida, han construido alcantarillas y puentes y han comenzado la reconstrucción sistemática de las ciudades. Porque así como la destrucción fue sistemática, la reconstrucción ha tenido que ser también sistemática.

La conferencia del gobernador civil terminó a las

5-15 de la tarde, y a esa hora me invitó a pasar a otza sala, donde, me dijo, se tenía preparado un five o'clock teo. Efectivamente, sobre una mesa larga había algunas tazas de café, algunas otras cositas modestas y pan blanco y negro. Allí se presentó a unos 40 funcionarios, y entre ellos, la persona con quien conversé más, fue un diplomático sumamente distinguido, que hab aba el francés lo mismo que un hijo de Francia y que estaba tan al cabo de todas las cosas de Europa, de América y de Chile, que me sorprendió mucho y por esto su compañía me fue muy grata. Me dijo: «Tengo el agrado de conocer a una prima política suya, la señora esposa del antiguo secretario de la Legación alemana, barón de Welzeck, la señora Balmaceda, y si todas las chilenas son como ella, ustedes pueden estar orgullosos». Yo le dije: «Por lo menos, todas mis compatriotas son como el ejemplar que usted conoce». (Aplausos).

El avance de Hindenburg en Polonia

A las 6 de la tarde me dirigí al Hotel a reposar un rato, pero allí no faltó una persona de buena voluntad, vestida de militar que me preguntara si quería oír una conferencia sobre el avance del mariscal Hindenburg en la Rusia.

Como hay que aprovechar las oportunidades, a pesar de tener en el cuerpo ya dos conferencias, una de carácter universitario y otra de carácter civil, acepté la invitación. Esta nueva conferencia duró otra hora y fué también sumamente interesante. Se desarrolló teniendo a la vista mapas militares, que tenían tal número de detalles, que uno llegaba a asombrarse. Estaban indicados en ellos los más mínimos accidentes del terreno y las diversas posiciones que día a día habían ocupado las tropas alemanas durante el avance. Todo lo

que había leído en los telegramas de la guerra lo fuí recordando al observar esos admirables mapas y así también pude ver cómo los alemanes, después de haberse madurado su plan, avanzaron por el norte bajo la dirección de Hindenburg y por el sur bajo la dirección de Mackensen, dejando el centro atrás frente a Varsovia con el objeto de aislar esta región, y como los rusos, que son tan hábiles para la retirada... [Ris:as]

Nadie se imagina en esta declaración que acabo de hacer, va envuelta la menor intención de mirar en menos el Ejército ruso, porque no tengo tal propósito. Pero es sabido que desde los tiempos de Napoleón I los rusos han puesto en práctica el sistema de presentar pocas batallas y retirarse para atraer al interior del país al enemigo. Después en la campaña del 54, cuando los franceses y los ingleses atacaron a Crimea, los rusos no pudieron obtener una verdadera victoria, y entonces el Zar Nicolás dijo: «Ya llegará el General Febrero y él ganará todas las batallas» con lo cual quería significar que el invierno aniquilaría a los enemigos.

En la interesante conferencia a que me estoy refiriendo, se expresó que desde el mes de Agosto de 1915 hasta Noviembre del mismo año, la gran línea curva que formaba el ejército alemán siguiendo la frontera de Polonia, fué enderezándose poco a poco. Y como las líneas rectas son más cortas que las curvas, mediante este enderezamiento, la línea se acortó en 960 kilómetros, con lo cual se ahorraron cerca de 500 mil hombres, con su respectiva dotación de cañones y demás elementos de combate,

Ahora bien, cuando el Estado Mayor alemán determinó la ejecución del plan de esta campaña ya estaba hecho el plan de invasión de la Serbia, y estos 500 mil hombres que quedaron vacantes en las líneas de la Rusia, y otras que vinieron del interior de Alemania, llevaron a cabo la invasión de Serbia, que, como se sabe, se hizo a cañón limpio, en combates donde tomó poca parte la infantería.

Y aquí voy a hacer una declaración.

Recuerdo perfectamente que durante el gran avance que sobre Rusia realizaron los alemanes en la Primavera nuestra y en el Otoño europeo del año 1915, los telegramas que llegaban de Berlín daban cuenta de los kilómetros que habían avanzado las tropas alemanas y los que venían de Petrograd aseguraban que en cada uno de esos avances quedaban montones de cadáveres de los alemanes. Se pretendía así deshacer el efecto moral que producían los éxitos de las tropas alemanas.

Los oficiales alemanes me dijeron en Varsovia y me repitieron en Bélgica. «Cada vez que usted oiga hablar de estas dos cosas: avance ruso y montones de cadáveres alemanes, no crea.»

Y esto por una razón muy sencilla, me agregaron, porque nosotros estamos rodeados de enemigos por todas partes y ningún país como el nuestro necesita economizar más su gente. Por eso, cuando las trincheras resultan bajas, las ahondamos más, aunque cueste trabajo, porque tenemos la necesidad, y más que eso, la obligación de economizar nuestros soldados.»

La debilidad militar de Rusia

Entonces me explicaron también en que consistía la verdadera debilidad de la Rusia.

La Rusia, que es un país tan enorme, con tan inmenso número de soldados y con un territorio tan extenso, parece un país invencible y casi no se comprende que sólo la mitad de las fuerzas alemanas y austriacas hayan sido capaces de ponerlos a raya.

Pero es preciso entrar en los detalles para comprender cómo se ha producido este hecho. Voy a tratar de hacerlo en dos palabras.

Son tan escasas las vías de comunicación, tanto por lo que hace a los caminos, como por lo que respecta a los ferrocarriles, en la Rusia, y tales las

distancias que las palabras movilización o requisición, que en Alemania, Francia, Italia, España, es decir, en todo país organizado militarmente, significan la llegada a puntos determinados de todos los hombres de cierta edad que hay en las diversas regiones del país, en Rusia no significa eso. Si allí se necesitan 100 mil hombres de 20 años de edad en el punto tal de la frontera alemana, digamos no pueden llegar oportunamente los que están en la Siberia ni los que están en los uralas, ni en el Cáucaso; pero, como se necesita hombres, forman todos los de 20 a 40 años que encuentran cerca; y por esto quedan pueblos enteros sin un solo hombre capaz de cargar armas, mientras llegan otros de las regiones distantes.

Si tienen necesidad los rusos de tomar caballos, no proceden como los franceses y alemanes, que toman veinte de un pueblo, veinte de otro y así sucesivamente, sino que toman todos los caballos que encuentran cerca. De aquí es que quedan las aldeas sin un solo caballo, sin un solo hombre para trabajar los campos y presas, por consiguiente, del hambre y la miseria más absoluta.

Este es, pues, el sistema mediante el cual se forman en Rusia los cuadros militares, debido a su constitución especial del país.

Vuelvo a la relación que hacía sobre mi estada en Varsovia. A las 8 de la noche tuve que asistir a una comida a que me había invitado el Gobernador civil y que fué tan agradable como lo había sido el té a las 5 de la tarde. Me presentaron talvez las mismas personas con quienes había estado en la tarde. Me tocó conversar largamente con un oficial que tenía a mi derecha, un distinguido y elegante teniente alemán llamado el Príncipe de Oettinger.

La conversación que tuve con este teniente fué muy agradable e interesante. Me retiré de esa simpática reunión más o menos a las 10 de la noche.

Visita a Novogeorgewsky

Para el día siguiente se había arreglado un viaje en automóvil a Novogeorgewsky, situado a 70 kilómetros al Noreste de Varsovia. Cuando nos levantamos—alumbrados todavía por la luz artificial—ya esperaban en la puerta del hotel dos autos, uno cerrado y otro abierto, para que eligiera.

Cada uno iba dirigido por dos soldados alemanes armados de rifle y admirablemente equipados.

A las siete salimos de Varsovia las siguientes personas: un Mayor del Ejército alemán, el teniente Voss, el attaché militar chileno, señor Ahumada y yo, nos dirigimos a las fortificaciones de Novogeorgewsky.

Yo conocía ya la ciudad de Varsovia en todos sus aspectos y lo que me llamó más la atención, fué el barrio de los judíos, célebre en Varsovia. Hay allí 50,000 judíos legítimos. Llevan un traje peculiar, que consiste en un paletó largo de color oscuro y un gorro de astracan. Tienen la nariz aguileña, lo que es típico en ellos, y usan, aunque sean jóvenes, la barba larga. Por lo demás, no son muy aseados que digamos, y esa es su característica.

El Mayor uno de los oficiales alemanes que nos acompañaban, me dijo: «Cuando pasemos por el barrio de los judíos, no se baje del auto, y si se baja no se olvide de llevar un frasco de agua de colonia». (Risas).

Al atravesar de la ciudad de Varsovia al barrio de Praga, me llamó poderosamente la atención la extensa estación del ferrocarril militar que tenían los rusos en Praga.

Por supuesto que estaba todo quemado. Los techos habían sido volados. No quedaban sino las murallas y a los lados de las murallas había veinte y tantas interminables filas de carros quemados, de los cuales no quedaba más que la ferretería.

Como media hora después comenzamos a visitar las trincheras.

Era la primera oportunidad que tenía de visitar estas famosas trincheras de la guerra Europea.

Hice detener el automóvil en la primera, que no era profunda ni larga, pero que por ser la primera, me inspiró especial curiosidad.

Las trincheras han ido aumentando en profundidad y en la complicación de su distribución interior según las necesidades y el objeto que tiene la línea de batalla. Si el avance es rápido, la trinchera es ligera; si se trata de una estadía firme para contener al enemigo, la trinchera es profunda.

Vi trincheras forradas parcial y totalmente en madera; he visto trincheras en donde hay, a cinco metros de la superficie, habitaciones para oficiales perfectamente bien hechas, con su pequeño mobiliario, cuadros, caricaturas, versos, retratos de familia, etc. en una palabra son casas habitaciones como cualquier otras.

Me sorprendía mucho que no se hubiesen quitado los alambrados que se habían puesto en el momento del combate. Yo creía que en Alemania el alambre habría escaseado de tal manera que se sacarían los alambrados de las trincheras de atrás para utilizarlos en las de adelante. Sin embargo, casi todas las trincheras de la Polonia, tenían cuatro, seis ocho o diez hebras de alambre clavadas en postes. Parece que es más barato hacer un nuevo alambrado que deshacer uno ya hecho.

La fortaleza de Novo Georgewsky

Llegamos a la fortaleza de Novo Georgewsky, a las 11 de la mañana más o menos. El General me recibió en la puerta de su residencia. No tengo que ponderarles a ustedes la magnitud de aquella fortaleza. Atravesamos el pueblecito de Novo Geor-

gewsky, que es una aldea pequeña y en seguida pasamos el río Narew, que se ha mencionado tanto en las noticias telegráficas relativas al avance alemán sobre la Polonia. El Narew estaba más helado que el Vístula y me fijé que los machones de los puentes tenían, para hacerle frente a los témpanos de hielo, unas avanzadas de dos o tres metros con grandes filas de acero, donde los témpanos chocaban, se quebraban y así defendían a los machones.

Entramos a la ciudadela de Novo Georgewsky, por un pasaje subterráneo y súbitamente nos encontramos en presencia de un edificio de un kilómetro de frente. Era una inmensa construcción militar que estaba quemada, sin techo y con las ventanas ennegrecidas por el fuego.

Llegamos en seguida a la residencia del General y éste después de presentarme a todos los oficiales, me dijo que era conveniente que fuéramos a la fortaleza, porque tenían preparada una conferencia técnica sobre uno de los fuertes de Novo Georgewsky. Efectivamente, en el mismo automóvil y con un frío horrible, fuimos a visitar uno de los fuertes capturados por la gruesa artillería alemana en Octubre de 1915.

Antes de entrar al recinto del fuerte se llenó una breve formalidad conmigo.

Lo que se puede decir, es que la fortaleza fué construida por los rusos bajo la dirección de ingenieros franceses y con dinero suministrado por la Francia. Porque esto se me dijo, aunque su exactitud no me consta, que la construcción de la mayor parte de las fortalezas rusas ha estado bajo la dirección y la vigilancia de militares franceses.

La gran fortaleza de Novo Georgewsky está hecha en su mayor parte de pura tierra; y las balas de artillería que no han caído en el interior, se han estrellado contra las obras de tierra; allí se han enterrado y no han producido en realidad ningún daño.

La fortaleza podía resistir perfectamente un at

que de artillería según el antiguo sistema: pero no uno de la moderna artillería alemana.

La moderna artillería alemana

En efecto, según el sistema moderno de la artillería alemana, para atacar una fortificación se colocan a una distancia de unos 8 a 14 mil metros esas grandes piezas de 35 a 42, y dirigen sus disparos como quien dice contra las estrellas: los enormes proyectiles se elevan a grande altura, en seguida formando un ángulo, caen precisamente detrás de la muralla de tierra que se ha hecho para proteger a los soldados. Estuve observando catorce cráteres hechos por las granadas de los famosos cañones de 42. Cada uno de esos cráteres tendría ocho o diez metros de diámetro y la exactitud en los disparos había sido tal, que un cráter casi se tocaba con el otro. Yo pensaba entonces qué quedaría de los soldados que había en la fortaleza! y me preguntaba ¿qué resistencia cabe contra estos monstruos? ¿dónde es lanzado el que no es despedazado por los cascos de la granada? ¿que efecto moral le producirá al soldado ver y sentir aquellas tremendas explosiones?

Por eso la fortaleza después de unos cuantos de estos cañonazos disparados por las tropas del General Beseler se entregó, porque era absolutamente inútil seguir resistiendo.

Con esta artillería todas las fortalezas rusas resultaron absolutamente inútiles; y no sólo las rusas sino todas las fortalezas del mundo son completamente incapaces de resistir un ataque de estas piezas que no disparan contra ellas sino por encima de ellas.

Por eso, para defender a Verdun los franceses tienen que salir de la plaza y hacer campos atrincherados fuera de ella, y en realidad es la artillería destacada lejos de la fortaleza la que está defen-

diendo tan heroicamente a Verdun. Por eso también los alemanes se demoraron en tomar a Lieja, el tiempo que tardaron en traer sus grandes cañones de sitio, y nada más.

A este propósito, debo decir que al principio los alemanes miraron muy por encima del hombro esta cuestión del ataque a Lieja y para tomársela no embiaron artillería apropiada sino que destacaron solamente algunas brigadas de las otras armas. El resultado fué que los belgas los rechazaron victoriosamente. Pero hubo algunos oficiales alemanes que entraron en automóviles a la misma población de Lieja cuando los fuertes estaban aún en poder de los belgas y después se retiraron. Pero Lieja cayó apenas llegaron algunos de éstos grandes cañones a que me he referido.

Un recuerdo de las granadas alemanas

Entre el inmenso material de guerra entero y destrozado que los alemanes habían acumulado en Novo Georgewny, había algunas carretillas que contenían cartuchos de rifles y pedazos de granadas.

Pregunté al Sargento Mayor que en esos momentos me acompañaba, si podía sacar algunos fragmentos de granada para conservarlos como recuerdo. Me concedió el permiso y me agregó: "Tenga la seguridad de que ese pedazo de fierro que usted se lleva es un pedazo de granada de cañón del 42". Saqué un fragmento y cuatro cartuchos de rifle. Durante mi último viaje, cuando iba a escape de Roma a París, en el carro dormitorio encontré a dos oficiales de la marina británica, que pertenecían a la dotación del "Queen Elizabeth". Les conté de donde venía y me preguntó uno de ellos qué impresión traía de la resistencia rusa. Yo les co-

muniqué mi verdadera impresión a este respecto y les mostré los pedazos de fierro que había recogido como recuerdo en Novo Georgewsky. Entonces el oficial me propuso un negocio. “Yo llevo a mis padres, me dijo, un pedazo de mi blusa negra que fué despedazada por las balas turcas a bordo del. “Queen Elizabeth” en el ataque a los Dardanelos; le propongo darle un pedazo pequeño si usted me da las balas que ha recogido en Novo Georgewsky”. Acepté el cambio y me traje el pedazo de uniforme del marino inglés.

Después de almorzar en un comedor decorado con retratos del Zar, de la Zarina y de los diversos generales rusos que habían sido comandantes de la fortaleza, hicimos una visita al inmenso establecimiento militar, que está parcialmente destruido.

Me llamó mucho la atención ver que la cantina estaba atendida por señoritas alemanas de la más alta sociedad de Berlín. Baste con decir que la directora, que había perdido a su marido y a un hijo en la guerra, era una dama de la más alta nobleza de Alemania.

Homenaje a las mujeres de los países beligerantes

Quiero aprovechar este recuerdo que hago de una dama alemana al servicio del Ejército de su patria para tributar un homenaje de admiración a las mujeres de todos los países europeos en guerra.

Desde Inglaterra venía observando esta participación simpática y admirable que la mujer europea toma en la guerra actual. Ya en Southampton había visto llegar en los transportes cargados de enfermos y heridos de los Dardanelos esas admirables nurses inglesas que acompañan a los ejércitos y que son tan preciosos auxiliares para los cirujanos, porque todas tienen cierta instrucción técnica,

y que, como verdaderos ángeles de caridad, acompañan a los heridos desde el campo de batalla hasta el lecho de los hospitales.

También ejercitan sus actividades patrióticas en la actualidad las mujeres europeas, proporcionando durante la noche café o ligeros comestibles a las tropas que viajan en los trenes nocturnos.

He viajado, como he dicho, en trenes militares en Inglaterra y Alemania y puedo decir que es una nota de alta simpatía ver a numerosas mujeres, jóvenes en su mayor parte, que, con el blanco delantal puesto, esperan listas el paso de algún tren para proporcionarles el té, el café o el chocolate caliente que tienen preparados en unos grandes fondos a los soldados que van de viaje, durante las heladas noches de invierno.

De manera que, además del inmenso número de mujeres que prestan sus servicios en los mismos campos de batalla o en los hospitales de las ciudades, se ven partidas repartidas por las estaciones de toda la Europa en guerra estas mujeres jóvenes que co'aboran también de esta manera efectiva y simpática en la obra grande de aliviar en algo siquiera el inmenso cúmulo de dolor humano causado por la guerra.

Regreso a Varsovia

Después regresamos a Varsovia más o menos a las 3 de la tarde.

Ese día hubo un poco de sol. A esa hora, cuando el sol comenzaba a declinar—allá se obscurece muy temprano en esa época del año—empezé a sentir un frío verdaderamente desconsolador, un frío que yo no sé cómo describir. Debo advertir que regresábamos en automóvil abierto y a una velocidad de noventa kilómetros por hora.

El mismo mayor alemán que me había dado la conferencia me dijo que yo, en cuanto a vestuario,

iba mal preparado para estar en Polonia, y me agregó:—Las piezas son aquí absolutamente indispensables.

Cuando llegamos a Varsovia, un poco después de las 2, yo me sentía verdadera y silenciosamente desesperado por el frío. Por eso, cuando divisé las torres de la ciudad, sonrosadas por el sol poniente, sentí una satisfacción profunda.

Comida en el Palacio Real de Varsovia

Esa noche debía asistir a una comida a que había sido invitado oficialmente el día anterior por el General Beseler, Gobernador de Varsovia.

Efectivamente, a las 8 nos dirigimos en el mismo automóvil al Palacio Real de Varsovia, la antigua residencia de los reyes poloneses. Es un edificio inmenso, de una arquitectura severa e imponente.

El General Beseler es un hombre como de 52 a 54 años más bien alto que bajo, un poquito grueso y algo colorado, de bigote canoso y algo recortado, de una expresión suave y de maneras sumamente agradables y finas. Me preguntó por mi viaje con grande interés, y en seguida me presentó a un numeroso grupo de personajes que estaban invitados para esa noche.

A las 8 5 minutos pasamos al gran comedor del Palacio, donde se comió una comida sencillísima. Entre otras cosas, el General me dijo:—Ve usted como tenemos pan blanco, lo que es un verdadero lujo.

Durante la comida ocupé un asiento al lado derecho del General Baseler, el asiento de honor. Al frente estaba el General de Ingenieros, Alberto, Príncipe de Sajonia; a la derecha mía estaba el Sargento Mayor, Príncipe de Salm.

La enfermedad del Kaiser

En total los comensales éramos treinta y tres o treinta y cuatro. Recuerdo que una de las preguntas que le hice al General Beseler fué la siguiente: —¿Es efectivo el rumor que he leído—hacia referente a una noticia publicada en la prensa francesa—de que el Kaiser está enfermo de la garganta? El General me dijo:—Yo he llegado anteayer de Berlín y en casa del Canciller Bethman Hollweg he estado con nuestro Emperador durante dos horas y él no ha cesado de hablar en ese tiempo. —Le pregunté yo, todavía, si hablaba bien claro, y el General me dijo:—Está también como siempre, y ahora va en camino de Nish.

Juicio del Emperador Guillermo sobre la guerra

Ese día nuestro Emperador habló mucho sobre la guerra, continuó el General Beseler y, para caracterizarla, me dijo una frase que la voy a repetir. Yo escuchaba con vivísimo interés, porque iba a tomar nota de una frase del Emperador, dicha a uno de sus Generales. —“La guerra actual, me ha dicho nuestro Emperador, terminó el General, *es la guerra de la puissance contre le travail*” es decir *de la fuerza contra el trabajo*.

El General Baseler no explicó más latamente el alcance de la frase.

Yo después se la comuniqué al Príncipe de Salm, que estaba a mi derecha, y el se sirvió desarrollar las palabras imperiales.

—Efectivamente, me dijo, la Alemania es un país que se ha formado sólo el año 71, después de la

guerra con Francia; tenemos 44 años de edad y hemos llegado al mundo cuando ya éste estaba repartido entre las grandes potencias de Europa. Hemos mirado a todas partes para ver donde podíamos repartir la superabundancia de nuestra población y la superabundante producción de nuestras industrias y no hemos encontrado nada, porque ya todo estaba ocupado. Entónces hemos luchado con nosotros mismos; hemos trabajado como nadie lo ha hecho; hemos aplicado a la producción industrial todos los descubrimientos científicos e industriales; hemos abaratado la producción y hemos obligado así a los comerciantes de los demás países de Europa a levantarse a las 6 en lugar de las 9, y a cerrar sus oficinas a las 8 en vez de las 5 de la tarde. Y esto es lo que no nos perdonan, y por eso se ha producido la guerra actual.»

En esa forma, más o menos, fué desarrollada por el Príncipe de Salm la frase del Emperador de Alemania.

Honroso juicio sobre un militar chileno

También el General Beseler me habló de un militar chileno que había sido su discípulo, y cumplo con el deber de nombrarlo, porque se trata de un homenaje del cual no tengo el derecho de prescindir.

Me preguntó: «¿Qué es del Capitán Díaz?» Yo le dije: «¿Qué Capitán Díaz?» Francisco Díaz me agregó el General Beseler. Ahora me acuerdo le dije: «Ahora es comandante de un regimiento en Valdivia, y en las últimas maniobras militares que yo mismo ordené y que me tocó precidir, recuerdo que el regimiento del Mayor Díaz se sacó el primer premio asignado a las tropas de infantería.»

Entonces el General Beseler me dijo: «Donde ustedes coloquen a Francisco Díaz, será siempre el

primero, porque es una de las capacidades militares más efectivas que yo he conocido." (Grandes aplausos).

Visita al palacio real de Varsovia

Después de la comida, el General Beseler me invitó a que visitáramos todo el palacio de Varsovia, agregándome que la visita iba a revestir caracteres extraordinarios, porque el palacio no tenía luz, a causa de que los rusos habían llevado todas las lámparas.

Vinieron entonces cuatro soldados con antorchas encendidas, y se colocaron delante de nosotros, y se formó una especie de procesión encabezada por los generales y jefes de alta graduación, seguidos de gran número de oficiales jóvenes.

A la luz de las antorchas recorrimos una larga serie de salones adornados con retratos y preciosas decoraciones, que producían el efecto más fantástico a la luz incierta y vacilante de las antorchas.

Exquisita atención de los funcionarios alemanes

A las 11 me retiré del palacio y tube en mi alojamiento una agradable sorpresa.

Comprendiendo el General Beseler que no me sería indiferente saber quienes me habían acompañado en esta comida, me había enviado una lista de todos los asistentes a ella.

Al mismo tiempo, el gobernador civil; sabedor de que yo no había comprendido la conferencia que el me habían dado en alemán, porque yo no entendía el idioma, me la había embiado redactada en un gran sobre.

Voy hacer publicar la lista que me envió el General Beseler; porque estimo que la exquisita atención que se tuvo conmigo fué hecha más que a mi modesta persona, a mi país.

Situación política de Polonia

Antes de terminar esta parte de la conferencia, voy a decir dos palabras sobre la Polonia misma.

En honor de la verdad, deseo decir que la situación política de la Polonia y el estado de ánimo de sus habitantes me son desconocidos, porque los alemanes fueron de tal manera atentos conmigo en Varsovia, que no tuve tiempo de conversar ni una sola pa'abra con los habitantes de la ciudad. Habría deseado mucho conversar con ellos; pero no me fué posible hacerlo porque todas las horas estaban tomadas en los programas que me habían arreglado de antemano....!

Sin embargo, el capitán que me acompañaba era de origen polaco, como ya he dicho, y muy conocedor del país. Con él conversé algo sobre ésta materia. No me atreví a preguntarle, por supuesto, directamente qué es lo que pensaban hacer los alemanes con la Polonia, porque eso habría sido una grande impertinencia.

Debo decir, sin embargo que por todas partes se ven signos de libertad y de independecia. El emblema de la independecia de aquel país es el águila real de los reyes polacos. Esta águila había estado desterrada desde el año 1830, época en que comenzó el dominio ruso, y sí ahora ha parecido, es evidente que los alemanes han dado permiso para que circule.

Esta águila se ve por todas partes: en los avisos comerciales, en los diarios y en distintas formas, como ser objetos de lujo o de uso personal, utensilios, etc.

Este prendedor que tengo en la corbata lleva una águila polonesa y lo adquirí en Varsovia el 18 de Enero de este año. Estas colleras y este pendiente de reloj tienen también el águila de la independencia polaca.

¡Hagamos votos, señoras y señores, porque estas águilas poderosas y libres algún día, emprendan el vuelo hacia las alturas a que naturalmente deben remontarse... (Estrepitosos aplausos).

Regreso a Berlín

Salimos de Varsovia el día 19 de Enero, a las 6 de la mañana, en un tren militar, y a las 11 pasamos por la gran ciudad industrial de Lodz. Desde la estación, que está fuera de la ciudad, se ve la perspectiva de ésta; desde allí también pude contar 97 chimeneas en la población, de las cuales sólo 43 echaban humo.

Es sabido que Lodz es una de las grandes ciudades industriales de Rusia y ha sido también una de las causas de la guerra actual, porque desde que la Rusia comenzó a transformarse de país meramente agrícola en país industrial y a explotar las mismas industrias de la parte occidental de la Alemania, hace ya algunos años, comenzó también la rivalidad entre las dos naciones.

Durante unas dos horas de camino por el ferrocarril, no divisé en esta zona ninguna trinchera. Se conocía que en esa parte no había habido resistencia, tal vez porque la región había quedado dentro de las alas del ejército ruso durante la retirada.

Pero a eso de las 5 de la tarde llegamos a la ciudad de Kalic, que estaba completamente arruinada; casi no había edificio que no estuviera en ruinas o quemado, no sé si por obra de los rusos o a consecuencia de la artillería enemiga.

En la frontera alemana o polaca nos detuvimos

un poco de tiempo; aquí nos examinaron con toda prolijidad los pasaportes y en seguida nos dejaron pasar.

Entramos a Alemania por la ciudad de Posen. Recuerdo que en la estación de esta ciudad, donde nos detuvimos algunos momentos, alcancé a divisar una larga serie de carros cargados con equipo de artillería. Me acuerdo todavía que los números de orden de los carros eran 700.025, 700.026, 700.027, que demuestra la enorme cantidad de material rodante que hay en Alemania.

Allí también ví algo que me sorprendió. Un grupo de cinco o seis mujeres del pueblo, jóvenes, estaban cargando carros de carbón con palas. Era primera vez en mi vida que veía trabajar con palas a las mujeres.

La edificación en Alemania

La diferencia que hay entre la Polonia y la Alemania, desde que principia un país y termina otro, es una cosa, en verdad, sorprendente.

En las llanuras de Polonia se ven generalmente construcciones primitivas, casitas de un piso, muchas veces con techo de paja: pero apenas se llega a la frontera alemana, comienzan a verse edificios magníficos de cuatro y cinco pisos por todas partes,

No he visto en Alemania un sólo edificio de calidad mediocre, aun cuando he recorrido ciudades grandes y chicas.

Como allí la libertad de construcción no existe y sólo se permite edificar al que tiene dinero suficiente, por eso no se ven edificios de mala calidad. Esto se nota, tanto en las pequeñas como en las grandes ciudades.

Así, a Berlín le da una nota característica que lo distingue de las demás ciudades europeas, el hecho de que allí no hay edificios de segunda clase. Se

puede recorrer toda la ciudad, llegar hasta las afueras y siempre uno se encuentra con buenos edificios de cuatro, cinco o más pisos. No hay tampoco tiendas o almacenes de segundo orden, porque los reglamentos municipales y las leyes prescriben que los almacenes deben tener tales o cuales proporciones y si éstas no se reúnen, el almacén no puede existir.

En viaje a Bélgica

Llegamos aquel día a Berlín y en la noche del 21 de Enero salí para Bélgica acompañado del teniente Toruan, también del Estado Mayor,

Al día siguiente fuimos a Amberes.

Ustedes desearían saber cuál es la vida ordinaria de la ciudad de Bruselas bajo la dominación alemana.

Tengo poco qué decir a este respecto, por la sencilla razón de que no anduve sino entre alemanes y no alterné con ningún ciudadano belga.

En cambio, tengo diarios de Bruselas, diarios comprados en las calles de la ciudad y que están editados en francés por las autoridades alemanas. Uno de ellos, que es el que tengo en mis manos en este momento, se llama «La Bélgica», tiene mucha venta, está muy bien redactado, y sobre todo, tiene las noticias más detalladas que uno pueda imaginarse sobre la guerra. En él se publican los boletines alemanes; los boletines ingleses, los franceses, los rusos, tal como son dados por los gobiernos respectivos, sin quitarles nada.

En realidad, al registrar éstas páginas uno se sorprende de ver en ellas noticias desfavorables para los alemanes, al lado de noticias favorables para éstos.

Parece que este diario no estuviera sometido a la consura.

En cuanto a la vida que se hace en Bruselas, debo decir que encontré que había mucha gente por las calles. No diré que las caras eran alegres, pero en las fisonomías de las personas no había señal alguna visible del terrible drama interno por que está pasando aquel país.

Los teatros funcionan con lleno completo, como puede verse por la siguiente información que registra un diario belga del 21 de Enero de este año y que dice así: (Leyó).

Pongo estos diarios a disposición de la prensa para que pueda hacer de sus informaciones los extractos que crea conveniente.

No quiero dejar de referirme a las informaciones de un diario publicado por los alemanes en los departamentos franceses ocupados por las fuerzas imperiales.

Esta publicación hace honor a Alemania por la moderación de su tono, por la seriedad de las noticias que da y por los sentimientos humanitarios que manifiesta.

A fin de que ustedes puedan imponerse de las cuestiones que trata, voy a dar lectura a los títulos de los artículos que registra.

Primeramente publica el manifiesto imperial lanzado por el Kaiser, á propósito del 1º de Enero del presente año, y que fue reproducido por toda la prensa del mundo, incluso la enemiga.

Vienen en seguida boletines oficiales alemanes y boletines oficiales franceses. Después noticias de París de los días 27, 28 y 29 de Diciembre; 29 de Diciembre en la tarde, y 30; a las 3 P. M. Un artículo sobre el servicio militar obligatorio en Inglaterra; estudios y actualidades; una hermosa poesía francesa titulada «El Viento de las Cimas». Después vienen unas «Impresiones de un antiguo oficial musulmán en el frente francés»; un artículo muy bien escrito sobre el estado político y social de la Francia; otro sobre la fundación de una Universidad en Amberes.

Pero lo más interesante que trae este diario es esta sección que viene con grandes títulos y que se llama **NECROLOGÍA FRANCESA**. Aparece aquí una lista que contiene cuatrocientos 44 nombres de soldados franceses muertos en los departamentos ocupados por los alemanes. Esta publicación se hace a fin de que las familias de estos soldados tengan noticias de ellos.

Este diario ha publicado también los nombres de todos los prisioneros franceses tomados por los alemanes desde el principio de la guerra hasta el 5 de Enero del presente año.

El total de nombres publicados hasta hoy, asciende a 229.550. Quedan por publicarse 50,450, lo que da un total de 280,000 prisioneros.

Además he encontrado en el presente ejemplar de este diario, un párrafo de interés para mí.

Tildado de germanófilo

En la conferencia anterior, expuse con la verdad y sinceridad que ustedes han podido apreciar, lo que yo había visto y oído en Alemania, lisa y llanamente: Pues bien, alguien se ha tomado la libertad de calificar, desde las columnas de un periódico de Santiago, mis sentimientos y simpatías, cosas que, por lo demás, no interesan al público.

Por el sólo hecho de haber dicho yo la verdad, se me ha calificado de *germanófilo*, sin saber si lo soy o no.

¿Qué es lo que yo he dicho sobre Alemania para autorizar este calificativo?

Únicamente lo que había observado en mi visita a ese país: que la alimentación no es tan cara como era de suponerlo; que los prisioneros que ví eran bien tratados; que la administración pública, y la colaboración que los habitantes prestan a la autoridad son dignas de admiración.

¡Por esto se me llama germanófilo!

Yo entiendo por germanófilo al que no sólo admira las cosas dignas de admiración que hay en Alemania, sino que también simpatiza con su causa y desea su triunfo completo en el actual conflicto.

Lo declaro con toda sinceridad: yo soy absoluta y verdaderamente neutral

Penetrado de que ésta es una guerra a muerte entre dos grupos de poderosísimas naciones, no me considero con derecho para desear el triunfo completo de unos sobre otros, porque en ese deseo iría también envuelto el deseo de que algunas de las viejas naciones europeas pereciera y desapareciera del mapa.

¡Y yo no lo deseo! ni para Inglaterra, donde nacieron mis antepasados, ni para la Francia, a quien debo toda mi cultura de mi espíritu, ni para la Alemania, a la cual debe Chile verdaderos servicios de todo orden.

Pero de ahí a negarle a uno el derecho de narrar un viaje por Alemania con toda libertad, hay una gran distancia,

En mi vida política, bastante larga y agitada, jamás tomé en consideración las críticas ni la malevolencia de algunos compañeros y algunos diarios para conmigo, cada vez que quise emitir públicamente mis opiniones.

Como viajero, no renunciaré, por cierto, a esa independencia de criterio y a esa libertad de opinión.

Por lo demás, mis expresiones de admiración por ciertas cosas de Alemania, sobre todo por los triunfos del orden y de la disciplina, coinciden exactamente con las apreciaciones de la prensa aliada.

¡Cosa curiosa! Oíd estas apreciaciones de «L'Action Française», diario parisiense, conocido en todo el mundo.

En su edición del 5 de Enero de este año — el mismo día que yo llegaba a Berlín — se registra el siguiente párrafo:

«¡Quimeras!

Prevenimos a nuestros lectores contra la opinión más esparcida de que la escasez de alimentos en Alemania puede producir una crisis grave en ese país.

Su organización administrativa es suficiente para afrontar victoriosamente esa crisis, y no conviene que nosotros nos dejemos engañar con tales esperanzas, que son simples quimeras! »

¡He ahí periodistas franceses tan germanófilos como yo!

De manera que en mis observaciones que hice en Berlín estoy en el más completo acuerdo con los redactores franceses de «L'Action Française».

Debo añadir todavía que en ninguna parte he leído elogios más grandes a la administración alemana, a la disciplina y al orden alemanes que en los propios diarios ingleses.

Estos diarios no tienen palabras suficientes para ponderar la maravillosa administración de Alemania y el orden y la disciplina de sus habitantes. Y eso es natural. Cada país tiene sus virtudes características; unos tienen éstas y otros aquéllas. Así los ingleses tienen la virtud tan reconocida del respeto a la libertad individual en todas sus manifestaciones.

Los franceses tienen las suyas, demasiado conocidas para insistir en ellas. Del mismo que las otras naciones; la Alemania tiene esta virtud del orden, de la disciplina, del servicio de cada uno por el bien de los demás, que es lo que la está sosteniendo hasta ahora en medio de la crisis horrible por que atraviesa. Porque, ¿qué habría sido de la Alemania sin esta gran disciplina de sus hijos? Es seguro que habría perecido hace ya mucho tiempo.

En Amberes

En el puerto de Amberes me acompañaron en mi

visita por la ciudad dos oficiales alemanes que habían sido personas distinguidas en la vida civil.

Visité la gran Catedral de la ciudad, en donde está el famoso cuadro de Rubens, titulado el Descendimiento, que está oculto por miedo a las bombas de los Zeppelinas.

La población de Amberes es hermosa y en ella no encontré más señal de la guerra que una casa que había sido incendiada por una bomba de un Zeppelin, según me dijeron, durante el ataque del General Beseler.

En seguida, acompañado de cuatro oficiales más, fui a visitar las instalaciones del puerto de Amberes.

Todos saben que Amberes antes de la guerra era uno de los emporios comerciales más importantes de la Europa.

Entiendo que el tonelaje de este puerto ocupaba el tercer lugar después del de Londres y del de Hamburgo.

De manera que bien puede uno imaginarse cuál será la magnitud de sus instalaciones.

Pero hay que hacer presente una circunstancia.

Es sabido que cuando Von Beseler puso sitio a Amberes y los belgas se vieron obligados a entregar el puerto, resolvieron, naturalmente, entregarlo a los alemanes en las peores condiciones posibles para ser utilizado. Entonces, haciendo uso, por lo demás, de un derecho que les daba la guerra, destruyeron las instalaciones del puerto, hundieron los vapores que estaban fondeados y despedazaron toda la maquinaria más delicada.

Esto me lo contaba uno de mis acompañantes y con él mismo fui a ver uno de los buques que había sido hundido por los belgas y reflotado por los alemanes. «

A pesar de que los destrozos habían sido grandes, en la época en que yo hice mi visita, ya toda la maquinaria del puerto estaba compuesta y mejorada; los muelles y pescantes estaban armados y me de-

cían que todo estaba aceitado para que en el momento en que se celebre la paz, el puerto de Amberes comience a funcionar en el acto.

¿Que suerte correrá la Bélgica?

Yo tenía una curiosidad intensa por oír en alguna parte la respuesta a una pregunta que no me había atrevido a hacer y me había andado bailando en los labios desde que visité a Bélgica.

¿Piensan o no piensan ustedes devolver esto alguna vez? Esa era la pregunta, muy impertinente por supuesto, si la hubiera formulado. Por eso no la hice. Pero a un oficial muy distinguido que se extendió conmigo en inglés, le dije, con una expresión en la cara, que él me notó muy bien:—Pero ustedes han gastado millones en mejorar a Amberes.— Me quedó mirando y me dijo:— Comprendo su pregunta, y en seguida me repitió las palabras latinas con que principian los «Comentarios de Julio César»: «Gallia divisa est in partes tres. . . .»

Yo concí en el acto que se trataba de una cita de la obra indicada; y como no quería pasar por ignorante, todavía no me había dicho la frase, cuando yo le agregué; ¿Los Comentarios de César?— Exacto, repuso el otro, y recuerde lo que hay más adelante. Lo recuerdo perfectamente, le dije yo, aunque en realidad no le recordaba. (Risas).

Después olvidé esta conversación con las impresiones nuevas que iba recibiendo.

Pero, estando en Florencia, encontré, al salir de una iglesia, a un hombre que vendía libros viejos en un carricoche. Entre esos libros vi el último tomo de la obra de Julio César, a que ya me he referido, me acordé en el acto del oficial alemán de Amberes, y me dije: aquí voy a ver la continuación de la cita que me había hecho. Lo que seguía se refería a los límites de la antigua Galia en tiempos de

César, que llegaban por el Norte hasta el río Marne.

Después me consulté con un amigo italiano sobre el significado de esta declaración del oficial alemán y la encontré un tanto pesimista.

Entrevista con el General Bissling

El último día de mi estada en Bélgica fuí a visitar a Lovaina.

Debo decir que en el programa que me confeccionó el Gobernador de Bruselas no estaba consultada la visita a Lovaina. Entonces yo hice una solicitud con este objeto, la cual fué elevada a la consideración del General.

Este jefe concedió en el acto la autorización y me dió una cita para que lo fuera a ver a su palacio al día siguiente; a las diez de la mañana.

Aquí conviene recordar que el General Beseler, en Polonia me encargó que saludara a dos personas: al General Bissling, en Bruselas, y al Comandante Díaz, en Santiago. El General Bisiling, que es un caballero ya de bastante edad, me recibió amablemente. Afuera había muchos oficiales, que hacían grandes reverencias, porque este jefe casi tiene los honores de un soberano. El General me ofreció asiento y yo le presenté el saludo del General Beseler, que me lo agradeció mucho. Después me dijo: «Usted, Excelencia,—porque en aquel tiempo había dos Excelencias: Su Excelencia, que estaba en Santiago, y mi Excelencia que estaba en Europa (risas)—¿a dónde se dirigirá en seguida para dar por terminada su tournée por Europa?»

Yo le dije:

Aquí en Bélgica voy a dar por terminada mi misión de carácter militar y científico, porque he venido comisionado por mi Gobierno para ser estudiosos sanitarios en los países en guerra. He visitado los

Inglaterra y la Alemania y ya no voy a visitar a los demás países beligerantes, porque ahora me voy a dirigir a Italia con fines exclusivamente religiosos.

«Usted verá al Papa probablemente», me dijo el General. Sin duda que lo visitaré si puedo, le contesté. Entonces él me agregó: «Yo tengo que hacer mucho con el Papa a causa del Cardenal Mercier; este Cardenal se queja del General Bissing y el General Bissing se queja del Cardenal Mercier»

Visita a Lovaina

A las 2 de la tarde tomamos el tren para Lovaina.

En la descripción de lo que ví en Lovaina voy a ser tan escrupuloso y tan minucioso, como lo fuí el 3 de Febrero de este año al hacer la misma descripción en la ocasión más solemne de mi vida...

Llegué a la ciudad de Lovaina en compañía del teniente Toruan. En la estación nos esperaban dos oficiales pertenecientes a cuerpo de ingenieros.

Una vez que bajamos al andén, miré a todos lados y ví el mismo cuadro de desolación que ya había visto al pasar por la ciudad en días anteriores: por todas partes no se veían sino ruinas.

En seguida salimos de la gran estación y llegamos a la plaza, delante la cual se extendía una calle enteramente quemada: a ambos lados no había un solo edificio en pie hasta el fondo, donde se alzaba el Hotel de Ville, es decir, el palacio municipal.

Entonces, uno de los oficiales de ingenieros me dijo: «Yo llegué a Lovaina el 19 de Agosto, el incendio fué en las noches del 25 y del 27 de este mes; de manera que he sido testigo de todo el acontecimiento». En el acto yo le dije: «Señor, como usted comprende, esto tiene para mi un interés especialísimo, y por eso espero que me permita hacerle algunas preguntas». — «Haga las que quiera» me dijo el oficial.

Mi primera pregunta fué esta:

«Hágame el servicio de explicame cómo se produjo y por qué se produjo el incendio de Lovaina».

Entonces él me dijo: «¿ Ve Ud. esa pila que hay en el centro de la plaza?» «Sí, señor», le respondí. — «¿ Ve Ud. esa casa que pasa hacia allá?» — Sí. Me mostró una calle que pasaba por el frente, a ambos lados de la cual, y hasta perderse de vista se veían casas quemadas.

«Pues bien, continuó, la noche del 26 de Agosto había aquí 250 hombres que quedaron de guarnición en Lovaina, mientras las demás tropas siguieron al pueblo de a combatir contra los belgas. Y aquí, me repitió, lo que ya había oído muchas veces, de que el grueso del Ejército Alemán no había batallado con los belgas en

«Se había enviado un pequeño destacamento, prosiguió, a combatir a dos o tres kilómetros de y como fué derrotado, se pidió el auxilio de los 250 hombres que estaban en Lovaina. Entonces, con motivo de que había muchos caballos, carros y bagajes que atender, se enviaron 200 hombres en ayuda de los que pedían auxilio militar y se dejaron 50 al cuidado de la caballada, carros y bagajes.

«De improviso empezó a hacerse un nutrido fuego de fusilería contra estos hombres desde las casas que Ud. ve quemadas. Mataron los caballos, se volcaron los carros, se desorganizó todo y de los 50 hombres 18 fueron muertos.

«Dos o tres horas después, al tener noticias de esta matanza, y después de haber batido victoriosamente a los belgas, regresaron las tropas que habían salido de aquí, y entonces un oficial de poca graduación, creo que fué un Sargento Mayor, dijo: «A las casas desde donde hayan salido los tiros, les vamos a pegar fuego sin compasión». Y dicho y hecho.

«Fueron sorprendidos, me dijo el Capitán, 36 hombres, civiles, con las armas en la mano los cuales fueron fusilados aquí en esa pila y contra esta misma muralla.

«Pero cometimos desgraciadamente un error muy grave, al ordenar el incendio de algunas casas» porque la mayor parte no estaba ocupada por sus dueños—éstos estaban ausentes—sino por estos foragidos que dispararon contra nosotros. Además el viento impetuoso había ayudado fatalmente a la propagación del fuego a otros edificios que no estaban condenados al castigo. Por esta causa, llegó el incendio a la Catedral, a la Universidad y siguió propagándose a otras partes».

Después de estas explicaciones, me tomé la libertad de hacerle al Capitán una observación un tanto odiosa. «Como Ud. sabe, le dije, por el mundo corre esta versión que Ud. me ha hecho y otra muy distinta, según la cual el piquete que venía de..... tomó por soldados belgas a los que estaban aquí y se trabó combate entre los dos grupos, y, por último, para esquivar la responsabilidad, corrieron la voz de que habían sido atacados desde las casas e incendiaron la ciudad.

«Esa versión, me dijo, carece en absoluto de verosimilitud porque, aunque hubiera ocurrido el caso raro de que se hubieran hecho fuego los dos piquetes alemanes, no existe relación alguna entre este hecho y el incendio de las casas de la ciudad. «¿Qué relación puede haber entre una y otra cosa?»

Yo no estaba en situación de refutarlo ni menos de manifestar dudas al respecto, después de estas explicaciones y no agregué más.

Continuamos la visita por ese lado de la ciudad hasta llegar al Hotel de Ville.

Por el espesor de las murallas, se deducía que las casas no eran de primera importancia, sino casas de un valor relativo, como son en general, las de las poblaciones belgas. Pero, por fotografías de la ciudad, antes de ser incendiada, he visto que eran hermosas.

Salvación de algunas obras de arte

El Hotel de Ville es una de las maravillas arquitectónicas de Bélgica. Entramos al interior del edificio, lo recorrimos por todas partes y yo copié el nombre de dos cuadros famosos que hay allí y que recuerdan escenas de la vida republicana de Lovaina. El artista que los pintó es Mathieu de Reyens, que vivió entre los años de 1428 y 1463.

Este mismo artista había hecho dos célebres cuadros religiosos que estaban en la Catedral de Lovaina. El Capitán de ingenieros a quien ya me he referido; me dijo, que cuando él había seguido un curso de estética en la Universidad de Bonne, su profesor le había dicho que este pintor había sido un artista notable y le había hecho una descripción de sus cuadros que estaban en el Hotel de Ville y en la Catedral de Lovaina.

Por eso, cuando ví que la Catedral estaba envuelta en llamas, agregaba el oficial, me acordé de los cuadros de que me había hablado el profesor de Bonne, entré al interior del edificio con una brigada de soldados, y sacamos los dos famosos cuadros y los pusimos en un lugar seguro.

Más tarde, una vez que pasó un poco la exaltación despertada por este incendio, la ciudad de Lovaina en corporación hizo fundir una estatua y se la regaló a este oficial en recuerdo de su valiente y generosa acción.

Pero al mismo tiempo, vieron que el Hotel de Ville estaba en gran peligro de ser incendiado y entonces esta misma brigada se precipitó en medio del fuego y salvó también al Hotel de Ville.

Yo le pregunté:

—¿Cómo no hicieron lo mismo con la Universidad?

Entonces él me dijo:

«Esa es una de las desgracias más grandes que hemos experimentado; la Alemania entera ha deplo-

rado mucho que de las torres de la Catedral hayan saltado algunas chispas a algunos edificios de poco valor y de ellos se haya transmitido el fuego a la biblioteca de la Universidad.

Porque debo advertir que de la Universidad se quemó solamente la biblioteca y el resto de los edificios, que son unos catorce, es'á intacto.

«No han podido conformarse los alemanes con la destrucción de este tesoro intelectual de la Universidad de Lovaina», me decía el Capitán, y en seguida me agregaba:

“El incendio de los edificios no nos habría importado tanto, porque donde se quema un edificio, se levanta otro mejor; pero los libros, los archivos y los documentos históricos de la biblioteca, no se reponen. Es ésta una gran pérdida para la humanidad que deploramos de todo corazón. Por eso, todas las Universidades de Alemania, sin exceptuar una sola, como manifestación de dolor por el incendio de la biblioteca, ofrecieron una parte de sus libros para que se fundara de nuevo la biblioteca de la Universidad de Lovaina. Pero, como es natural, los ánimos estaban todavía tan excitados que este ofrecimiento no fue aceptado por los belgas.

La Catedral de Lovaina está intacta; lo único que se quemó fue el campanario, del cual entonces se desprendieron las campanas, atravesaron el techo y produjeron algunos destrozos”. Pero, en la fecha que yo visité el edificio, ya estaba todo arreglado.

Reedificación de Lovaina

En mi visita al edificio municipal los alemanes me mostraron los planos para la reedificación de la parte quemada de Lovaina. Una vez realizada la ejecución de dichos planos, la ciudad va a ganar mucho en hermosura respecto de lo que era antes, porque los edificios proyectados son una serie de

palacios, muy superiores por cierto a los que destruyó el fuego. Como digo, según los planos que yo mismo he visto, se va a construir una serie de palacios desde la estación hasta el Hotel de Ville y se va a aprovechar la ocasión también para hacer algunas rectificaciones en las líneas que deben seguir las calles. Repito, que la ciudad va a ganar mucho en belleza una vez que se realicen aquellos proyectos.

Pero surge esta pregunta: ¿Quién va a pagar la construcción de estos edificios? Porque los propietarios de las casas quemadas son también propietarios del suelo. Entonces mis informantes me hicieron saber que el Gobierno del General Bissing ha entrado en una especie de sociedad con los propietarios para hacer la reedificación: ellos pondrán el terreno y el gobierno alemán adelantará los fondos para hacer la reedificación de Lovaina.

En seguida subimos en el automóvil y nos fuimos a recorrer toda la ciudad; a las 2·30 de la tarde, llegamos al antiguo castillo de Carlos V, del cual no quedan más que las murallas de piedra y una antigua estatua de la Virgen con el Niño en los brazos.

Entramos por la parte posterior del edificio y después tomamos colocación en una parte alta de este, desde donde se divisa el gran panorama de toda la ciudad y los campos que la circundan.

Desde ahí conté más o menos doce torres de templos cuyas campanas llamaban a la oración.

Estábamos oyendo este sonido de las campanas cuando el capitán de ingenieros que nos acompañaba me dijo: «Ponga atención».

—¿Qué es lo que hay? le dije.

—¿No oye nada? El cañón está tronando en el sur.

—¿El cañón de los alemanes o de los aliados?

Escuchamos un momento y cuando dejaron de tocar las campanas, en medio del silencio de la tarde, comenzamos a oír claramente el estruendo de

las grandes piezas de artillería que hacían sus disparos a unos 60 kilómetros al sur del punto donde nos encontrábamos.

Porque en esta guerra, durante los meses de invierno, cada vez que sopla alguna brisa y se disipa la niebla que reina constantemente en las regiones donde se combate, las artillerías se divisan y comienzan a hacerse fuego.

Es esa la única vez en que me tocó oír el estampido del cañón de guerra de Europa: Y para completar el cuadro, a la izquierda de nosotros y a gran altura, divisamos la silueta alargada de un zeppelin que iba hacia el sur. Lo miramos largo rato hasta que se perdió de vista.

Entre tanto, el Capitán que me acompañaba me dijo: «Mire desde aquí a Lovaina y dígame francamente si nota los efectos del incendio».

Efectivamente, contemplada desde ese punto elevado la población, desaparecía la parte incendiada y se veía una ciudad completa.

En seguida el oficial me preguntó:

—¿Que porción de la ciudad le parece a usted que ha sido quemada?

—Será una décima parte, le dije.

—Ha andado usted cerca, me contestó, es la duodécima parte de la población, estimada en su valor, no en el número de casas la que se ha quemado.

En el Cementerio de Lovaina

Visitamos las afueras de Lovaina y por último el Cementerio, donde debía encontrar una nueva prueba de la afirmación que los soldados alemanes me habían hecho algunas horas antes.

En el Cementerio de Lovaina existe la costumbre curiosa de colocar en las tumbas los retratos de los muertos en una especie de fanal de vidrio.

En un rincón apartado había un hermoso y peque-

ño jardín, donde divisé unos cinco o seis viejos soldados alemanes. Hacían el oficio de sepultureros y tenían muy prolijamente arregladas las tumbas de los soldados alemanes muertos en Lovaina.

En ese momento el capitán que me acompañaba, me dijo las siguientes palabras: « Cuento las pequeñas planchas negras que hay en la parte central ».

Conté por todas 69 planchas donde estaba escrito el nombre del soldado a que correspondía cada una, el regimiento a que pertenecía el muerto, con indicación de la ciudad en que le había tocado caer.

Separadas de estas 69 sepulturas había más allá otras 18.

Mi acompañante me dijo entonces: "Los soldados enterrados en las primeras 69 sepulturas han muerto en las afueras de Lovaina, y las que ocupan las otras 18 fueron las víctimas de aquella noche en que los franco-tiradores dispararon sobre los 50 soldados que habían quedado a cargo de los caballos. Por eso están enterrados en un lugar aparte: Ud. puede dar fe de eso."

Me fijé también en que en el grupo de las 18 sepulturas de que ya he hablado había dos planchas que no tenían nombre. Según me dijeron después, ello se debía a que no se había podido averiguar el nombre de los soldados que estaban enterrados en ellas.

A la entrada de ese cementerio, una señora belga hizo a los oficiales alemanes un visible gesto de amenaza y un ademán de maldición; pero los oficiales no se dieron en absoluto por notificados y pasaron como si no la hubieran visto.

Regreso a Berlín

A las siete de la tarde tomamos con el Teniente Tornau el tren que debía conducirnos de Lovaina a Berlín. Este tren militar, en el cual se puso a mi

disposición un departamento reservado, había partido sólo 11 minutos antes de las trincheras alemanas, y yo era el único civil que viajaba en él.

Me produjo una hoda impresión ver que reinaba entre los oficiales alemanes el silencio más absoluto. Nadie hablaba una palabra.

Le pregunté a mi acompañante: «¿Cuál es la causa de este silencio de muerte?» Y él me respondió: «Se supone que viniendo de las trincheras, pocos han de ser los deseos de los oficiales de charlar, por el agotamiento físico y extenuación producidos por la terrible vida que se lleva, y se ha establecido esa costumbre del silencio absoluto en estos trenes, que todo el mundo respeta.»

Historia del doctor Tornau

Para terminar, señores y señoras, ya que son las 12 de la noche, y para tributar un homenaje al distinguido oficial que me acompañó a Bélgica, voy a contar en pocas palabras su interesante historia.

Pertenecía Tornau al cuerpo de hulanos, y desde el principio de la guerra le tocó hacer sus servicios de explorador en las fronteras de Polonia.

¡Cuántos y conmovedores episodios de su azarosa vida de scout me refirió von Tornau!

Pero sólo puedo referir el que por entonces había puesto fin a sus servicios.

Oculto entre unos matorrales, con la rienda de su caballo en una mano y el anteojo de campaña en la otra, el teniente, acompañado de quince soldados, trataba de observar los movimientos de las avanzadas rusas, cuando una bala lo hirió en la mitad del pecho.

Montó a caballo ayudado por dos soldados, y sostenido de los brazos por ellos, comenzó a galopar en busca de refugio y de curación.

«A cada paso del caballo, me decía Tornau, una bocanada de sangre me llenaba la boca.»

De repente perdió el sentido y cayó al suelo.

De resulta del golpe perdió la vista del ojo derecho.

Logró, sin embargo, llegar ese mismo día a la casa de los conde de Zarnowzki, nobles polacos donde fué cuidadosamente atendido,

“Les debo la vida a ellos”, me decía.

¡Con cuánto dolor me impuse más tarde que, en una de las alternativas de la guerra, los cosacos habían pasado por la residencia de mis bienhechores y no habían dejado piedra sobre piedra.

El teniente Tornau llevaba la bala que lo había herido, en la muñeca izquierda, atada con una cadanita de plata.

Al despedirnos, cambiamos los retratos; yo le puse al mío una afectuosa dedicatoria.

He aquí la que él puso al respaldo de este grupo: (Traducción):

“Excelencia: agradezco de todo corazón vuestra gran amabilidad durante nuestro viaje por Bélgica, y haberme dado uno de los mejores recuerdos de mi vida. Permitidme decirlos “au revoir”.—21-24 de Enero-1916.—(Firmado).—*Dr. Tornau.*”

Al leer su frase “au revoir”, le pregunté con alguna melancolía:

“¿Tiene Ud. alguna esperanza de que volvamos a vernos?”

“En realidad, muy pocas, me dijo con tristeza, tanto porque es cosa difícil que Ud. vuelva a Alemania, como porque sería raro que yo llegara vivo al fin de la guerra...!”

Fin

035245

